

PREMIOS ESTATALES DE LITERATURA 2024 | NOVELA |

DISTRITO NORTE

JOSÉ SALVADOR RUIZ



DISTRITO NORTE

JOSÉ SALVADOR RUIZ

| PEL |

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Marina del Pilar Avila Olmeda

GOBERNADORA CONSTITUCIONAL DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Alma Delia Ábrego Ceballos

SECRETARIA DE CULTURA Y DIRECTORA GENERAL

DEL INSTITUTO DE SERVICIOS CULTURALES DE BAJA CALIFORNIA

Ava Isabel Ordorica Canales

SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Francisco Javier Fernández Acévez

DIRECTOR EDITORIAL Y DE FOMENTO A LA LECTURA

Distrito Norte

D.R. © 2025

José Salvador Ruiz

D.R. © 2025

Secretaría de Cultura e Instituto de Servicios Culturales de
Baja California. Av. Álvaro Obregón #1209, colonia Nueva,
Mexicali, Baja California, C.P. 21100

Primera edición, 2025

ISBN: En trámite.

Coordinación editorial: Elma Aurea Correa Neri

Diseño y maquetación de interiores y cubiertas: Rosa Espinoza

Ilustración de portada: Ricardo Peláez

Fotografía de solapa: Ale Meter

Jurado calificador: Laura Baeza, César Gándara y Cecilia Magaña

Queda prohibida, sin la autorización expresa del autor y editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial, por cualquier medio o procedimiento, comprendida la reprografía y tratamiento tipográfico.

IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa deberá ser denunciado y sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante autoridad competente.

PREMIOS ESTATALES DE LITERATURA 2024 | NOVELA |

DISTRITO NORTE

JOSÉ SALVADOR RUIZ



**BAJA
CALIFORNIA**
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA

Secretaría de Cultura
Instituto de Servicios Culturales
de Baja California

PRESENTACIÓN

Con más de tres décadas, los Premios Estatales de Literatura (PEL) se han consolidado como referencia esencial para la creación y la difusión de las letras en Baja California. Desde su primera convocatoria a finales del siglo xx, el certamen ha nutrido la tradición editorial de la entidad, con dieciocho ediciones, cerca de 80 autoras y autores publicadas y más de 130 títulos que forman parte de la memoria cultural y del patrimonio literario del estado.

Las transformaciones profundas que marcan a nuestra sociedad dejan su impronta en la producción artística. Nuestro horizonte cultural se ha expandido al ritmo de los cambios sociales, políticos y económicos de una región pulsante y dinámica. El resultado de este proceso ha sido la conformación de una comunidad literaria cada vez más diversa, en la que dialogan generaciones distintas con miradas, voces y estilos que conviven en un mismo territorio. Echar un vistazo a la narrativa, poesía, teatro, crónica, ensayo o periodismo cultural que se produce en Baja California permite vislumbrar la experiencia de ser frontera, las búsquedas y rumbos de la expresión escrita, con inquietudes que, a su modo, abordan temas universales de nuestro tiempo.

De manera consistente, los PEL han hecho posible la aparición de plumas emergentes que, en algunos casos, logran así publicar su primer libro; a la vez que mantienen la puerta abierta a voces preexistentes del ámbito literario de Baja California quienes aportan su experiencia y hacen patente su crecimiento en el oficio, con la oportunidad de ganar hasta tres veces. Para el anecdotario, en esta edición 2024 contamos con el título debutante en la categoría de crónica, lanzada apenas en 2022-2023, así como con la primera obra escrita en coautoría, en dramaturgia para niñas y niños.

Al frente del proyecto cultural que nos convoca, y con el impulso de nuestra Gobernadora del Estado, Mariana del Pilar Avila Olmeda, reafirmamos el compromiso de una política cultural incluyente y sensible a los desafíos de nuestra época. El reto es robustecer el prestigio de los PEL y, al mismo tiempo, garantizar que sigan siendo un espacio abierto a la pluralidad, la innovación y el pulso del arte contemporáneo. De ahí que, por segunda ocasión en los últimos cuatro años, incrementamos la bolsa en todas las categorías: tras permanecer 30 años estática, en 2022 subió de 25 mil a 40 mil pesos, y en esta edición alcanzó los 50 mil pesos.

A esto se suma una política inédita en Baja California: distribuir los libros gratuitamente, lo que sin duda facilita el acceso de la población al acervo en el marco de los programas de fomento a la lectura y difusión de la obra literaria y artística. Las autoras y los autores premiados cuentan con múltiples foros y espacios para presentar sus libros, tanto en ferias del libro y festivales, como en bibliotecas públicas, jornadas comunitarias y entornos escolares.

Por otra parte, la presente edición de los PEL se distinguió por la selección de jurados pertenecientes al

ámbito nacional, siendo en su totalidad personas de prestigio en las distintas categorías, que no nacieron en Baja California ni viven en nuestra entidad, como una decisión orientada a fortalecer la imparcialidad en los dictámenes.

En la categoría de novela, el Premio Estatal de Literatura fue otorgado a *Distrito Norte*, obra escrita por José Salvador Ruiz. He aquí los méritos que señaló el jurado en su dictamen:

Por el manejo de los elementos en un western que combina hechos históricos e imaginación, donde las historias periféricas y silenciadas tienen una enorme potencia y pericia, cuestionando el arquetipo del detective.

Nos corresponde ahora, con gusto y con orgullo, difundir ampliamente este libro y toda la colección PEL 2024. Celebramos que estos títulos lleguen a manos de la población lectora de Baja California en forma gratuita, sobre todo en comunidades vulnerables de nuestro territorio, con presencia en bibliotecas públicas, clubes y salas de lectura de los siete municipios. De esta manera contribuimos a mantener vivo el diálogo entre generaciones y miradas, como testimonio del dinamismo y de la profunda vitalidad de la cultura en Baja California.

Alma Delia Ábrego Ceballos

Secretaria de Cultura y Directora General
del Instituto de Servicios Culturales de Baja California

Para mis padres, *In memoriam*,
por haber echado raíces en el Distrito Norte

En noche de densa bruma
un “tecolote” se ardió
y el cuerpo se consumió
sin quemarse una sola pluma...

El incendio de El Tecolote
(1923)

Facundo Bernal

¡Qué epidemia más peligrosa que aquella contra la cual no conocemos... procedimientos higiénicos con que combatirla y para los que serían inútiles cordones sanitarios, porque la llevamos dentro de nosotros mismos, infiltrada en nuestra sangre desde hace años y años, y que trasmitimos a nuestra descendencia, legándole, quizá sin pensarlo pero no sin culpa, el virus que tarde o temprano ha de florecer en los asquerosos botones del crimen o del delito!

Los criminales en México: Ensayo de psicología criminal
(1904)

Carlos Rougmanac

PRELUDIO

Mexicali, Distrito Norte de la Baja California

5 de agosto de 1920

El tren proveniente de Yuma llegó a las 13:24 a la estación del ferrocarril de Mexicali. Una bofetada de fuego recibió a los pasajeros que descendieron de los vagones del Southern Pacific. Un gendarme dirigía a los recién llegados a la oficina de migración donde debían mostrar sus documentos. Un hombre de traje blanco ajado y sombrero Panamá, apresuró su paso ayudado de un bastón. Traía consigo una maleta abollada y un semblante agitado, las manos parecían temblarle. El inspector le pidió su documentación, el hombre buscó entre su ropa y mostró un fajo de papeles. El inspector lo examinó de pies a cabeza con la mirada. Volvió su vista a uno de los papeles.

—¿Agustín Bocanegra? —preguntó el inspector.

—Sí, señor.

—¿Cuál es el motivo de su visita?

—Empleo —dijo el recién llegado.

—¿Qué tipo de empleo?

—De policía.

El inspector volvió observarlo de cuerpo entero. Estampó un sello en un documento y se lo regresó al hombre.

—¿Puede recomendar un hostel? —preguntó el foráneo.

—El yanqui Robinson tiene una pensión en la calle I. Seguro él le alquila un cuarto, no es muy exclusivo con sus huéspedes. Cualquiera taxista lo lleva —dijo esto al tiempo que invitaba al siguiente viajero con una señal.

El hombre recogió su maleta y se alejó de la estación del tren. Un ligero escalofrío le dio aviso, empezaba a sentir el advenimiento de la bestia. Si no atemperaba su sed pronto lo abrazaría hasta convertirlo en un muñeco de vudú preso de su capricho. Seis centigramos de morfina lo calmarían. Había usado la última dosis en El Paso antes de abordar el tren que lo traería hasta Mexicali. Miró a su alrededor. Hacia el norte, a tan solo unos pasos, había casinos, hoteles y bares a los que no le permitirían entrar por su facha. Hacia el oeste observó varias cantinas de rompe y rasga. Decidió entrar en una cantina llamada Sinaloa. Pensó que ahí encontraría lo que necesitaba. Un enjambre de obreros, campesinos y desocupados se refugiaba del calor abrasador de agosto. Un tufo rancio flotaba sin que a nadie pareciera importarle. Pidió una cerveza y se acomodó en la barra. Sacó una carta del bolsillo de su saco. Era una carta de recomendación del general Álvaro Obregón. Pretendía usarla con el gobernador del Distrito Norte, Esteban Cantú. Se había informado muy bien. Sabía que era un hombre de armas tomar, lo podría mandar fusilar si descubría una irregularidad. Bocanegra sintió la invasión de una mirada cercana. Una mujer indígena cucapá de edad avanzada lo observaba con insistencia. Cuando hicieron contacto visual, la india avanzó hacia él como una ola ebria empujada por los cuerpos sudorosos. Bocanegra regresó la carta al bolsillo. Cuando la mujer se paró frente a él, Bocanegra se topó con dos almendras de carbón que lo miraban sin parpadear. “Crees que huyes de la muerte, pero no haces más que perseguirla”, dijo sin quitarle la

vista de encima. Bocanegra se quedó sin habla, se pensó descubierto. Oteó a su alrededor buscando al responsable de enviar a esa mujer. Palpó su cintura y no encontró su Parabellum. La había escondido en su maleta antes de subir al tren en El Paso. Ante su silencio, la mujer le pidió la cerveza. Bocanegra se la acercó. La india empujó el resto de la cerveza de un trago. Hizo buches con el líquido y escupió sobre la mesa. Se limpió los labios con el dorso de su mano. Vio su escupitajo. Se tambaleó por un momento, como si el esfuerzo nigromante la agotara; alzó sus ojos negros hacia el cielo para pescar un mensaje.

—La muerte ya lanzó la moneda al aire. ¿Águila o sol? —dijo la mujer.

—Deja de estar molestando a los clientes o te saco, Concha — dijo el cantinero. La india

se retiró sin pedirle un solo centavo a Bocanegra por su augurio. Este aprovechó el momento y le hizo una pregunta en sordina al cantinero.

—Aquí no vendemos eso, amigo. Camine por las vías del ferrocarril hasta la Chinesca— le dijo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—El barrio chino. No hay forma de perderlo, va a saber que está ahí en cuanto vea La Casa Blanca sobre la Teniente Guerrero. Pregunte por Mow Feng, dígame que lo manda Anastasio.

Salió de la cantina sin un plan definido para hablar con Cantú, pero se hacía tarde y si no atendía el llamado de la bestia no podría pensar bien. Siguió las indicaciones del cantinero. Compró más de lo necesario y se apresuró a salir. Tomó un taxi hacia la pensión del yanqui Robinson. El yanqui le informó las reglas de la casa y las cuotas. Ya en un cuarto, se descalzó y preparó una ampolleta. Buscó entre sus dedos la mejor vena y le dio de beber a la bestia.

Permaneció en la cama unos minutos, se dejó llevar por la marea aceitosa que recorría su cuerpo. Cuando se sintió completamente relajado varias ideas empezaron a fluir por su mente. Se levantó, se acicaló un tanto para presentarse frente a Cantú. Se puso un corbatín y su único traje. La Parabellum asomaba en su cintura. Mr. Robinson tocó a su puerta. El taxi había llegado. Tomó la carta, su bastón y salió hacia la calle.

En menos de diez minutos estaba frente al Cuartel, una fortaleza de piedra y cemento, cuyos muros con almenas resguardaban a varios soldados. Al ingresar al cuartel le entregó la pistola a un soldado antes que lo auscultaran. Pasó por una revisión más antes de entrar a la antesala de un despacho. Después de treinta o cuarenta minutos de espera, en los que sintió que vigilaban todos sus movimientos, un militar abrió la puerta. Lo registró una vez más. El coronel Cantú lo esperaba sentado, fumaba un puro. Al entrar lo saludó militarmente. Sin ponerse de pie, le señaló una silla. Observó su caminar renco.

—¿Recuerdo de la guerra? —le preguntó.

—El más visible, coronel —le respondió.

Antes de sentarse le pasó el sobre con la carta del general Obregón. Si notaba la manipulación de la fecha lo fusilarían, la carta había sido escrita cuatro años atrás, unos días antes de que derrotaran a Villa en Celaya cuando Agustín Bocanegra había solicitado su baja. Cantú tomó el sobre, abrió la carta con movimientos pausados y acercó una lámpara. “Mayor Bocanegra”, leyó en voz alta mientras acariciaba sus bigotes enhiestos sin dejar de leer. Unos segundos después, descansó su mirada sobre la fecha. Bocanegra paseaba sus ojos sobre el despacho. Un par de cuadros, una bandera nacional en una vitrina y un librero que le pareció fuera de lugar. Interrumpió su ins-

pección cuando el coronel puso la carta sobre el enorme escritorio de caoba y se reclinó en el respaldo de la silla. Vio sus ojos claros, penetrantes, como de águila al acecho. Bocanegra comprendió que ganaba tiempo. Quizá su cabeza sopesaba su muerte.

—Es usted un hombre preparado, mayor Bocanegra. Graduado con honores en Chapultepec y Cruz del valor y abnegación por su arrojo en las batallas, carajo, eso no lo consigue cualquiera —el coronel fumó de su puro y luego agregó— ¿Algo más que no esté en esta carta? —su pregunta le pareció un anzuelo en busca de un pez. Y el pez era él.

—Estudié psicología criminal con el licenciado Roumagnac, coronel. Fui gendarme y después capitán en la Policía Reservada. Puedo ser útil para el Departamento de Policía.

—¿La Reservada? Me interesa. Acá vienen muchos espías, ¿sabe usted?

Bocanegra pasó saliva, no le gustó la manera en que enfatizó espías.

—Lo imagino, coronel —dijo.

—¿Qué sabe usted de los planes del presidente De la Huerta? Dicen que viene en camino un general a deponerme.

—Eso he leído en los diarios, coronel. Yo no me meto en política.

Cantú volvió a su puro sin perderlo de vista. Bocanegra pensó que en muchas batallas vio la muerte de cerca, pero en ninguna, se regodeaba viéndole a la cara.

—¿Cuándo llegó, mayor Bocanegra?

—Apenas unas horas atrás, coronel.

—¿Por qué eligió el Distrito Norte? Mexicali no es precisamente el paraíso.

—Lo es para alguien que ha pasado cinco años en la guerra, coronel. Usted mantuvo la paz mientras el resto del país se mataba. Uno quiere solo vivir sin pensar en que la muerte te llega en cualquier momento.

—No se deje engañar, mayor. Aquí la muerte no necesita pasaporte, habla inglés y español, se pasea sin convicciones políticas ni nacionalistas por las calles —el coronel hizo una pausa para fumar de su puro—. Y se aparece cuando le da la gana. ¿No es así, capitán González?

Un hombre ataviado de militar salió tras una puerta falsa en el librero. No dijo nada, solo asintió con un movimiento de cabeza y observó a Bocanegra con lo que parecía desprecio. Su rostro moreno oscuro, su frente amplia y su mirada torva sugerían una criminalidad nata, pensó Bocanegra.

Después de unos segundos en silencio el coronel Cantú se puso de pie, descansó el puro en un cenicero y le regresó la carta.

—Puede retirarse, mayor. En breve sabrá mi resolución.

—A sus órdenes, coronel.

Una ola fría recorrió su columna vertebral. Antes de salir del cuartel le regresaron su Parabellum. Se dirigió a la Cantina Sinaloa para calmar el calor. Ahí estaba de nuevo la india. Esta vez no le dijo nada, solo tiró una moneda al aire, la atrapó antes de caer y miró a Bocanegra con una sonrisa. Varias cervezas y un par de tequilas después, Bocanegra salió de la cantina. Oscurecía, pero el calor se sentía como una segunda piel que abrasaba todo el cuerpo. “Le traigo un mensaje del coronel Cantú”, dijo una voz aguardentosa. Su frente sintió el cañón de una pistola y el dueño de la voz palpó su cintura y sacó la Parabellum. Luego lo invitó a subir a un Packard que los esperaba en la esquina de la calle Zorrilla. Dentro del coche estaba el

capitán González en un asiento amplio. Llevaba su traje militar y un revólver Colt sobre su muslo. El de la voz se subió al asiento delantero y le mostró la Parabellum de Bocanegra. El Packard tomó camino y siguió su marcha sin que el esbirro de Cantú dijera nada. No le quitaba la mirada de encima a Bocanegra y su mano jugueteaba con la Colt. Esperaba que eso lo animara a hablar para llenar el silencio incómodo.

El coche seguía su avance y por los cristales se veía gente ebria por la calle Zorrilla en dirección al Puente Blanco. Al cabo de unos minutos, el carro se desvió hacia un camino tortuoso. El olor a río le permitió a Bocanegra un atisbo de su destino. Pensó oír la moneda de la india caer en el piso mugriento de la Cantina Sinaloa. El chofer y el pistolero bajaron del Packard. El chofer le dio una pala mientras el otro hombre le apuntaba con su Parabellum. No esperó la orden. Empezó a cavar entre piquetes de moscos, el dolor de su rodilla y el ardor de los ojos por el sudor que corría por su cara.

—¿Para quién trabaja? —preguntó González sin preámbulo cuando sacaba la pala de la tierra.

Bocanegra descansó el pie sobre la aleta de la pala.

—Para nadie—respondió.

González vació el tambor de su Colt. Las balas cayeron sobre la tierra seca. Cogió una y la regresó al cilindro. Lo hizo girar y llevó el revólver a la sien de Bocanegra. Presionó el disparador sin hacer otra pregunta. Bocanegra no tuvo tiempo de reaccionar. Una serie de arcadas se quedaron en el aire cuando González volvió a girar el tambor.

—Nadie me envió, el general Obregón me escribió la carta antes de venirme para acá —dijo antes de escuchar el segundo martilleo.

—Esa carta es falsa —su voz parecía disfrutar el juego. Volvió a darle vuelta al tambor —Me huele a desertor o a espía. Y a los desertores de mierda y a los espías se los lleva la chingada. Yo creo que esta es la buena —dijo y llevó el arma a la sien de Bocanegra.

—Solo cambié la fecha, la carta es de hace cuatro años, pero es real —confesó para salvarse.

—Ya vamos avanzando, De todos modos, no me gustan los desertores —dijo, y volvió a girar el tambor.

—No deserté, se lo juro —insistió.

González sonrió.

—¡Quítese los zapatos! —le ordenó.

Bocanegra supo lo que quería. Obedeció. El chofer se acercó con una linterna y miró sus pies. Constató las cicatrices y heridas de los piquetes. Le hizo un movimiento afirmativo con la cabeza a González quien guardó el revólver.

—Su vida le pertenece a mi coronel Cantú. No lo olvide. Y otra cosa, de hoy en adelante, la morfina se la compra aquí al Gavilán —dijo señalando al de la voz aguardentosa quien le tendió la Parabellum al capitán.

Se acercó, le quitó las balas a su pistola y la tiró en la fosa. Luego le dio un empujón a Bocanegra que lo hizo caer junto a ella.

PRIMERA PARTE
THE OWL THEATER
WE NEVER SLEEP

UNO

Mexicali, Distrito Norte de la Baja California

Domingo 28 de diciembre, 1924

Las ramas de un pino salado rasguñaban la ventana de mi habitación. El viento gélido parecía darle vida al árbol, mas sus nudillos llamaban a la muerte. Llevaba días pensando en ella, la nieve que había caído sobre este desierto no podría ser otra cosa que un presagio. Recordé las palabras de aquella india la tarde en que llegué a este infierno hace cuatro años. “Crees que huyes de la muerte, pero no haces más que perseguirla”. Su voz resonaba en mi cabeza. Las ramas volvieron a tocar la ventana. La luna llena desnudaba las calles enlodadas para luego esconderse en una explosión de nubes. Iba a ser una noche de insomnio, de eso estaba seguro. Abrí el armario, tomé el maletín con las ampollitas de morfina. Estaba a punto de preparar una inyección cuando escuché un ruido en la calle muy cercano a la ventana. Fui hacia allá y vi pasar un carro lentamente. No me gustó su rodar perezoso. Esa mañana me había apostado en la estación del tren como lo hacía siempre que llegaba una comitiva de la capital. Me pareció ver una cara conocida entre la gente que acompañaba al representante del presidente Obregón. Era un tipo delgado, de tez blanca, de bigote fino y recortado. Portaba unos lentes de aro, un sombrero Bowler y una sonrisa insolente. Por más que lo intenté no pude ponerle nombre a su cara, pero casi podría asegurar

que lo había visto antes. Me obsesioné buscando su nombre en mi memoria y cometí un descuido, se dio cuenta que lo observaba. Debí causarle la misma impresión pues me vio fijamente. Caminé hacia el quiosco de periódicos y salí de la estación. Todo el día arrastré ese encuentro. Volví mis pasos hacia el armario para calmar la ansiedad con una dosis de morfina. Mis oídos se aguzaron y escuché unos pasos sigilosos sobre la duela del pasillo hasta hacer alto frente a mi puerta. Cogí mi Parabellum que reposaba en el bolsillo de mi bata. La sombra bajo la puerta delató la presencia de un cuerpo. Unos nudillos irrumpieron en el silencio.

—¿Quién? —dije y apunté la pistola hacia la puerta.

—Soy yo, Mr. Bocanegra —dijo la voz ajada por la noche y el licor de Mr. Robinson—. Teléfono. Es *Chief of Police* —dijo el yanqui con la odiosa manía de mezclar los idiomas típica de estos rumbos.

Relajé el cuerpo y anudé los listones de la bata. Al llegar a la sala Mr. Robinson me tendió el teléfono. Era Herrestrosa, el Inspector General de Policía de Mexicali, me pedía desplazarme hasta The Owl Theater, o El Tecolote, como lo llamaban los mexicanos. Cuando ingresé al Departamento de Policía, Herrestrosa, me habló de El Tecolote. Me dijo que era casino, teatro y prostíbulo al mismo tiempo. Era el más grande de la frontera, un solo lugar para complacer todos los vicios de los yanquis que han hecho del Distrito Norte su patio trasero. Desde que prohibieron el licor en su país, los yanquis abrieron cantinas, prostíbulos y casinos en esta frontera.

Robinson se mantuvo de pie a medio metro de distancia hasta que terminé la llamada. Era un hombre obeso, pero de cierta agilidad en sus movimientos.

—*Problems?* —preguntó.

—Un muerto en El Tecolote —respondí colgando la bocina en el tubo.

—*Only one?* Gente está civilizando.

Regresé a mi habitación sin responderle al yanqui. Enganché la bata en el armario y me vestí. Tomé el revólver reglamentario del pequeño escritorio y lo envainé en su funda que ya colgaba de mi hombro. Hice a un lado la cortina. No había rastro de ningún carro. Las calles eran un batido de lodo a causa del granizo caído horas antes. Apenas unas pocas tenían asfalto en esta mal llamada ciudad. Tomé el sombrero y un abrigo de lana que me resguardaría del clima gélido. Me fajé la Parabellum en la cintura y me senté a esperar. De la chimenea emanaba un calor confortante. El crujir de las brasas y sus destellos rojizos me hechizaron y fijé la mirada en ese llamado atávico. Me vi en la campiña reposando alrededor de una fogata después de las batallas. Los lamentos de los heridos, los disparos esporádicos y la gritería de la soldadesca que ya invadían mi mente fueron interrumpidos por un claxon agudo. Cogí el bastón, me asomé la vista por la ventana y vi los faros del carro patrulla. Salí hacia allá.

Subí al viejo Ford con un poco de dificultad, en noches frías como esa me costaba flexionar la rodilla por una herida que sufrí durante la guerra. El carro recorrió lentamente la avenida Madero. El frío entraba por cada uno de sus resquicios. Frente a la Escuela Cuauhtémoc, un imponente y moderno edificio de dos plantas, había un par de individuos discutiendo. A pesar del frío y la hora el parque Héroes de Chapultepec se veía animado por sombras intranquilas.

—¿Cómo ve, inspector? Estos cabrones no se cansan —dijo el agente Domínguez —se vienen para acá a lo pendejo y exigen trabajo como si fuera tan fácil. ¿Qué

culpa tiene uno de que los hayan sacado a patadas los yanquis? Están chingue y chingue hasta que no le llenen el saco de piedritas al general Rodríguez. Ya ve que es de pocas pulgas.

—Según los periódicos no todos son deportados —le dije a Domínguez.

—No, algunos hasta anduvieron en la bola, pero pelearon en el lado equivocado los pendejos.

—¿Usted de qué lado estuvo, Domínguez?

—De ninguno, yo llegué con el coronel Cantú hace más de diez años, bueno, en ese entonces él era capitán y todos éramos porfiristas. Cuando empezó el desmadre mi coronel supo engatusar a los dos bandos. Y aquí nos la pasamos muy bien, pero ya ve, se le acabó el corrido hace cuatro años. Aunque dice que anda planeando regresar. Quién sabe.

—¿Y si regresa? —le pregunté.

Domínguez se quedó pensativo, calculando su respuesta.

—¿Me está usted tanteando, inspector?

La gritería de los hombres hizo que Domínguez no esperara mi respuesta.

—Ese cabrón, el Olegario Revueltas, nomás los está alborotando —dijo apuntando al líder sindical anarquista que arengaba a los hombres desde el quiosco sobre sus derechos constitucionales y otros discursos para agitar sus odios ancestrales.

—De algo tiene que vivir —le dije. Revueltas era un agitador profesional.

Según los informes de un infiltrado que tenía la Policía Secreta en su grupo, el tipo mantenía comunicación con anarquistas de Los Ángeles. Su debilidad, decía el informe, era el dinero. Algo que lo diferenciaba de su padre.

El carro siguió su rumbo y la gritería transformándose en música que salía de los centros nocturnos de la calle Melgar. En esa esquina con la Madero, El Hotel Imperial, el Southern Club y El Tecolote se miraban frente a frente como tres pistoleros listos para desenfundar. Bajé de la patrulla sorteando los charcos. Caminé por encima de las vías del ferrocarril y atravesé la multitud de personas que deambulaba por la calle Melgar. Varios hombres se disputaban a gritos la atención de los potenciales clientes gringos que buscaban despilfarrar sus dólares antes de regresar a su país. Los enganchadores del Hotel Imperial anunciaban la orquesta de Jack Tenney en su cabaret mientras que los hombres pagados por El Tecolote presumían su nueva banda de jazz, Border Brass, formada por músicos traídos desde Nuevo Orleans. Un hombre de cabello hirsuto y sucio interrumpió mi andar. Era alto, de barba larga y desordenada. El abrigo rasgado cubría su desnudez. Agitaba una Biblia en el aire y me miraba a los ojos mientras arengaba: “Y el Señor dijo: El clamor de Sodoma y Gomorra ciertamente es grande, y su pecado es sumamente grave. Descenderé ahora y veré si han hecho en todo conforme a su clamor, el cual ha llegado hasta mí; y si no, lo sabré”. Se acercó más a mí y me miró a los ojos: “El Señor conoce tus pecados. Arrepíentete. Témele. Deja esa vida nefanda”. Entonces fui yo quien lo miró, una mueca socarrona transformó su cara. Lo hice a un lado con mi bastón. El menesteroso místico cogió del brazo a un yanqui y su homilía la realizó en inglés, pero quedó corta por el puñetazo que le propinó el hombre. El predicador se puso de pie, recogió la Biblia del lodo y siguió su misión evangélica sin amedrentarse.

Me detuve frente a El Tecolote. Las luces de neón del impresionante letrero que formaba un enorme tecolote eran el canto de sirenas para los sedientos de licor. El aquelarre estridente que ofrecía esta sección del casino se veía por los ventanales. Varias mujeres semidesnudas bailaban a ambos costados de la orquesta mientras que la música de viento y las percusiones enloquecían a cientos de comensales. Nada ni nadie les arruinaría la noche, un muerto era solo parte del espectáculo en esta frontera, así me lo había advertido el inspector Herrestrosa cuando me dio de alta como inspector de policía por recomendación de Cantú después de aquella noche en que el capitán González me llevara a un paseo. En la puerta del casino me esperaba el cabo Téllez, un hombre de anchos hombros, panza abultada y piernas cortas. Se atusaba el bigotillo poniendo cuidado de no estropear las puntas tiesas. Sus ojos de lince y su rostro prieto lo emparentaban con cientos de criminales natos que había visto en fotografías durante los cursos de criminología del licenciado Rougmangac en la Ciudad de México. Téllez me dirigió hacia la segunda planta conocida como The Yard, donde estaban los cuartos de las más de cien meretrices. Subimos por las escaleras externas para no despertar el morbo de los comensales. La mayoría de las hetairas de El Tecolote eran yanquis, algunas eran traídas bajo engaños por sus novios o cazatalentos espurios de Hollywood. Una vez arriba, un jazz estridente reptaba por las paredes y acompañaba la cadencia sexual de clientes y cortesanas. Llegamos a la puerta del cuarto sesentaisiete, donde estaba un americano franqueando la puerta.

—Harry Hudson, inspector. *I am the manager of The Owl* —dijo la voz de tipo alto y flaco, vestido de frac, que esperaba impaciente en el interior de la habitación. Fumaba como una locomotora sedienta de carbón.

Mi padre nos había obligado a mí y a mi hermana a aprender inglés y francés desde pequeños, así que entendía perfectamente, pero me rehusaba a hablarlo por dos razones, primero porque mi padre era cadete cuando los yanquis tomaron Chapultepec y, segundo, porque mi acento era horrible.

—¿De quién es el cuarto?

—*Her name is Pearl Rory. Nice girl. Very popular.*

—¿Tiene idea de adónde se pudo haber ido?

—*Don't know. She is gone, she left. Perhaps she returned to Oregon.*

—Después interroga al señor Hudson, inspector. Ocúpese del muerto —Me ordenó una voz dentro del cuarto.

Era el capitán Aldrete, mano derecha del gobernador Rodríguez. Entré a la habitación y, además del cadáver degollado del excapitán Filemón González, estaba Aldrete, al lado del tipo cuya cara nunca pude identificar en la estación del tren. El hombre me veía como un lobo que ha encontrado a su presa. Pensé que la india tenía razón.

DOS

The Owl Theater, Mexicali

28 de diciembre, 1924

Herrestrosa no mencionó a Aldrete en su llamada. Era lógico que estuviera aquí para asegurar el sigilo de lo ocurrido porque el gobernador era socio del lugar. Pero su presencia no me intrigaba tanto como la de ese hombre que me miraba con una sonrisa a medio parir.

—Bocanegra, estoy seguro que reconoce al muerto —dijo Aldrete apuntando al cadáver de Filemón González, excapitán del ejército y pistolero de Cantú.

—Lo conozco —dije.

—A este no se lo presento porque no está aquí. De hecho, el muerto tampoco está aquí —dijo Aldrete cuando se dio cuenta que yo miraba al extraño —Haga el favor de regresar al casino —le dijo al desconocido.

El hombre hizo un gesto de despedida con la punta de su sombrero y salió del cuarto, no sin antes volver a verme sin decir palabra

—No le preste atención. Es un periodista que vino de México para escribir sobre El Tecolote, pero su silencio está garantizado. Ahora, sobre este muerto. Tenemos la sospecha de que González conspiraba contra el gobernador. Alguien lo enfrió antes de tiempo y quiero que encuentre a los otros.

—¿Quiénes son los otros? —pregunté.

—Pues eso nos lo dirá usted. A ver si es cierto que es tan bueno como dicen. Vale más que los encuentre.

—¿Qué le digo al inspector Herrestrosa?

—Dígale que investiga el crimen, nada más. No mencione nada de la conspiración. ¿Entendido?

—Sí, capitán.

El capitán dio una calada al puro y miró al muerto.

—Pues apúrese. Examine al pendejo este y cuando termine le dice al gringo que ya puede usar el cuarto — dijo y salió del cuarto.

El cuello de Filemón González presumía una macabra sonrisa sanguinolenta. El corte me recordó “la cuchillada del borrego”, la firma del “Chalequero”, el asesino de prostitutas de la ciudad de México. Pero también me sacudió la memoria de algo que he querido olvidar y que había cambiado mi destino. Me acerqué al cuerpo, noté sus ojos abiertos y el tajo preciso que abría su cuello. Observé el resto de la habitación. Había varias colillas de cigarro en el piso y huellas de calzado y de pies descalzos plasmadas por la sangre. Las de zapato seguían por el pasillo hasta languidecer y finalmente desaparecer cerca de una ventana que daba a las escaleras de exterior. Eran escaleras de escape, distintas a las que habíamos usado para entrar a The Yard. Las huellas del zapato mostraban una especie de muesca, seguramente se debía a calzado gastado, agujerado de tanto uso. Los pies descalzos no salían al pasillo, quizá la mujer se calzó antes de salir.

Regresé al cuarto. Sobre una pequeña mesa de noche se erguía una botella semivacia de tequila y una cajetilla de cigarros Chesterfield. El dorso del occiso tenía un manto carmesí y las sábanas estaban empapadas casi a mitad del camastro. Su ropa yacía tirada sobre el piso al lado de la cama. Era evidente que Filemón González

había sido degollado por la espalda mientras penetraba a la chica. El asesino debió salir del armario. No entró por la puerta porque González lo habría visto. Imaginé al asesino sujetándole la cabeza, inmovilizándolo con el puñal en el cuello. Debió decirle algo al oído. Algo que disfrutó mucho antes de abrirle el cuello.

Continué observando los detalles, pensaba en el móvil de una posible traición. ¿Traición política? ¿Pasiona-
nal? Me acerqué más al rostro moreno oscuro de González. Recordé que la primera vez que lo vi en el despacho de Cantú lo clasifiqué inmediatamente como criminal hereditario, la influencia de raza lo había condenado. Era algo que yo tenía la costumbre de hacer siempre desde mis estudios de criminología con el maestro Julio Guerrero y por instrucciones del licenciado Rougmanac que había sido mi jefe en la policía de la Ciudad de México. Cada vez que interrogaba a un sospechoso o veía el rostro sin vida de una víctima los clasificaba. De las tres influencias criminales, la de raza me parecía la más terrible. *¿Hay algo más injusto que heredar el instinto asesino? ¿Y yo? ¿Acaso no estaba condenado también?* Me preguntaba desde que escuché sobre la influencia de la raza en actos criminales. Me interesé en el tema y seguí estudiando porque tenía la esperanza de encontrar una respuesta, una salida, un escape al destino marcado por mi raza impura.

Hurgué un poco más en el cuarto, fijé mi atención en las paredes y el piso. Debajo de la cama encontré la cartera. Tenía manchas de sangre y no habían dejado un solo billete. Supuse que el asesino, o la joven que descubrió el cuerpo, lo habían robado. Aunque el robo no había sido el motivo del asesinato, eso me quedaba claro. Dentro del bolsillo del saco de González había un boleto del InterCalifornia de Los Ángeles a Mexicali. Abrí el arma-

rio, un tufo a licor me zarandeó los sentidos. El olor me empujó hacia atrás y resbalé con la sangre en el piso. No caí, pero mi pie pateó ligeramente la cabeza de González y su cuello se tornó en una boca enorme que gesticulaba una carcajada lúgubre, fue eso lo que me permitió ver un objeto en la tráquea.

Me acerqué a él y metí los dedos hasta que di con el objeto. Era una bala Spitzer de un Mauser 98, aún en su casquillo. Conocía muy bien los Máusers, usé un modelo 1912 durante la revolución. Alguien había puesto la bala en ese lugar para que fuera descubierta, la teoría de la venganza se afianzaba. ¿Por qué no matarlo de un balazo? ¿Por qué degollarlo y posteriormente insertar la bala? ¿Para quién iba dirigido este mensaje? El asesino tenía algo que decirle a ese destinatario desconocido. Quería hablarle. Darle un último recado. ¿Sería que González iba a delatar a los demás conspiradores? Agarré una jarra de agua del aguamanil y lavé la bala. La envolví en mi pañuelo y la guardé en el bolsillo de mi abrigo.

Había muy poca ropa dentro del armario. Estaba desordenada, como si alguien se hubiera escondido ahí o como si la joven hubiera tenido que sacrificar parte de su ropa antes de huir. La posibilidad de que el asesino hubiera esperado en el armario cobró más fuerza. En ese momento entraron dos camilleros del hospital civil a recoger el cadáver. Miré una vez más la escena con el cuerpo de González en la duela.

—Pueden llevárselo —les dije después un momento.

Salí tras ellos hacia el pasillo. Caminé alrededor de las habitaciones escoltado por risas, gemidos y gritos que salían de ellas. En la oficina me esperaba Harry Hudson. Le observé con detenimiento. Aún traía el mismo

puro. Era un hombre alto y delgado, su frac le daba un aire elegante. Me indicó el asiento frente al escritorio amplio de cedro lustroso. Me senté sobre una silla cubierta de piel que tenía labrado en el respaldo la figura de un tecolote. Las paredes ostentaban fotografías de actores de Hollywood que frecuentaban el casino: Chaplin, Valentino, Swanson, Talmadge y otros más que no reconocía.

—¿Está seguro que no sabe dónde está Pearl Rory?
—le pregunté sin rodeos.

—*I have no idea. These girls come and go.*

—Vamos, déjese de estupideces, las chicas no se van así como así —dije.

—*I don't understand what you mean. Perhaps you should talk to* general Rodríguez —respondió señalando el teléfono.

Todos los casinos, cantinas, burdeles, fumaderos de opio y cualquier negocio de la ciudad pagaba una cuota de protección al general Rodríguez. El Tecolote era la excepción porque el general era socio invisible del casino.

Hudson acercó una libreta que tenía preparada en el escritorio. La abrió en una página que había marcado previamente con un abrecartas. De un cajón del escritorio sacó un estuche. De este extrajo unos catalejos de aros dorados. Se los puso y con el dedo índice recorrió los nombres de las meretrices. Dijo que Pearl había llegado en octubre del año 22. Me dijo que si lo dudaba podía verificarlo con el Registro de Meretrices donde todas las prostitutas debían registrarse en Tesorería Municipal después de ver a un doctor en el Hospital Civil. El libro contiene la filiación y una fotografía de las mujeres.

Hudson se llevó el puro a la boca. Me miraba con atención, pero no decía más. Le pedí que llamara a May Field. Salió de la administración y en un par de minutos

entró una jovencita. Era muy atractiva, de rasgos finos y cabello rubio. Me pareció una de esas actrices frustradas que se conformaban con el glamur temporal de estos casinos y cabarés fronterizos. Llevaba un vestido azul rey, largo como su cuerpo y con un escote pronunciado. Se sentó en la silla que estaba a mi izquierda. Cruzó la pierna y encendió un cigarro que tomó de una cigarrera plateada. Se le notaba inquieta. Hudson le había dicho lo ocurrido.

—¿Sabe dónde puede estar Pearl? —le pregunté.

La joven no parecía entender español. Repetí la pregunta en inglés.

—*No, she did not say anything.*

—¿Estás segura? —insistí.

La joven aspiró hondamente. Mantenía el humo en sus pulmones, cavilaba, por qué habría de confiar en un inspector como yo. Arrojó el humo por las narices. Por fin me dijo que Pearl había venido a Mexicali engañada por un novio que le prometió matrimonio. Su nombre era Mark Sullivan, quien resultó un lenón conocido, y después de unas semanas la abandonó aquí por una jugosa comisión. May Field dijo que su amiga no sería capaz de asesinar ni a una mosca, pero que la última vez que habló con ella la notó muy nerviosa.

—¿En qué lo notó? —pregunté en inglés muy a mi pesar.

—*I don't really know. It just felt that way.*

—¿Alguna vez le dijo algo sobre el capitán González?

La joven me miró a los ojos fugazmente y luego paseó su mirada por el resto de la oficina como explorando un sitio desconocido.

—No tenga miedo. ¿Le mencionó algo fuera de lo común? —Insistí.

—*He would come every Sunday to see her.*

—¿Todos los domingos? —pregunté sorprendido. Esto cambiaba las cosas, todo había sido premeditado y Pearl tendría que haber sido parte del juego.

—¿Qué le contaba su amiga de González?

—*He wanted her to spy on someone.*

—¿Espiar a un cliente? ¿Alguien de aquí?

—*I am not sure, she never said anything. But he was pressuring her.*

—¿Y lo hizo?

—*I don't know. She did not talk about it anymore.*

Si González había reclutado a Pearl como informante entonces quizá se la llevaron para sacarle más información. O quizá Pearl delató a González y vinieron a sacarlo de en medio. En ese caso Pearl habría huido para no meterse en problemas.

—*Do you think she is dead?* —preguntó la joven.

Vi su rostro ovalado y rosado, sus ojos azules y su pelo rubio reposando en sus hombros. Hasta ese momento reparé en su mocedad, no podría tener más de veinte años. Su rostro fino y sus modales elegantes me hicieron pensar en una familia de abolengo.

—No lo creo —dije más para darle esperanza que por certeza.

La joven salió de la oficina sin despedirse. Bajé hacia el bar del casino. La muerte no había hecho mella en el ambiente ni en el ánimo de los comensales quienes no se habían enterado de lo ocurrido. Los músicos de la banda tocaban un *dixieland* y la pista estaba atiborrada de danzantes. Me senté en un banquillo de la enorme barra. El ambiente continuaba festivo y una bruma se paseaba por toda la parte del casino y el salón de baile.

Paul Huntington, uno de los diez cantineros de El Tecolote, me dijo que no podría servirme, que me fuera al Tecolotito, una pequeña cantina aledaña a The Owl, donde los mexicanos y otros clientes de color podían beber sin problema. Le mostré mi tarjeta y se disculpó. Los únicos mexicanos que podían entrar eran los políticos, comerciantes y los policías que cuidaban el lugar, pero estos últimos eran perfectamente identificados por sus uniformes.

—El Señor nos libró de una escoria.

—¿De qué habla? —le dije.

—Los cantineros sabemos todo, inspector.

—Entonces dígame quién lo mató.

—Bueno, casi todo. No sé quién lo mató, pero tampoco importa. Ese hombre era un asesino, alguien le ahorró el trabajo sucio a Dios. Lo siento por Pearl.

Huntington aprendió español evangelizando en Sonora por varios años. Cuando los yanquis entraron a la Gran Guerra se metió al ejército y los muertos en su conciencia nunca le permitirían volver a predicar frente a su rebaño. Dijo que Pearl le tenía confianza porque su padre había sido pastor como él y había muerto semanas después de que ella se escapara de su casa para ser una estrella en Hollywood, pero había terminado ahí. Pearl le dijo que González la visitaba cada domingo. Le confesó que le temía porque la presionaba para que le pasara información. Eso confirmaba que el asesinato había sido premeditado y, muy probablemente, con la complicidad de la joven.

—¿Qué tipo de información le pedía? —pregunté.

—No me quiso decir más. Se arrepintió de abrir la boca porque le tenía miedo, como ya le dije. Quizá la cantante sepa algo.

—¿Cuál cantante?

—Carmina del Monte, la que canta aquí. Me pareció que quería seducir a Pearl, las vi muchas veces juntas. Esa mujer ofende gravemente al Señor —dijo el cantinero.

—Supongo que para usted todas las mujeres de aquí ofenden a Dios.

—Ella más que otras, copula con hombre y mujeres, tuerce mandatos divinos.

—Eso es más común de lo que piensa.

—Lo es en el infierno, señor inspector. Además, copulaba con un burro en Juárez.

—Nadie copula con un burro. Son trucos para atraer a incautos. ¿Qué cuarto tiene?

—No es ramera... bueno, no en sentido tradicional. No vive aquí, solo canta. Si espera unos minutos podrá verla —dijo apuntando hacia el escenario.

—¿Qué tal los hombres del sindicato? —preguntó Huntington.

—¿Qué hay con ellos?

—Quieren dañar la imagen de The Owl para que su gobierno haga algo. Quieren que todos los negocios tengan cincuenta por ciento de empleados mexicanos. ¿Se imagina, usted? —preguntó como si fuera algo absurdo.

—¿Asesinar por eso?

—Matarían dos pájaros de un tiro. Una muerte en el Owl afectaría la imagen y, por si fuera poco, no olvide que González era gente del coronel Cantú.

—Todo mundo era gente de Cantú antes de que lo obligaran a salir.

—Pero este era su *henchman* ... como se dice... su matón. Dicen que desapareció al padre de Revueltas.

—¿Al padre de Olegario Revueltas?

—Sí, él fue uno de los anarquistas que tomaron Mexicali en 1911 por órdenes de los Flores Magón. Pero

lo arrestaron y cuando lo llevaban a Ensenada le volaron la cabeza. Olegario era un niño, pero la venganza tiene memoria larga.

—¿Lo ha visto por acá?

—Acá no, pero pregunte en El Tecolotito. También allá puede preguntar si un foráneo pidió servicios de Pearl —lo dijo como si él no fuera extranjero.

Aunque, de cierto modo, no lo era puesto que los yanquis eran dueños de mucha tierra y negocios en toda la frontera del Distrito Norte. Bebí el último trago. Saqué una libreta pequeña de mi bolsillo y escribí mi nombre. Arranqué la hoja y se la di a Huntington. Le dije que se la pasara a la cantante y él dijera que quería hablar con ella.

TRES

El Tecolotito, Mexicali

28 de diciembre, 1924

Me dirigí a El Tecolotito, solo tuve que dar unos pasos al salir del bar. El lugar era estrecho, pero lo suficientemente espacioso para acomodar mesas de juego y una barra generosa. Estaba atiborrado, voces en varios idiomas flotaban sin orden. En una mesa, un conocido contrabandista chino conversaba con una pareja de paisanos. Los japoneses fumaban y bebían mientras jugaban *hanafuda* en medio de un griterío. Los indios eran pocos, pero un par de ellos bebían en la barra. El resto de los comensales eran mexicanos y alguno que otro yanqui de baja ralea. Lo único que tenían en común es que todos bebían y jugaban con la confianza de un presidiario de la cárcel de Belén. Le pregunté a uno de los cantineros si habían solicitado a Pearl Rory desde aquí. El cantinero me dijo que un indostano de apellido Pattel lo hacía con frecuencia y había estado con ella apenas unas horas atrás. Le pregunté si había visto a González y a Olegario Revueltas en la cantina. Me dijo que González venía los domingos a cogerse a un puta y Revueltas venía casi todas las noches con “otros bolcheviques de mierda” para causar problemas. Pensé que quizá Huntington tenía razón y el sindicalista por fin se vengó por la muerte de su padre.

El cantinero regresó a lo suyo. Giré mi cuerpo sobre la barra para observar a la gente. Sorprendí varias miradas de odio a mi alrededor, no era para menos, la au-

toridad no era bienvenida en esa cueva de criminales. Una en particular me hizo voltear hacia el otro extremo de la barra. Sobresalía un sombrero de copa que alguna vez debió coronar la cabeza de algún ilustre empresario, pero de un tiempo a la fecha cubría el pelo sucio, lacio y largo de Asunción Fardlow Urchuta, un indio cucapá que había conocido las trincheras francesas con el ejército yanqui y ahora se dedicaba, según decían, a eliminar estorbos por encargo. Su rostro inexpresivo solo se inmutó al llevarse un trago de whisky a la boca. Era buscado en Arizona por asesinato en una cantina de Yuma, en la Jefatura de Policía de Mexicali habían recibido un telegrama preguntando por su paradero. No era prioridad pero no quería que el Inspector General se enfadara conmigo si se enteraba que lo había visto y lo había dejado escapar.

Decidí ir a su encuentro para llevarlo a la Jefatura. El cucapá me observaba. Nuestras miradas chocaron. Sabía que iba hacia él. Fardlow le dio una calada a su cigarro, vació un trago en la boca y se acomodó el sombrero antes de caminar hacia la salida. Tomé mi bastón para abrirme paso entre la gente, pero el cuerpo de un hombre impulsado por un golpe certero me hizo caer al suelo junto con él. Una gresca inició en ese momento. Recogí el bastón y me puse de pie para evitar ser absorbido por la riña. Perdí un tiempo nadando entre los cuerpos apretujados y cuando llegué a la mesa donde estaba Fardlow, este había desaparecido.

Salí de ahí en busca de Fardlow. Los sindicalistas ahora estaban bloqueando la puerta de El Tecolote con gritos de protesta mientras un remolino de sedientos elegía cuidadosamente dónde gastar sus dólares. La oferta era amplia, los letreros de neón y los enganchadores humanos hacían todo para engatusarlos. El Southern Club ofertaba

whisky escocés, el Bar Gambrinus presumía la mejor cerveza belga, el Climax ron cubano y whisky canadiense. El predicador seguía en lo suyo y ahora arengaba a un grupo de americanos que deseaban entrar al Cabaret Imperial. Entre esa multitud el indio Fardlow había desaparecido.

Lo di por perdido así que regresé al bar de El Tecolote. El casino continuaba lleno. El frío no evitaba que la gente saliera a celebrar los últimos días del año. La música estruendosa de la banda de jazz y los gritos del lugar empezaban a marearme.

—¿Otro trago? ¿Un Blue Moon o un Owl Special? La ley no paga.

—Pensé que su religión no le permite tentar a los hombres —respondí.

—La moderación es un regalo de Dios.

Se retiró un momento para servir whiskies a un par de tipos de rostros desconfiados e insolentes. Tenían la pinta de italianos de buen vestir, pero malos hábitos. El maestro de ceremonias salió al centro del escenario. Carraspeó y esperó a que el pianista, un tipo enjuto vestido de esmoquin y moño negro, se sentara. Entonces anunció el siguiente número y las luces bajaron de intensidad para que solo un brazo de luz siguiera el andar de Carmina del Monte mientras iniciaba la melodía del piano. Su voz tersa silenció el salón. Acompasaba su canto lento con un oleaje de su cuerpo. Era una mujer bella, los comensales la observaban con una mezcla de deseo y embeleso.

*I've got the blues, I feel so lonely;
I'd give the world If
I could only Make you understand;
It truly would be grand.
I'm gonna telephone my baby,*

*Ask him won't you please come home.
Oh, when you gone
I'm worried all day long.*

—El demonio tiene muchos rostros. Ya le pasé su recado, mañana lo llamaré —dijo el cantinero mientras me servía whisky.

—Gracias por pasárselo, pero será mejor que no me sirva más.

—Pruébelo. Es del Independent Liquor Ring, whisky escocés puro. El gobernador es un excelente hombre de negocios.

Apuntó hacia los dos italianos que recién había servido.

—¿Quiénes son esos *dagos*?

—Profetas de la libación que vienen a limpiar el camino de su mesías, un tal Al Capone.

Todo mundo sabía que el gobernador no había perdido tiempo para sumergirse en los lucrativos negocios de la frontera. Se rumoraba una próxima reunión con un italiano de Chicago para traficar licor hacia los estados norteamericanos del Pacífico.

Bebí del whisky. Lo saboreé, era bueno, el gobernador sabía lo que hacía. La voz de la cantante tenía un efecto hipnótico, me recordó las sesiones de sonambulismo a las que me obligó asistir mi padre para curarme de mi problema. Su voz era tersa, como una mano que se estiraba para tomar la mía y sacarme de ahí, hacia el sótano del pasado. El cantinero fue requerido por varios sedientos. El lugar seguía colmado de clientes a pesar de la hora y el día.

Salí del casino una hora después de haber visto el cuerpo en el cuarto de Pearl Rory. El frío me dio en plena

cara una vez que abrí la puerta, el aliento del Río Nuevo y la grasa atrapada del restaurante chino Hop Lee aguzaron mis sentidos. Un grupo nutrido de mexicanos seguían gritando consignas cerca de la entrada de El Tecolote, pero la policía montada ya los contenía para dejar pasar a los clientes al casino. Antes de ponerme los guantes encendí un cigarrillo. Recordé la Spitzer en la tráquea, pensé que la bala escondía la clave. El calor del tabaco entró en mis pulmones y regresé la vista a mi alrededor. Caminé hacia las escaleras de escape. Terminaban en un callejón oscuro y enlodado. Ya me podría ir olvidando de las manchas de sangre en el calzado del asesino, seguramente se habrán borrado con el lodo. Regresé mis pasos hacia la calle Melgar. Algunos transeúntes regresaban hacia Calxico serpenteando alegres después de una noche de libaciones prohibidas en su país. Otros tantos apenas cruzaban hacia Mexicali siguiendo el pasaje trazado estratégicamente por los faroles y el enorme letrero de The Owl cuyas luces neón leían: *We Never Sleep*. Di una profunda calada al cigarro viendo fijamente las luces de neón. “Yo tampoco”, pensé.

Escuché a Téllez quien me esperaba con el coche para llevarme a la pensión de Mr. Robinson. La voz de la cantante se coló por la puerta y su voz se encarnó en un recuerdo lejano. Me invadió una pesadez, un desasosiego. Le dije a Téllez que caminaría.

—¿Hasta la pensión? ¿Seguro, inspector?

—Sí, el frío le hace bien al pensamiento —le dije.

A pesar del frío y el dolor en la pierna, no tenía la intención de irme a la pensión, sabía que sería otra noche de insomnio así que decidí irme a la Chinesca. Caminé por la calle Ferrocarril poniendo atención en los durmientes que podrían atrapar mis pies. Seguí por la avenida Vicente Guerrero hasta llegar a La Casa Blanca, el casino, prostí-

bulo y fumadero de opio del Chee Kung Tong que se había convertido en mi refugio. Cuando llegué a Mexicali cuatro años atrás, el Chee Kung Tong era la logia china que había dominado la prostitución y la venta y tráfico de opio en el barrio chino, habían sido los protegidos de Cantú, pero todo indicaba que eso estaba a punto de cambiar. Me recibió Juan Xiu, un chino escuálido que llevaba siempre una larga coleta y dos estiletes que los chinos llamaban “sai” ocultos entre su ropaje. Lo había visto usarlos con destreza en una de las peleas clandestinas que organizaban en el *tong* para mantener a sus hombres preparados. Le pregunté por Mow Feng y me dijo entre señas y un inglés carcomido que estaba en su oficina. Me condujo hacia el subterráneo. Caminamos por un largo pasillo guiados por bombillas chinas que pendían del cielo. Llegamos a un galerón donde había varios hombres y mujeres tendidos en camastros montados uno sobre otro, se dejaban habitar por el sosiego opiáceo. Dejé el bastón debajo del camastro y me tendí sobre él. Pedí los servicios de Wen Yang, una cortesana china de largo cuerpo que me atendía siempre que pasaba las noches en La Casa Blanca.

Wen llegó un par de minutos después con las pipas. Su rostro era bello, su cuerpo se movía con gracia, como si recordara un pasado imperial de rituales y formas añejas. Me saludó con una inflexión de la cabeza. Masculló algo en su idioma y sonrió. Preparó la pipa que me permitiría descansar hasta el amanecer y ambos fumamos de ella. Antes de mi huida transitoria sentí sus labios aterciopelados recorrer el tronco de mi miembro flácido, pero sólo hasta que conjuré los labios resecos del otro Agustín, del verdadero Agustín Bocanegra, la sangre fluyó de prisa hasta endurecer mi pene. Sólo Wen, en complicidad sigilosa, me llamaba Bernardo porque así se lo había pedido una noche. Entre

desvaríos me gustaba escuchar mi verdadero nombre, imaginarlo en boca de Agustín, en su voz suave y masculina que dejé de escuchar casi diez años atrás.

Ciudad de México

Julio de 1905

Don Bernardo Berjón Escandón procuró por todos los medios curar a su hijo del mal que lo aquejaba. Apenas cuatro años atrás fue testigo del escarnio que fustigó a un grupo de travestidos sorprendidos en la calle de La Paz. La fiesta nocturna fue allanada y los hombres llevados a prisión y obligados a trabajos forzados en la península de Yucatán. La inversión sexual ocupó la atención de los diarios y los discursos morales. Su primera reacción fue curarlo de su desviación a fuetazos. Pero entendió que no lograría nada de esa manera, tendría que haber otras formas. Amaba a su hijo y haría todo lo posible por evitarle ese sufrimiento y la deshonra a su familia, por supuesto. La primera medida fue buscar la ayuda de Mercedes Barrientos, alias la Baronesa, quien regenteaba una casa de meretrices en la calle Plateros. Cuando Bernardo salió de la habitación su padre habló con “La Bayoneta”, una joven cortesana de sábanas asediadas, quien le mostró el coño rociado con el semen de su hijo. La sonrisa orgullosa del padre perduró por meses hasta que sorprendió a su hijo en plena misa dominical con la mirada enajenada en el hijo de don Serafín Robles y Mares. La tarde del lunes lo llevó con el Dr. Guillermo Parra quien había curado a su hija de histeria con sesiones de sonambulismo artificial. Varias sesiones de hipnosis después,

lo pensó curado, pero su esfuerzo no concluyó ahí, lo inscribió en el Colegio Militar, de dónde él se había graduado después de la batalla Churubusco y en donde harían de él un hombrecito. Fue ahí en la clase de esgrima donde Bernardo Rejón Cipactli conoció a quien lo desvirgaría una noche en el establo, entre el olor a mierda y el baile de chapulines. José Manuel Dupeirón era hábil con el florete y la lengua, sobresalía entre los cadetes por su altura, su cuerpo atlético y su piel morena. Era hijo bastardo de un general que gustaba de corretear indias, alcanzó a varias y una de ellas parió a José Manuel. A Bernardo le gustaban sus manos de capataz, ásperas, esculpidas por las labores de campo que hacía José Manuel antes de que su madre muriera y el general Dupeirón se hiciera cargo de él. Esas manos fuertes que lo sometían con firmeza cuando fingía querer escapar de su miembro enhiesto. Las mismas que le cruzaron el rostro cuando Bernardo quiso penetrarlo: “Soy mayate, no caballo. A mí no me monta nadie, eso es de maricones”.

Después Bernardo empezó a frecuentar los baños turcos de la Alberca Pane, en el Paseo de la Reforma. Sabía que se había convertido en un punto de encuentro para hombres en busca del nefando sexo. Tuvo varios encuentros casuales con hombres de distintas edades, la mayoría de ellos casados. Ahí conoció a Federico Hidalgo Zatarain, un hombre poderoso con el que entabló una relación, si bien secreta, más o menos estable. Cuando dejaron de verse, Bernardo empezó a frecuentar los baños del Jockey Club de la calle Plateros. En ese club exclusivo, conoció a varios jóvenes de su edad que buscaban lo mismo que él. El flirteo empezaba en la cantina del club o en el gimnasio. De ahí se encerraban en los cuartos exclusivos del club.

Tras la muerte de su padre en 1908 se dio de alta en la Gendarmería Nacional, ahí, pensó, podría suprimir

sus impulsos degenerados. Pero ahí también inició un temor aún más terrible, supo del germen criminal que, según sus maestros criminólogos, dormía en la sangre indígena. La primera vez que escuchó a Julio Guerrero hablar de estos conceptos pasó una mala noche. Jamás se había sentido indígena, pero sabía que, aunque nunca se hablara del tema en casa, su madre era mestiza y por primera vez en su vida sintió temor de compartir sangre con sus lejanos antepasados.

Fueron esas lecturas, las arengas sobre la paz y el progreso (y la promesa a su padre) las que lo impulsaron a ingresar a la Gendarmería Nacional al graduarse del Colegio Militar. Esas lecturas lo atormentaron. Le horrorizó pensar que llevaba agazapado, acechante, el virus asesino, una criminalidad soterrada en espera de salir en cualquier momento. Ingresó a la Gendarmería porque pensó que ahí podría contenerse, mantener a raya al criminal latente que esperaba escondido en su interior debido a su sangre indígena y, por si fuera poco, a su búsqueda del nefando sexo. Su experiencia en el Colegio Militar le permitió ingresar en la Policía Montada y al poco tiempo fue trasladado a la Policía Reservada, lo cual agradeció puesto que detestaba el quepis y las polainas, pero sobre todo porque la vestimenta de paisano le permitía investigar con mayor soltura. Eso le apasionaba, investigar crímenes, buscar claves y piezas invisibles para otros.

Fue en las filas de la Policía Reservada donde conoció a Agustín Bocanegra, era su superior. Aquella noche, bebían en la cantina El Gallo de Oro después de una *razzia* en la colonia La Bolsa. Él era comisario de la Sexta Comisaría, en él recaía la labor más difícil: limpiar la imagen de la Gendarmería y comandar gendarmes ineptos. Gualberto y Atanasio, los gendarmes que los acompañan-

ban, dormían sobre sus sillas, habían empezado temprano su navegación en pulque, y el tequila solo los empujó hacia la inconsciencia. Quedaron solos Agustín y él, entre poetas y *reporters* que, recelosos, lanzaban furtivas miradas hacia ellos. Era de madrugada cuando Agustín le soltó la pregunta. “¿Caballo o mayate?” Su voz mordaz, su mirada penetrante y su rostro indescifrable le hicieron suponer lo peor. Sabía que Agustín había tomado los cursos del Dr. Roumagnac, él mismo lo recomendó para esta demarcación por sus avances en criminología. En sus clases Roumagnac les habló del estudio del Tagarnero, un chico alfarero que cayó cinco veces en la cárcel de Belén. Durante su entrevista el menor se le fue encima cuando le preguntó si era caballo o mayate. Ahora, habitado por libaciones de diversa índole, Agustín decidió desenmascararlo. Su desviación, su atracción por los hombres no había pasado desapercibida. Tuvo el impulso de sacar su arma, dispararle y salir huyendo. Pero su sorpresa fue mayor cuando sintió, por debajo de la mesa, el peso de su mano hurgando en su entrepierna. Miró, temeroso, en todas direcciones de la cantina, pero los comensales estaban en lo suyo, algunos jugaban cartas, discutían, recitaban, embebidos, poemas decadentes, otros tantos dormían. Esa fue la primera noche que pasaron juntos, por eso regresaban al Gallo de Oro cada vez que había algo que festejar.

SEGUNDA PARTE
WELCOME TO HELL

CUATRO

The Owl Theater
Mexicali, Distrito Norte de la Baja California
Domingo 28 de diciembre, 1924

Eugene Sampson, el maestro de ceremonias de El Tecolote, un hombre de baja estatura y calva brillante, tocaba con insistencia la puerta del camerino mientras miraba su reloj de leontina. No había respuesta y el hombre se desesperaba. Era el turno de Carmina del Monte y la orquesta de jazz alargaba su última melodía para no dejar sin música a los comensales. El pianista que acompañaría a la cantante había amenazado con largarse si no aparecía esa engreída en cinco minutos. Le dijo que detestaba el trato especial que se le daba a esa mexicana, en momentos como ese le gustaría largarse de ese agujero del infierno, regresar a Alabama donde la gente sabía su lugar y nadie cruzaba ciertas fronteras. El maestro de ceremonias le daba la razón y también estaba harto de esa mujer, pero cuando cuestionó a Mr. Hudson por contratar a una mexicana para el espectáculo principal, el administrador le dijo que la orden venía directamente de los dueños, por recomendación del gobernador. La mujer apareció sin apuro alguno por el pasillo que daba a su camerino. A juzgar por el abrigo y el lodo en los botines venía de afuera. Ella vio el enojo en el rostro enrojecido de Mr. Sampson.

—¿Ya vio el desorden allá afuera? No me permitían pasar —dijo apuntando al grupo de sindicalistas manifestándose.

El maestro de ceremonias no dijo nada, se limitó a barrerla con una mirada de desaprobación. Carmina del Monte abrió el abrigo y dejó a la vista el vestido que llevaba puesto. Era negro, sin mangas y caía hasta las pantorrillas.

—Solo me cambio los zapatos y estaré lista. En un minuto estoy allá, pero necesito un whisky antes de cantar, el frío está tremendo y no quiero dañar la garganta —dijo y caminó hacia la puerta de su escenario.

Carmina del Monte se quitó el abrigo y lo colgó en una percha. El camerino era pequeño, pero mucho mejor que el compartido por las bailarinas y el coro. Tenía un armario amplio con vestidos y otras prendas. Se sentó frente al tocador que tenía un gran espejo circular rodeado de focos que iluminaban más allá del rostro de la mujer. Se retocó el maquillaje y el cabello. Se quitó los botines y cuando estaba por cambiarse las medias tocaron a la puerta. Era un mesero, le dejó un trago de whisky sobre el tocador y le dijo que Mrs. Sampson la quería en el escenario inmediatamente. Cuando se quedó sola, se cambió las medias y se calzó los zapatos tipo Oxford de dos tonos. Se puso un sombrero cloche y se sentó frente al espejo. Respiró profundo y se quedó observando su reflejo en silencio. De niña había soñado con tener un camerino como ese, o más grande. Todo empezó cuando ella y su hermano iban al *Nickelodeon* de la calle Sexta, una pequeña sala donde proyectaban películas mudas, escapándose de casa mientras sus padres trabajaban en el restaurante de la familia. Tenía catorce años y su hermano diecisiete. Habían llegado de Hermosillo tres años atrás a Los Ángeles y la ciudad le parecía un mundo extraño pero fascinante. Le encantaban esas breves películas mudas donde el idioma no era una barrera para entender el dilema de la heroína

o lo chusco de las situaciones. Deseó ser Blanche Sweet o cualquiera de las otras actrices de esas películas. Las imaginaba derrochando glamour a cada paso y viviendo una vida de ensueño. Por eso cuando leyó en *Los Angeles Herald* que buscaban jovencitas para una nueva película de un tal D.W. Griffith, no dudó en acudir al llamado. Le pidió a Joaquín, su hermano, que la acompañara. Esperaron hasta que sus padres se marcharan y ella se maquilló y se puso un vestido de su madre. Salieron de casa y caminaron hasta Bunker Hill, ahí descendieron a la ciudad en el *Angel's Flight*, un pequeño vagón que viaja sobre vías funiculares. Al bajar al centro de Los Ángeles, un hervidero de gente invadía las calles porque las aceras no eran suficientes. Carros, bicicletas, tranvías y una que otra calandria jalada por caballos avanzaban sin ocuparse de los peatones que toreaban los vehículos con agilidad. Llegaron a la calle Quinta donde sería la cita. Era un edificio de varios pisos que albergaba la tienda Silverwood's. Ya dentro, subieron hasta el octavo piso donde se encontraba la oficina de Mr. Kutscher. Ingresaron a la oficina donde había una decena de jovencitas haciendo antesala. Una mujer de unos cuarenta años se acercó a ellos y le pidió a Joaquín que saliera, no podía estar ahí con las otras chicas. A ella no le importó quedarse sola, estaba ante la oportunidad de su vida, le dijo que la esperara en la cafetería del Silverwood's.

Todas las jovencitas eran norteamericanas, sin embargo, no se amedrentó, había aprendido a hablar inglés y, de cualquier manera, las películas eran mudas. Así que solo tenía que preocuparse por hacer una buena audición. Estaba nerviosa pero emocionada. ¿Qué le pedirían hacer? No tenía idea, lo que fuera, estaba lista para cantar o bailar si era necesario. Las chicas salían con caras alegres como

si hubieran sido seleccionadas ya. Quizá estaban planeando varias películas o necesitaban más de una actriz. Cuando por fin le llegó su turno, entró a un cuarto ocupado por tres hombres. El que se presentó como Mr. Kutscher, le hizo preguntas sobre su edad, su familia y, por último, sus sueños. Después, otro hombre que dijo llamarse Robert Nash, le pidió que hiciera distintos rostros, alegría, horror, amor, etc., mientras ponía frente a ella lo que supuso era una cámara. El otro hombre era alto y corpulento, de tez morena y mirada torva, nunca se presentó, ni habló palabra alguna. Después de unos minutos le pidieron que escribiera sus datos en una libreta. Mr. Kutscher le dijo que estaba muy impresionado por su talento y que le enviarían una carta en los próximos días. Salió de ahí emocionada, creyó que estaba a unos pasos de empezar su sueño.

—*It's your turn, Carmina. Damn it!* —el grito de Mr. Sampson le devolvió a reflejo en el espejo.

—*I've right there, Mr. Sampson.*

Carmina del Monte cogió el vaso y bebió el whisky de un trago. Sintió el calor del destilado raspar su garganta y pasar por el esófago. Volvió a mirar su reflejo y acomodó un poco el sombrero. Salió del camerino y caminó por un pasillo que la llevaría directamente al escenario. El bisbiseo de voces se mezclaba con el tintinar de vasos y cubiertos hasta los tímidos pasos de un piano acallaron el salón. La oscuridad cayó sobre el escenario y solo un brazo de luz iluminó al pianista. Esa misma luz se deslizó hacia el umbral desde donde el andar pausado de Carmina del Monte hizo su aparición.

*I've got the blues,
I feel so lonely;
I'd give the world*

*If I could only
Make you understand;
It truly would be grand.
I'm gonna telephone my baby,
Ask him won't you please come home.
Oh, when you gone
I'm worried all day long.*

Su voz aterciopelada y su contoneo sensual cautivaban a los comensales. El salón se iluminó a un medio tono. Recorrió su mirada por el lugar. Nada parecía anormal, pero vio que uno de los cantineros la señaló a un hombre que sujetaba un bastón.

*Baby, won't you please come home?
Baby, won't you please come home?
I have tried in vain
Nevermore to call your name.
When you left you broke my heart,
Every hour in the day you will hear me say,
Baby, won't you please come home?
I mean, baby, won't you please come home?*

Sentía las miradas de hombres y mujeres, quizá algunas de ellas deseaban estar en su lugar como ella alguna vez deseó la vida, imaginada, de las actrices que veía en las películas. Hollywood había quedado muy atrás, aún disfrutaba de ver películas, asistía al Rioalto en Calexico o al Iris en Mexicali, pero sabía que esa vida ya no existía. No debía existir, ese sueño fue el inicio de su tragedia. Desde que recibió la carta de Mr. Kutscher para integrarse al reparto de una película. Estaba feliz, había sido seleccionada entre tantas jóvenes hermosas. La película sería

filmada en un poblado llamado Mexicali. Había oído a su padre hablar de ese lugar, no era un lugar para la gente decente. Decidió mantenerlo en secreto, su padre nunca aceptaría que fuera actriz y mucho menos le daría permiso de ir a Mexicali. Solo le dijo a su hermano después de que le jurara guardar el secreto. La sinopsis de la película decía que era la historia de una jovencita que había sido secuestrada para ser obligada a prostituirse en ese poblado fronterizo. Lo que no sabía en ese momento es que no era el guion de una película sino la descripción de su vida futura.

*Baby, won't you please come home?
'Cause your mama's all alone.
I have tried in vain
Nevermore to call your name;
When you left you broke my heart;
That will never make us part;
Landlord's getting' worse, I gotta move May the first.
Baby, won't you please come home?*

Ella no regresaría jamás a casa, no podría ver a su madre a los ojos después de todo lo que pasó. Ahora solo se dejaba abrazar por esas miradas que veían a la Carmina del Monte que dejó sus sueños casi diez años atrás.

CINCO

Hotel Plaza, Chicago, Illinois
Domingo 28 de diciembre, 1924

Oliver Newman, agente especial del Buró de Prohibición, sintió el zarandeo de su hombro como si ocurriera en otro tiempo allende la memoria. Aquel donde su padre hondeaba un cinturón espoleado por el whisky y lo azotaba con un odio ciego, bíblico. Pero la voz que acompañaba el zarandeo no era la de su padre. El agente Joseph Zielinski intentaba despertarlo, tenía interceptada la llamada al prostíbulo de Johnny Torrio, el gánster que había pincelado con sangre un jardín de las delicias en Chicago. Fue así como escucharon la conversación entre el vicecónsul de la embajada británica en Ensenada, México, y Johnny Torrio. El vicecónsul era enlace entre el nuevo gobernador del Distrito Norte y el capitán David Lloyd Jones quien representaba al Independent Liquor Ring, un grupo británico de productores de whisky. Por las llamadas interceptadas supieron que habían llegado a un acuerdo con el gobernador para usar el puerto de Ensenada como centro de almacenaje y distribución para toda California y el oeste de los Estados Unidos. La gente del gobernador garantizaría el transporte terrestre hasta la frontera, Tijuana y Mexicali, dos pueblos que harían avergonzarse a Sodoma y Gomorra. La logia china, Lung Sing Tong, se había aliado al gobernador y pasaría el contrabando hacia Estados Unidos por los túneles que

conectaban la Chinesca, el barrio chino de Mexicali, con Calexico, en California, mientras que la gente de Torrio se encargaría del resto. La reunión cerraría el trato para que el Independent Liquor Ring, Johnny Torrio y el gobernador pusieran a circular un mar de whisky de contrabando para los sedientos norteamericanos azotados por la ley seca. Torrio enviaría a Capone en su representación. En esa última llamada interceptada supieron que la reunión sería en el Owl Theater de Mexicali, le darían la bienvenida al año nuevo cerrando esa alianza.

Cuando terminó la llamada, Oliver Newman sonrió satisfecho. Abrazó a su compañero, ambos estaban en el umbral de una gran hazaña, si desmantelaban la organización de Torrio no solo sería noticia en Chicago sino en todo Estados Unidos. La Ley Volstead había parido nuevos empresarios, más sangrientos y voraces que litigaban sus desavenencias con las Chicago Typewriters, las subametralladoras Thompson. En los últimos meses las calles de Chicago se habían tornado en un panteón al aire libre por la guerra que los diarios llamaban *Beer War*. Realmente se peleaba más que la cerveza, el control del millonario tráfico y venta ilegal de todo tipo de libaciones. Los periódicos y la vox populi señalaban a Torrio, pero más en particular a su mano derecha, Al Capone, como el responsable del olor a muerte que se respiraba en la ciudad de los vientos. Newman caminaba de un lado a otro, emocionado por el golpe contra los *bootleggers* más sanguinarios del este de Estados Unidos. Zielinski lo miraba caminar, hablar con sus manos, imaginar un ascenso, una condecoración, una visita a La Casa Blanca. Habían estado encerrados varios días, fueron asignados a Chicago como agentes especiales de la Unidad de Prohibición para desmantelar la organización de Torrio, estas llamadas servirían como pruebas de

una conspiración para traficar licor desde México hacia Estados Unidos. Zielinski había nacido y crecido ahí, pero Newman lo había hecho en una granja en Ohio.

—¿Crees que nos ordenen arrestar a Torrio muy pronto? —preguntó Zielinski.

—No, van a esperar el primer contrabando. Si lo arrestamos ahorita solo serían cargos por conspiración, además Capone podría escapar y ese *dago* es el más sanguinario.

El agente Zielinski sustrajo un ánfora del bolsillo de su saco. Miró el rostro incrédulo de su compañero y le ofreció un trago. Newman rechazó la invitación, tomó una cigarrera que reposaba sobre la mesa y cogió un cigarro. Encendió un cerillo, acercó la llama a su boca y dio una calada honda.

—Tranquilo, es whisky medicinal —dijo Zielinski con una sonrisa socarrona tras notar la mirada de reprobación de su compañero.

Sabía que no bebía, conocía su historia. Se la había contado hasta el hartazgo, sabía también que Newman no era su apellido paterno, adoptó oficialmente el de su madre porque odiaba la herencia de su padre; un alcohólico colérico que obligó a Benjamín, su hermano mayor, a enlistarse en el ejército para pelear contra los alemanes. Hoy solo quedaba su fotografía marcial, su sonrisa viril, sus dieciocho años immortalizados en esa placa que le había mostrado infinidad de veces.

—¿No crees que todo esto es una estupidez? —preguntó el polaco.

—¿A qué te refieres? —dijo Newman.

—¿Por qué mierda no puede un ciudadano de este país tomarse unos tragos a la hora comer, cenar o coger?

—Porque es inmoral.

—¿Inmoral? Ni Jesús era tan pesado; mira que te lo dice un católico apostólico y polaco. Vámonos entendiendo, Jesús no prohibió el vino, hasta lo multiplicó porque sabía que una fiesta sin vino es menos divertida que un velorio. Te puedo apostar que el mismísimo honorable hijo de puta de Volstead está ahogado en whisky en su granja de Minnesota.

—Por supuesto que no, son calumnias de los diarios. ¿No te enorgullece ser un agente de la prohibición?

—Me enorgullecería manejar uno de esos Packards de los gánsters que perseguimos y no me caería nada mal una o dos de esas mujeres que los acompañan.

—¿Cómo puedes admirar a esos tipejos? Son escoria, venderían a su madre por dinero.

—Admiro y deseo lo que tienen. Además, sin ley Volstead no habría estos tipejos, como los llamas. Así que el mismo gobierno les dio la oportunidad de negocio.

—Pues muchas familias se han roto por culpa del licor y si estos tipos siguen asesinando pronto sumarán más muertes que la guerra contra el Kaiser.

Zielinski no respondió. Prefirió darle el último trago a su anforita y le pidió a Newman que hiciera la llamada. Este se acercó a la ventana. La luz de los faroles intensificaba el albor del asfalto cubierto de nieve. Caminó hacia el teléfono, levantó la bocina y pidió una llamada a Washington. Zielinski se acercó al aparato. El comisionado Richard James Hendrick del Buró de Prohibición recibió la llamada unos minutos después.

—Señor comisionado, habla el agente Newman, ya tenemos confirmación de la fecha y el lugar de la reunión.

—¡Enhorabuena, agente Newman!

—Gracias, comisionado Hendrick.

—Entonces, ¿quién estará ahí?

—El gobernador del Distrito Norte, Al capone y Nitti por parte de Torrio, el vicecónsul británico y un tal capitán Lloyd representante de la compañía productora de whisky. Ah, y el líder de un *tong* chino.

—Y sus planes son traficar y comercializar licor en la costa oeste, ¿no es así?

—Sí, señor comisionado. Es una clara conspiración, nuestros fiscales no tendrían problema en el juicio.

—Mañana hablaremos del siguiente paso. Al mediodía quiero que estén aquí en el Edificio Federal. Felicitate a su compañero, también.

Antes de escuchar los últimos agradecimientos el comisionado colgó el aparato. Tenía prisa por hacer otra llamada. Avizó un futuro acaudalado, un tesoro nadando en barriles de whisky que esperaban ser entregados a compatriotas sedientos en la costa del Pacífico americano. Según los informes de sus agentes, solo había que hacer una alianza. Buscaría un nuevo socio en la costa del Pacífico, Roy Olmstead, el llamado Good Bootleger, un expolicía que controlaba esa área del país. Tomó el teléfono y pidió un número en Seattle.

SEIS

The Owl Theater
Mexicali, Distrito Norte de la Baja California
Domingo 28 de diciembre, 1924

Cuando Paul Huntington terminó de hablar con el inspector Bocanegra pensó que tendría que ser aún más cuidadoso. El asesinato de González traería más atención policiaca y eso pondría en peligro los planes que tenía. Los policías podrían husmear en todos los rincones de El Tecolote si pensaban que encontrarían una pista. Era importante alejarlos de ahí, por eso quiso dirigir la sospecha del inspector hacia afuera, allá con los sindicalistas. Tenía todo planeado para llevar a cabo las órdenes de Dios. Justo esa mañana, preparaba los explosivos en el sótano de la casa de la viuda Miller quien le había dado alojamiento desde que llegó a Calexico para cumplir el encargo del Women's Christian Temperance Union. El señor Miller había sido asesinado en una riña saliendo de El Tecolote después de una noche de libaciones. Era alcohólico y pendenciero, su ahora viuda lo sabía, pero alguien tenía que pagar por su muerte. Una semana después del funeral de su esposo, se unió a la causa temperante y pasado un año, se convirtió en su presidenta. Desde su silla planeó su venganza, la propia y la de todas las mujeres del Valle Imperial que veían cómo sus maridos se convertían en demonios que sucumbían ante todos los vicios que ofrecía la Sodoma fronteriza. Con todo el plan en marcha, recibió a Huntington el verano de 1923 quien

antes de viajar hacia Calxico aprendió a preparar bebidas. Sería uno de los tantos cantineros de ese casino, tendría que conocer el teje y maneje del lugar, así como cada uno de sus rincones. Cuando lo considerara prudente y, sobre todo, infalible, habría de hacerlo volar en pedazos.

A más de un año de su llegada tenía por fin esa fecha. Dejaría los explosivos en el sótano de El Tecolote hasta la noche de Año Nuevo. Esa madrugada acabaría con todo este maldito lugar, ardería en llamas hasta que solo quedaran cenizas. No sería la primera vez que usara explosivos, los manejó con maestría durante la guerra y ahora los volvería a usar en esta otra guerra contra un enemigo más peligroso. Así fueron las palabras de Margaret Sheraton, la presidenta de la Woman Christian Temperance Union, meses atrás cuando le asignó esta misión. Lo mandó llamar a la oficina. Él la conocía bien puesto que su madre pasó gran parte de su vida en esas oficinas trabajando apasionadamente por la causa prohibicionista. Sheraton lo esperaba sentada en su oficina, con su vestido de viuda eterna, sus anteojos de aro y su sonrisa pintada. Su rostro de viejecita anodina, inofensiva, se transformaba cuando hablaba de la causa, de la salvación de América por el triunfo la Ley Volstead. Detrás de ella tenía una fotografía histórica con predicadores y líderes de la causa seca. “A tu madre no la mató tu padre, sino la mano artera del alcohol que no es otra cosa que la mismísima mano del diablo. Esta guerra es más peligrosa que aquella de la que regresaste, hijo. Allá el enemigo era visible, pero aquí está dentro de los hombres y las mujeres que lo invitan a su cuerpo. No saben en qué momento dejarán de ser ellos para ser habitados por la bestia. Eso le pasó a tu padre. Fue el puño del diablo el que se apoderó de él, ese mismo puño que machacó el rostro de tu madre hasta que le arrebató la

vida”. Paul Huntington estaba en Francia cuando recibió la noticia dos días después de la muerte de su madre. No pudo regresar inmediatamente, pero cuando lo hizo fue a buscar la tumba de su madre. “Leonor Hart” se leía grabado en una lápida blancuzca. La habrían echado en la fosa común de no haber sido por Margaret Sheraton y las mujeres de su asociación. O peor aún, la hubieran enterrado con una cruz de madera con el apellido de su padre.

Después de recordarle la muerte de su progenitora, Sheraton le habló de los pueblos fronterizos que se habían convertido en los nuevos Sodoma y Gomorra. Hombres buenos, cristianos respetables y temerosos de Dios sucumbían ante las tentaciones del alcohol y la prostitución que se daban en racimos en esos infiernos. “Te elegí a ti, hijo, porque tú sabes de la palabra de Dios aunque la guerra te la haya arrebatado. Solo tú y Dios saben lo que tuviste que hacer allá, pero da por asentado que nuestro Señor te ha perdonado. Además, ya conoces una parte de ese país y hablas el idioma”. Huntington seguía en silencio, pero atento. Sheraton le mostró la carta de Mrs. Angie Miller, la presidente del capítulo WCTU de Calexico, California. Fue ahí cuando leyó por primera vez del hades fronterizo llamado Mexicali y su fortaleza, su corazón negro: The Owl Theater. “Ese casino es un galerón enorme, presume con descaro tener la barra más grande del continente y ofrece más de cien prostitutas alojadas en pequeños cuartos en la parte de arriba del casino. Su mera existencia es una afrenta a Dios. Nuestros esfuerzos por mantener un valle sobrio y temeroso de Dios se ven socavados por la tentación de ese pueblo entero, pero en particular por el casino más grande y poderoso de la región. No solo son nuestros maridos, desde Los Ángeles y otras ciudades de California vienen hombres a saciar sus instintos más ba-

jos. Hace un par de años logramos incendiarlo y le juro que vi la sonrisa del Señor entre las llamas, mas no tardaron en levantarlo meses después, es una lucha desigual. El diablo tiene el dinero, nosotros solo el temor de Dios. Necesitamos su ayuda para acabar con la casa infernal antes de que esta acabe con nuestros hombres. Acá, Lucifer está ganando la batalla...”.

Cuando terminó de leer la carta sus ojos se encontraron con la mirada severa de Margaret Sheraton esperando ver en ellos también la indignación, la rabia, la decisión de acabar con ese lugar de una vez por todas. Ella habló primero: “Como ves, han intentado acabar con ese lugar en dos ocasiones, pero los incendios no fueron lo suficientemente contundentes. The Owl resurgió de entre las cenizas para escupirle la cara a Dios. Por eso te mandé llamar, tú sabes manejar explosivos que podrían finalmente acabar con ese lupanar. Te hemos conseguido empleo de barman en ese infierno. Cuando lo consideres oportuno lo haces volar hasta que las llamas calienten las sandalias doradas de Dios”.

Paul Huntington parpadeó. Sus párpados azulados se sentían pesados. Se acomodó en el respaldo de la silla. Su rostro delgado y largo parecía sopesar la propuesta. “Tu madre estaría muy orgullosa, dijo la mujer para sacudir la indecisión del Huntington”. Pero no era indecisión, era un asunto pendiente que debía finiquitar y quería hacerlo antes de irse hacia la frontera. Los explosivos podrían darle una sorpresa y no querría morir sin antes encontrar a su padre.

Aquella tarde salió de la oficina de Sheraton con la misión que lo tenía en El Tecolote. Apenas esta mañana había escondido varios explosivos en el sótano del casino. Y si al inspector Bocanegra se le ocurriría buscar pistas

ahí todo podría venirse abajo. Eso no debe pasar, pensó Huntington, este lugar debe volar en pedazos la noche del año nuevo, Dios le dio esa señal. Así lo entendió él cuando supo de la reunión que tendrían ahí los nuevos amos del vicio. Volaría este infierno con esos demonios dentro. Una voz suplicante por whisky le hizo retornar a su trabajo. Vertió el destilado en dos vasos con hielo y los llevó a dos tipos que había visto llegar segundos antes. Uno de ellos lo rechazó, pidió “seltzer” sin alcohol. Le parecieron agentes gringos encubiertos y eso le puso un poco nervioso. Estaban sentados casi al lado de los fanfarrones italianos que habían llegado horas antes. Quizá venían a buscarlo por lo de su padre. Sentía sus miradas furtivas como tratando de reconocerlo. Pero no tenían jurisdicción acá, quiso pensar para tranquilizarse.

La ansiedad se empezaba a apoderar de él, así que le dijo a un compañero que iría a fumar. Caminó hacia el área de juegos para ver otra cara del demonio que consumía a los hombres débiles. Saludó a Juan Meneses, uno de los doce policías que vigilaban el lugar las veinticuatro horas del día. Se había hecho amigo de varios de ellos para que, llegada la hora de meter los explosivos, no lo registraran. Fue Meneses quien había desarmado el último intento de hacer volar a pedazos El Tecolote. Tres años atrás había descubierto un artefacto en los baños que tenía conectado siete cartuchos de dinamita mientras se celebraba una pelea de box. Nunca supieron si fueron los anarcosindicalistas, los cantuístas o la gente del movimiento temperante. Ese recuerdo le trajo una mueca de orgullo, porque esta vez quedaría claro quién habrá hecho volar este templo del mal.

SIETE

El Tecolotito

Mexicali, Distrito Norte de la Baja California

Domingo 28 de diciembre, 1924

Asunción Fardlow Urchuta notó la mirada insistente del inspector de policía. Lo había visto antes, pero no sabía su nombre, lo que sí sabía es que llevaba una bestia dentro. En eso se parecían. Lo había visto salir en varias ocasiones de La Casa Blanca donde los chinos alimentaban las bestias interiores de los humanos. No sabía cuál era el origen de la bestia de ese policía, pero conocía bien el suyo. Y cada vez que parecía asomarse por medio de un sueño o una visión, buscaba su alimento. Solo alimentándola podía evitar las pesadillas, las alucinaciones que lo atormentaban. Urchuta se quitó el sombrero de copa, se hizo a un lado la maraña de cabello que le obstruía un ojo y se volvió a poner el sombrero. Vio que el inspector se habría paso para acercarse a él. Quizá ya le había llegado el chisme del muertito de Yuma o de otro de sus encargos. Lo mejor sería irse, pensó el cucapá. Tomó el vaso de whisky de la mesa y lo bebió de un trago. Ya no sentía siquiera una cosquilla en la garganta cuando pasaba el licor. Se había convertido en su padre. Recordó a ese hombre alto, espigado y fuerte que era todo para él hasta que llegó aquel yanqui al campo Lerdo donde vivía una comunidad de cucapás. El tipo buscaba gente para nivelar terrenos y abrir canales. No había muchos mexicanos viviendo en esa parte del Distrito Norte, así que tiempo des-

pués trajeron chinos, indostanos y japoneses, pero mientras eso ocurría reclutaban a cucapás, cochimíes y otras etnias que habitaban los márgenes del río Colorado. Su padre se llevó a él y a su hermano, ambos eran aún niños de 13 y 14 años. Trabajaban de sol a sol excavando para desmontar la tierra o tirando de pesados troncos para nivelarla. Terminaban exhaustos y uno de los capataces les ofrecía licor por las noches. Primero un trago aquí y allá hasta que se enviaban y terminaban cambiando su pago por una botella. Su padre fue uno de ellos, hacía el trueque de su sueldo por una botella de aguardiente. Primero fue para combatir el frío que los azotaba sin piedad en invierno. Después se convirtió en algo que necesitaba para vivir. Su abuela, Oo-roo, le dijo que su padre había dejado entrar una bestia insaciable a su cuerpo. No saldría de ahí hasta que se llevara consigo su alma. Y así fue. Su padre se convirtió en un fardo que flotaba en licor hasta que perdió la vida.

La gresca que inició a unos pasos de donde estaba le hizo recordar que el inspector venía hacia él. Pensó que no era buena idea quedarse para saber qué quería. El inspector cayó al suelo por un empujón de los que enfrascaron en el pleito. Urchuta salió a la fría noche y se perdió entre los cientos de personas que caminaban en la calle.

OCHO

La Chinesca, Mexicali.

29 de diciembre, 1924

Chan Sau observó la foto de Cam Mow Cho, el hombre al que habría de asesinar por órdenes de Lee Suey Wah. Esperaba sentado junto a cuatro hombres más oteando hacia la calle Vicente Guerrero tras la ventana del Café 19. Su vista se concentraba en el edificio del Chee Kung Tong, la logia china que rivalizaba con la suya. Regresó la mirada hacia los hombres en la mesa. Tres de ellos eran chinos, el otro era el capitán Refugio Aldrete, jefe de la policía secreta y mano derecha del gobernador Rodríguez, quien había estado en la logia minutos antes cobrando la cuota semanal. Sau le dijo algo en su idioma mientras uno de los chinos se apresuró a interpretar mirando al capitán Aldrete.

—¿Cuántos hombres en oficina Chee Kung Tong?

El rostro abotagado del capitán se tornó adusto.

—Ya lo sabrá cuando entre —dijo y antes que el interprete tradujera agregó—. ¿Y así quiere mandar a su gente aquí? Va a tener que aprender español, dile eso también al cabrón.

El intérprete obedeció y pasó el mensaje. Sau sonrió. Apuntó hacia la calle donde decenas de sus compatriotas caminaban con normalidad, sus pies pisando una tierra lejana pero propia, sus lenguas danzaban sin tropezar sabiendo que podían pasar la vida entera en esas

dos manzanas del barrio chino sin nunca hablar la lengua extraña. Luego dijo algo al intérprete, aunque miraba al capitán.

—Honorable Sau dice que vea calle, usted debe aprender chino.

El capitán ensayó una media sonrisa.

—¡Ah, qué chale tan cabrón! Mira, pinche ojos de raya. El trato que hicieron con el general es bueno mientras traigas más plata que el otro chino que vas a reemplazar.

Esperó a que el intérprete pasara el mensaje. Se paró y vio a Chan Sau a los ojos.

—Los amigos de Cantú no sirven aquí, el general quiere gente en quien pueda confiar, él quiso que les recordara esto.

El capitán se puso el sombrero, se abotonó el abrigo y salió sin esperar a que el intérprete terminara de pasar su mensaje. Chan Sau lo vio salir en silencio. Escuchó la interpretación del chino que lo acompañaba a todos lados desde que llegó de San Francisco tres días atrás. Había sido enviado por el Lung Sing Tong para arrebatarse al Chee Kung Tong el control del opio y la prostitución de la Chinesca. Sabían que el gobernador desconfiaba de la gente que había tenido nexos con el coronel Cantú, hicieron correr rumores por todo el Distrito Norte de que este deseaba recuperar el poder con ayuda del Chee Kung Tong y hombres reclutados en Estados Unidos y el norte de México. Una semana atrás, Lee Suey Wah, el secretario general del Lung Sing Tong, se había reunido con el gobernador Rodríguez para pactar una nueva alianza y envió a Chan Sau para empezar el relevo.

Sau estaba ahí para reemplazar a Cam Mow Cho y a su *tong*. Sau se puso de pie y sus hombres hicieron lo mismo. Todos, a excepción de Sau, vestían a la usanza

china con batas *changshan* y coletas. Sau, aunque mantenía su coleta, prefería un traje oscuro de tres piezas, corbata y un sombrero tipo *bowler*. Sacó un cigarro del bolsillo interior de su saco. Uno de los hombres se apresuró a darle fuego. Permaneció en silencio viendo por la ventana. Al cabo de un par de minutos se puso de pie. Dio una orden en su idioma y dos de ellos salieron a la calle hacia un carro. Abrieron la portezuela del coche y sacaron subametralladoras Thompson. Voltearon hacia la ventana del Restaurante 19. Sau dio una calada a su cigarro y asintió con la cabeza. Los hombres cruzaron la calle hacia la Chee Kung Tong. Sau apagó el cigarro en el cenicero, se calzó el sombrero y caminó hacia la salida. El intérprete no sabía si seguirlo o quedarse en la mesa, Sau no hizo nada para sacarlo de su duda, quizá le divertía su aturdimiento. Los dos chinos iniciaron el dictado macabro de las Chicago Typewriters, los ventanales de la logia estallaron ante el impacto de las balas. La gente en las calles corrió a refugiarse, veían con asombro a los dos chinos avanzar hacia el Chee Kung Tong, imperturbables, disparando las Thompson como si en lugar de cápsulas de plomo dispararan maná bíblico.

Sau sacó una Colt de una sobaquera y caminó tras los dos hombres con una sonrisa en el rostro. Notó movimiento a su izquierda, un chino salió de un Dodge Brothers estacionado a unos metros de la logia. Era el chófer de Cam Mow Cho, lo había despertado la balacera y estaba por enterarse que había dormido su última siesta. La bala de la Colt se alojó debajo del ojo izquierdo. Sau continuó su camino hacia el interior del Chee Kung Tong. Sus hombres habían entrado y lo esperaban. Dentro de la logia las paredes carriadas mostraban su interior de adobe. En la oficina principal, uno de sus esbirros apuntaba su

Thompson a un hombre delgado, de unos sesenta años. El hombre sangraba de la frente. Sau sacó la fotografía del bolsillo interno de su saco, comparó las caras. Sonrió. Dijo algo en su idioma a Cam Mow Cho. Este escupió antes de tragarse una descarga de plomo y quedar tendido sobre el piso frío de la logia.

NUEVE

La Chinesca
Mexicali, Distrito Norte de la Baja California
29 de diciembre, 1924

El amanecer me sorprendió en los camastros de La Casa Blanca. Wen permanecía a mi lado, dormida. Mow Feng me permitía estos privilegios porque me debía un par de favores. Un tufo a sueños inducidos impregnaba la atmósfera. Sentí el frío cuando me separé del cuerpo tibio de Wen. Me puse rápidamente los pantalones y el abrigo. Caminé, sin la ayuda del bastón, por el pasillo que me llevó hacia la parte del casino. Los chinos se mostraban nerviosos.

Salí del lugar, un sol timorato apenas asomaba en el oriente y un manto blanco cubría los cuernos de la sierra desde donde bajaba el frío. Los comerciantes montaban sus puestos de verduras invadiendo las aceras con mercancía y gritos. Un voceador anunciaba el asesinato en El Tecolote y varios chinos despertaban a los trasnochados que dormían en las puertas de los negocios envueltos en cobijas improvisadas. Dos operarios más descargaban mercancía de una camioneta estacionada frente a los Abarrotes Sam Wo Lung. En muy poco tiempo las calles se llenaban de transeúntes. Eché a andar por la Teniente Guerrero en busca de un taxi. Quería llegar pronto a la pensión, asearme y regresar a la comandancia. Una seguidilla de estruendos se impuso sobre el bullicio matutino. La gente buscaba el origen de las detonaciones. Unos gri-

taban y otros buscaban protección, pero los tiros no eran tan cercanos, provenían del suroeste. Reconocí el cacareo de una Thompson. Pensé que sería un asalto. Metí la mano a la sobaquera y caminé sin apoyarme en el bastón hacia el lugar de los disparos. No tardé mucho en recapacitar que estaba en la Chinesca y si había disparos era porque el gobernador Rodríguez los había autorizado, seguramente sería el inicio de una guerra entre los *tongs* y no quería estar en medio de esto.

Caminé en dirección contraria del barullo buscando un taxi. Un taxista mexicano leía un diario dentro de su coche aparcado frente a la barbería de Man Sun como si los tiros fueran en otra galaxia y no a una cuadra de ahí. Al verme, dejó su periódico y bajó del taxi, pero el chofer asiático de una diligencia china estacionado en la otra acera adivinó su intención y se acercó a ofrecerme sus servicios. El mexicano y el chino se enfrascaron en una discusión ininteligible. El chofer mexicano amagó con sacar un arma que llevaba metida en la cintura. El chino desistió, no sin vociferar una lluvia de insultos en su idioma. El taxista me abrió la puerta de su coche, me subí con cierta dificultad porque el frío me empezaba a entumecer la rodilla. Recorrí el cuerpo hacia el centro del asiento trasero y dejé el bastón y el registro de meretrices a un lado.

—Usted habrá de disculpar el altercado, pero esos amarillos se creen dueños del pueblo, monopolizan todo —dijo el hombre del taxi.

Lo vi caminar hasta que cruzó el carro hacia el lado opuesto. Al subir sacó su arma de la cintura, la puso sobre el asiento y la cubrió con el periódico que leía momentos antes.

—Ojalá y los pelones cierren ese tugurio para siempre —dijo apuntando al grupo de soldados que rodea-

ba la entrada de La Casa Blanca. —Esos mongoles solo traen vicios y enfermedades a nuestra gente —espetó el chofer al encender el coche.

—¿Usted cree? —pregunté.

—No lo creo, es un hecho. No deberían otorgar licencia a prostitutas de raza amarilla. Es más, deberían expulsarlos o por lo menos prohibir su entrada como lo hicieron los yanquis hace mucho. Estos amarillos de mierda solo traen violencia, por si fuera poco, nos quitan los trabajos, corrompen a los jóvenes con sus drogas y violan a nuestras mujeres. En mi tierra ya empezaron a tomar medidas, ahora sigue aquí— dijo y me pasó el periódico que leía antes de subirme al taxi.

Tomé el periódico “La Frontera”, un diario que atacaba constantemente a los chinos y al gobierno por recibir dinero de sus casinos, prostíbulos y fumaderos de opio. La nota alababa la campaña anti-china en Sonora y pedía la aplicación del Artículo 33 a los miembros de las asociaciones chinas, es decir su expulsión.

—Con este gobernador y el nuevo presidente, que por cierto son paisanos míos, ya verá que México los va a expulsar y entonces no habrá tanto desempleo, ni drogas, ni violencia —dijo el taxista con un dejo de orgullo.

Pensé en decirle que el gobernador Rodríguez no tenía intenciones de expulsar a los chinos, no estaba dispuesto a perder todo el dinero que dejan al Distrito y a sus cuentas personales. Luis Mow Feng me ha dicho que todos los negocios, además de pagar impuestos, pagaban hasta once mil dólares al mes por protección al gobernador Cantú y ahora a Rodríguez. Solo el que recibe los sobres cambia, pero el sistema sigue vivo y coleando. El chofer continuaba su perorata en contra de los chinos y

me pasó un folleto. Me invitó a las reuniones de la Liga Nacionalista Anti-China.

—Vaya, no sería el único de su gente. Lo único bueno que hizo el mentado Cantú fue aislarlos en este barrio, pero ahora ya viven en todas partes y hasta se casan con jovencitas mexicanas atraídas por su dinero. Pero eso pronto dejará de ser legal —dijo el chofer.

Interrumpí su discurso cuando nos acercamos a la posada. Le pagué el servicio, tomé el bastón y la libreta. Al despedirnos me reiteró la invitación a las juntas de la Liga Anti-China.

Cuando entré a la posada el señor Robinson leía *Black Mask*, le fascinaban las historias detectivescas y nunca faltaba una sugerencia tomada de los sabuesos de ficción que habitaban esas páginas de pulpa barata. Me saludó y me dijo que el desayuno estaba listo.

—*Look*, Mr. Bocanegra, aquí estamos en *Black Mask* —dijo el gringo con su dedo sobre la revista.

—¿Cómo dice?

—*Yes*, Dashiell Hammett escribió uno cuento y Tijuana y Mexicali están aquí en “The Golden Shoe Horse”.

Vi las páginas de la revista. El cuento, según Mr. Robinson tomaba lugar en Tijuana y mencionaba también a Mexicali.

—Lo leeré después —le dije para aplacar su entusiasmo.

—Casi olvido, lo han llamado dos veces, *mister* Bocanegra —dijo el yanqui.

—¿Quién? —pregunté.

—Hace momento atrás llamaron de Comandancia. Urge llame por allá.

Supuse que habría novedades sobre el asesinato de González.

—¿Y la otra llamada?

—Esa era muy noche. Un periodista. Lo buscó en Comandancia y usted no estuvo, le dieron teléfono de mi pensión. *He did not leave a name.*

Lo más probable era que se tratara de algún periodista del “Mercurio” o “El eco del Distrito” que siempre buscaban la nota roja. Me fui al cuarto. Me lavé el rostro, pasé un trapo húmedo por las axilas y me mudé de ropa. Al salir del cuarto una capa de humo cubría toda la posada. El olor a café y tocino me llevó hacia la cocina. El gringo ya estaba sentado a la mesa zampando salchichas con devoción. Apuntó hacia la estufa indicando el sartén. Me serví solamente café. Me senté frente al posadero quien había dejado de leer *Black Mask* y ahora leía el *Calexico Chronicle*. Ya en la mesa me señaló unos bizcochos y dejó el periódico a un lado. Cogí un bísquet.

—Aquí dice el muerto de The Owl fue Filemón González. *Is that true?*

—Por lo visto todo mundo lo conoce —dije mientras untaba un poco de mantequilla en el pan.

—Cobraba deudas imposibles de pagar para Cantú. *Nobody wanted to see him knocking on your door.* Es probable, envió más inquilinos al panteón de la calle Ferrocarril que la influenza española.

—Lo sé, pero hace casi cuatro años que Cantú dejó de ser gobernador, ¿por qué no matarlo antes?

—Porque era matón de Los Colorados. Y nadie se mete con la Colorado River Land Company. Ni siquiera el gobierno de México.

El gringo tenía razón, la Colorado era dueña de más de la mitad de Mexicali y su valle. Arrendaba tierras a chinos, indostanos y japoneses desde hacía más de diez años. Sus tierras eran intocables y varios líderes anarco-

sindicalistas que intentaron hacerse de ellas están en las Islas Marías o estrenan calzado de cemento en el Río Nuevo. El caso más reciente era el de Marcelino Mariano Mejía, el Tres Emes, un excoronel villista que tomó por asalto varios terrenos para formar ejidos y había creado problemas con los gringos. Había desaparecido días atrás. Algunos rumoraban que le llegaron al precio y ahora vive en Estados Unidos, pero otros, los más cínicos y realistas, creían que tiene una cama de arena en el desierto cortesía de la Colorado. Olegario Revueltas fue su discípulo, aunque últimamente se había concentrado más en demandar empleos para mexicanos en los casinos, cantinas, cabarés y todos los negocios propiedad de norteamericanos.

Me dolía la cabeza, la sentía pesada, un dolor que iniciaba en la nuca y se expandía por todo el cráneo empezaba a invadirme. Pensé que una dosis de morfina me haría bien porque no tendría tiempo para descansar, habría que salir a iniciar la pesquisa antes de que Aldrete o Herrestrosa me pidieran cuentas. Me disculpé con Robinson, caminé hacia el teléfono y llamé a la Jefatura. Contestó Téllez. Pasaría por mí en unos minutos. Regresé a mi cuarto para inyectarme. Abrí el cajón, tomé el estuche para preparar la jeringa; no había más ampolletas. Carajo, había olvidado surtirme en La Casa Blanca. No me quise torturar con la idea de no contar con la morfina por mucho tiempo. Recordé la última vez que ocurrió eso y la ansiedad empezó a invadirme. Odiaba no tener control sobre mi cuerpo, pero no fue algo que buscara.

La primera vez que me inyectaron morfina tenía la rodilla en muy malas condiciones. No recordaba gran cosa, solo el pecho reventado de Agustín, su voz pidiéndome huir y la figura de ese hombre de negro que le dio el tiro de gracia. Desperté en un tren hospital del general

Obregón cerca de Irapuato. Me habían encontrado inconsciente a la vera del río en un camino rural. Lo primero que sentí al despertar fue un dolor tremendo. Una enfermera se apresuró a inyectarme morfina y sentí como si mi cuerpo fuera un hollejo que podría abandonar a capricho para luego volverme a meter en él. El doctor me dijo que en una semana o más me trasladarían a la ciudad de México para operarme. La noticia me sobresaltó, regresar a México equivaldría a una sentencia de muerte. Me dijeron que cuando me encontraron aquella noche, aún sujetaba en la mano derecha mi Parabellum. La habían puesto junto a mis pertenencias en un gabinete al lado del camastro. La tomé estirándose con gran esfuerzo y la escondí bajo la almohada. Pasaron varios días y me rodilla mejoraba un poco pero el dolor seguía. Cuando me notificaron que me enviarían a México al siguiente día, me preparé para fugarme por la noche. Cuando la enfermera me puso la dosis nocturna, le pedí llevarme al baño. Ella quiso pedir el auxilio de un enfermero, pero la convencí de no hacerlo con la pistola en su barriga. Le ordené que tomara mis pertenencias y las pusiera en la bolsa. Después me empujó en la silla de ruedas hasta los escalones. Ahí, con la ayuda de la enfermera y las muletas bajé del tren. Las letrinas estaban a unos metros de ahí donde también tenían varios caballos. Le ordené a la enfermera que me ayudara a montar un caballo. Me advirtió del peligro de una infección y de perder la pierna. Le quité el maletín de la morfina y escapé de ahí. Supongo que la enfermera no me delató de inmediato, de haberlo hecho me hubieran perseguido, o quizá lo hizo y supusieron que me toparía con villistas y me darían muerte. Mi error fue no preguntarle cuántos miligramos debía inyectarme. A la primera aparición del dolor me inyectaba y no tardé en darme cuenta de que la

morfina era una bestia hambrienta que sería parte de mí por el resto de mi vida. Tendría que visitar al doctor Arizmendi ese mismo día si no quería sufrir las consecuencias.

Cogí un abrigo y el bastón porque el dolor en la pierna amenazaba con iniciar. Salí de la pensión. La mañana estaba helada. Había nubes que presagiaban algo más que lluvia. Acomodé un poco el sombrero y al hacerlo, a la distancia, noté una mancha negra por el rabillo de mi ojo. Volteé hacia allá, era un hombre vestido de negro parado en la esquina de la avenida Lerdo; miraba hacia acá con insistencia. Recordé la llamada telefónica que me comentó Mr. Robinson y al hombre que había visto en la estación del tren. ¿Y si no había sido un periodista? Me llevé la mano a la cintura, palpé la Parabellum. El hombre se llevó un cigarro a la boca y lo encendió. Volteó hacia mí, levantó la mano en forma de saludo. El viejo Ford con Téllez a bordo se acercaba por la avenida Independencia, lo vi girar hacia la calle I en dirección a la pensión. El hombre de negro inició su camino hacia donde estaba yo. Saqué la Parabellum de la cintura, pero la mantuve oculta bajo mi abrigo. Recordé las palabras de aquella india en la Cantina Sinaloa. El Ford llegó primero, se detuvo frente a la pensión y el tipo paró en seco casi a mitad de la calle. Subí al carro. Téllez me informó de la balacera en la Chinesca. Fingí no estar al tanto. No quería explicar mi presencia en el barrio chino a esa hora. Le pedí que me llevara al campamento de los obreros en el parque Héroes de Chapultepec. Puso en marcha el coche, sujeté la pistola por debajo del abrigo. Téllez me daba los pormenores de lo ocurrido en el barrio chino, pero mi atención seguía en el tipo que ahora se había quedado atornillado en medio de la calle I. El Ford avanzaba hacia él para tomar la Avenida Lerdo, yo vigilaba sus movimientos para anticipar

cualquier ataque. Después pensaría en qué decirle a Téllez en caso de tener que matar al tipo ese.

—Mire a ese catrín, Bocanegra, debe estar perdido y borracho —dijo Téllez al ver que el hombre no se movía.

Asentí con un murmullo. El tipo fijó su mirada hacia el coche, no había duda, me miraba. La cosa era conmigo. Me pareció que era el mismo hombre que llegó con la comitiva de la ciudad de México, Aldrete dijo que era periodista, mas seguía sin recordar su nombre. Su cara afilada, de nariz aguileña y ojos caídos no me decían nada. Pero él sí me reconoció, me lo dijo esa sonrisa socarrona, como la de un depredador que ubica a su presa. El Ford fue dejándolo atrás hasta perderlo por completo al entrar en la avenida Lerdo. Algo seguía diciendo Téllez, no le prestaba atención porque mi mente continuaba buscando un nombre o un recuerdo para esa cara.

Avanzamos por la Lerdo, un grupo de obreros se dirigía a la Cervecería Mexicali, la bandera y el reloj de su torre sobresalían del alto edificio que resaltaba entre los terrenos baldíos, las amplias avenidas y calles sin pavimentar. La ciudad iniciaba su expansión hacia todos los puntos cardinales. En años recientes, la llegada de migrantes expulsados de Estados Unidos y otros tantos traídos del interior del país para laborar en el campo, así como la inmigración clandestina de chinos, había incrementado la población de Mexicali y con ella los problemas por falta de empleos.

—¿Ya probó esa cerveza, inspector? —preguntó Téllez señalando, a la distancia, el edificio de la Cervecería.

—Aún no, ¿es mejor que la Azteca?

—Pues a mí me gusta más la Mexicali, pero no le hago el feo a la Azteca —confesó Téllez sobándose la protuberante panza y sonriendo con malicia.

El carro siguió por la avenida internacional hasta llegar al Parque Héroes de Chapultepec. Bajé del coche y me despedí de Téllez. Antes de caminar hacia allá, encendí un cigarro y observé el movimiento de esos hombres desesperados. Olegario Revueltas era un tipo de mediana estatura, una barba azabache cubría su rostro y hacía más pequeños sus ojos almendrados. Era joven, calculé unos veinticinco años. Había instalado una especie de campamento en el quiosco del parque desde donde arengaba a los desempleados con discursos inspirados en los Flores Magón. Me dirigí al quiosco donde estaba Revueltas con varios hombres. Dos de ellos me cerraron el paso. Les mostré mi identificación y pedí hablar con el sindicalista.

—¿Qué se le ofrece, inspector? —su voz se elevó por encima de los desocupados.

—¿Sabe que Filemón González fue asesinado?

La pregunta le llegó de frente, sus hombres habían dejado libre el paso. Estaba sentado en las escalinatas del quiosco de cemento.

—Está en todos los diarios como si hubiera muerto alguien importante.

—¿Cómo le cayó la noticia?

—Es una pena, me habría gustado ser yo quien lo hubiera enfriado, pero la causa me necesita, aquí la lucha sigue y estoy concentrado en conseguir empleos para los mexicanos. Además, la autoridad protege a criminales, seguro me habrían encarcelado por hacer justicia.

—Fue un asesinato, una venganza.

—Aquí a eso se le llama justicia. Mire, inspector, no sé quién lo mató, pero le aseguro que esa basura debió hacerle algo a él o algún familiar.

—Quizá le mató al padre —dije tirando el anzuelo.

—Ese dejó huérfanos a muchos campesinos, obreros y a cualquiera que no pensara como su patrón. Pero ya le dije, yo no tuve el gusto de matarlo. Era una mierda de ser humano, no sé por qué pierden el tiempo en buscar al que lo despachó. Deberían de premiarlo.

No le faltaba razón, González era un criminal nato, un matoide de la peor calaña y solo muerto dejó de serlo. Pero a mí me correspondía investigar su muerte para dar con los conspiradores o me las vería con Aldrete. Los hombres de Revueltas se movían inquietos.

—¿Dónde estaba usted anoche?

—En una reunión.

—¿Dónde? ¿Quién más estaba ahí?

Olegario Revueltas sonrió, metió la mano al interior de su abrigo sin dejar de observarme. Sacó una cigarrera plateada y tomó un cigarro. Un hombre se acercó a darle fuego al notar que Revueltas no encontraba los fósforos.

—¿Me regala uno? —le pregunté.

El sindicalista me acercó su cigarrera abierta y tomé un cigarro. Con un gesto de su rostro, Revueltas le indicó a uno de sus hombres que me diera fuego.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a González?

—No lo recuerdo —respondió secamente sin dejar de fumar.

—¿No habló con él anoche en El Tecolotito? Hay gente que lo vio ahí.

—A esa cantina voy seguido para presionar a los gringos. No les gusta mi presencia, saben que tarde o temprano serán obligados a darles empleo a mis muchachos. Mire, inspector... ¿Cómo dijo llamarse?

—Bocanegra.

—Pues mire, inspector Bocanegra; está perdiendo su tiempo aquí. Ya le dije que no maté a esa basura. Mi lucha es otra, va más allá de lo personal.

Di una calada al cigarro. El rostro de Revueltas se tornó difuso tras la voluta blanquecina.

— Buen cigarro —dije para ganar tiempo.

—No me parecen cosa de otro mundo, pero a caballo regalado no se le ve colmillo.

—¿Regalo?

—Sí, de su patrón.

—¿El inspector Herrestrosa le regaló estos cigarros?

—No, su patrón verdadero, el mero mero, el gobernador. ¿Acaso no lee los diarios? Dijo que era un gesto de buena voluntad por aceptar reunirme con él. Cree que me puede comprar con unos pinches cigarros. Lo que no sabe es que los obreros mexicanos estamos hartos de los sátrapas vende patrias que solo defienden los intereses extranjeros y a sus cómplices burgueses.

Un coro aprobatorio siguió a las palabras del sindicalista como si se tratara de un predicador evangelista. El tipo era un agitador profesional, había aprendido bien las enseñanzas del Marcelino Mejía, y desde la desaparición de este, había tomado la batuta. Los obreros lo seguían y confiaban ciegamente en su liderazgo y su integridad. Sería muy difícil arrestarlo si llegara a ser el culpable, especialmente tratándose del pasado del muerto.

—¿A qué hora fue eso?

—A las nueve, ahí en el Palacio de Gobierno nos vimos.

—¿De ahí se fue a El Tecolotito?

—Primero vine al campamento. Luego Genaro y Rodolfo se fueron conmigo para la cantina. ¿Verdad, muchachos? —preguntó dirigiéndose a sus hombres.

—Así merito fue —respondió un hombre alto, moreno y de rostro enjuto.

—¿Y a qué hora abandonó la cantina?

—Como a las once o doce, no lo recuerdo. Pero ya estuvo bueno de preguntas, tengo asuntos que discutir con mi gente.

—¿Tiene armas? —le pregunté a bocajarro.

—¿Quién no las tiene aquí? —respondió socarrón Revueltas.

—Responda sin rodeos, carajo.

—Todas mis armas están registradas debidamente.

—¿Tiene un Máuser?

—Según los periódicos el difunto fue degollado, ¿para qué quiere saber eso?

—Esa no fue mi pregunta.

—No tengo Mausers. ¿Verdad, muchachos?

Un coro idiotizado por la voz de su líder asintió socarronamente. Le di una última calada al cigarro y lo tiré a los pies del sindicalista. Varios hombres dieron un paso al frente hasta que Revueltas los detuvo con una señal de su mano. Lo apagué con el zapato. Me di media vuelta y me alejé del quiosco temiendo el espectro de una puñalada, pero solo insultos y burlas por mi andar paticojo llegaron empujados por el frío. Me di cuenta que ese aspaviento de macho era inútil. La bestia empezaba a habitar-me y me hacía actuar así. Me tranquilicé pensando que el día apenas iniciaba, ya tendría oportunidad de alimentarla.

DIEZ

Hotel Plaza, Chicago, Illinois

29 de diciembre, 1924

Antes de salir esa mañana del hotel, Newman llamó a la casa de su madre. Quería hacerla sentirse orgullosa de él, decirle que estaba a punto de convertirse en un héroe de la Prohibición. Por ella estaba ahí, por los folletos de la Anti-Saloon League que le daba a leer desde pequeño, por los golpes que tuvo que soportar cuando su padre llegaba ebrio. Fue él quien levantó la bocina. Óliver pidió hablar con su madre sin saludarlo, pero eso no pareció importarle a su padre.

—Ayer fue cumpleaños de Benjamín —dijo con la voz modulada por el un destilado de papa que compró a unos negros—. Veintidós putos años hubiera cumplido apenas... el consuelo que nos queda es que murió como un héroe defendiendo a su país. —Agregó el viejo.

Newman detuvo el impulso de insultarlo, de volverle a decir que a Benjamín no lo había matado la guerra sino su estúpido orgullo, su obsesión porque siguiera la herencia de los O'Hara; pelear en la guerra, cualquier maldita guerra.

—Solo quiero hablar con mi madre —insistió Newman.

—Salió a una de esas reuniones de viejas histéricas... ¿Cómo está eso de que te cambiaste el apellido?

¿Qué hay de malo con O'Hara? ¿Por qué Newman? ¿Acaso tu madre te hizo solita?

Su voz le invadió más allá de los oídos. Un desasiego empezó a crecer por su cuerpo y se agazapó en sus recuerdos. Su madre, su hermano y él habían terminado sus plegarias. El golpe de la puerta al chocar con la pared les avisó de su llegada. Frank O'Hara entró furioso. Su rostro inflamado buscaría quién pagara la paliza recibida en la cantina. Su madre los mandó al cuarto que compartían. Los dos hermanos obedecieron, pero Óliver se detuvo en la puerta cuando escuchó el primer puñetazo sobre el rostro de su madre. Corrió hacia su padre, tomó la botella que había dejado sobre la mesa y se la estrelló en la cabeza. El patriarca O'Hara cayó. Pero a sus doce años y quince mil azotes, Óliver sabía que las cosas no pararían ahí. Entonces huyó. Sin más. Sin nada. Se refugió en las calles, en iglesias, en parques, en los recuerdos de las plegarias de su madre. Regresó años después, cuando el cuerpo de su hermano fue enterrado en el cementerio del poblado y una banda de guerra sacaba lágrimas de la gente. Dos años después, cuando entró en vigor la Ley Volstead decidió ser soldado de esa otra guerra. Ser el héroe, pero no llevaría su apellido. Colgó el teléfono y se miró en el espejo del cuarto de hotel. Se veía impecable como debe lucir un agente federal, un héroe. Sacó el reloj de su bolsillo y se dispuso a salir. Tomó el sombrero de la percha y salió a verse con Zielinski en el lobby del hotel.

Josep Zielinski había salido de la habitación muy temprano, Newman aún dormía. Dejó una nota y salió del hotel. Tomó el tren hacia Logan Square en el corazón del barrio Vieja Polonia. Ahí creció entre miles de inmigrantes polacos que habían creado un pedazo de la madre patria en Chicago. Recorrió sus calles hasta llegar a la calle

Augusta. Notó que seguía de pie el viejo edificio de ladrillo donde había pasado su infancia. Caminó hacia allá siguiendo la memoria de sus pasos infantiles. Unas viejas polacas charlaban frente a la entrada del edificio. Disfrutó el ulular de su lengua natal. Hacía tiempo que no escuchaba el polaco más allá de sus propias palabras. Quizá desde que discutió con su padre varios años después del asesinato de su madre. Nikolai Zielinski, su padre, era sastre, tenía su sastrería en la calle Walton, debajo de la estación del tren elevado. Aquella tarde Josep y Jana, su madre, habían ido a la sastrería para festejar el onceavo cumpleaños de Josep. Irían a cenar cuando Nikolai cerrara el local.

Pasaban las ocho y su padre debió haber cerrado una hora antes, no lo hizo, quería terminar el saco de un concejal antes de irse. Es un hombre importante, alegó Nikolai. La campanilla de la puerta interrumpió el juego con el que Josep y su madre mataban el tiempo. A pesar de su edad, cuando vio la pinta del tipo que entró, Josep supo que no venía a tomarse medidas. Era italiano, había tenido contacto con ellos en su escuela, reconocía sus gestos, sus manos parlanchinas. El hombre sacó un cuchillo y caminó hacia la caja registradora. Nunca se percató de la presencia de Josep y su madre. El ladrón le exigió a Nikolai el dinero de la caja. El sastre estaba detrás del mostrador. Josep sabía que su padre guardaba un revólver debajo de la caja. Se lo había mostrado varias veces y hasta le enseñó a usarlo. Eso le dio tranquilidad, sabía que su padre tomaría el arma y mataría al ladrón si este no escapaba. Pero su padre no cogió el revólver, sino que abrió la caja y tomó el dinero que había. Jana echó un grito y se abalanzó hacia el ladrón. El tipo se sorprendió momentáneamente, pero se recuperó de la impresión y recibió a la mujer con el puñal en el corazón. Nikolai corrió hacia su esposa, el italiano

cogió el dinero del mostrador y echó a correr. El revólver siguió durmiendo el sueño de los cobardes.

Josep solo supo llorar y, con el tiempo, odiar a su padre. Lo vio perder todo, la hombría, la sastrería y la cordura. Entonces Josep conoció la pobreza y al poco tiempo la rentabilidad del crimen. Se unió a una pandilla de ladronzuelos polacos. No tardó en ser capturado por la policía, pero no pisó la cárcel porque el sargento Harris de ese distrito lo recomendó al griego Christos, quien dominaba el barrio griego de Chicago y necesitaba hombres para afrontar a sus rivales. Ahí aprendió a matar y lo hizo de tal manera que cuando Christos fue asesinado por los irlandeses, otrora rivales del griego, reclutaron a Josep. Después vino la Ley Volstead y Charles O'banion, un mafioso irlandés, tuvo la idea de infiltrarlo a la nueva policía de la Unidad de Prohibición. Desde ahí podría servirle para mantenerlo informado de redadas u órdenes de arresto que podría burlar si lo supiera de antemano. La clarividencia de O'banion estaba a punto de rendir frutos puesto que se había enfrascado en una guerra contra Johnny Torrio y ahora Zielinski tendría la oportunidad de asesinar a dos de sus pistoleros más feroces.

Después de pasar por su antigua casa, Josep caminó hasta la calle Walton. Lo enfureció ver que una carnicería italiana había tomado el lugar de la sastrería de su padre. Le pareció una burla, un *dago* grasoso había matado a su madre y ahora otro, quizá el mismo, había montado un negocio en las ruinas de su familia. Si su madre no hubiera muerto, su padre no se habría convertido en una piltrafa. Un beodo de mierda que lo abandonó a su suerte. Le dio rabia. Miró su reloj de leontina. Tendría tiempo de llegar a su cita. La nieve cubría las banquetas. Tuvo cuidado de no resbalar cuando entró a la carnicería. Un

carnicero lo saludó cordialmente. Era italiano, no se había equivocado. No era el mismo, pero sí lo era porque todos son uno y lo mismo, se dijo Zielinski. Sacó su Colt. Le pidió el dinero de la caja.

—*Non ci sono soldi, non ci sono soldi... No money, too early*— gritaba desaforado el italiano. No quiero tu grasoso dinero, *dago* de mierda, dijo Zielinski antes de atravesarle la frente con un tiro certero. Salió de la carnicería. Se arrepintió en el camino a la iglesia, no por el pecado de haber matado a un cristiano sino por haber usado su arma reglamentaria. Llegó al templo de Santa María de los Ángeles. Se quitó el sombrero y caminó hacia las bancas. La cortina del confesionario se movió.

—Déjenos solos, padre —dijo una voz desde dentro.

Un sacerdote salió del confesionario reservado para los penitentes. Zielinski se puso de pie y entró al cubículo de madera que había dejado el cura.

—Salimos esta tarde para México. Nitti y Capone en bandeja de plata. Diez mil dólares por cabeza —dijo el agente federal.

—Te has vuelto ambicioso, polaco. No olvides quién te puso donde estás —comentó O'banion usurpando el banquillo del sacerdote.

—Sin Nitti y Capone, Torrio pierde mucho músculo, pero necesito un adelanto. Mi compañero es un poco desconfiado.

—Aquí hay cinco mil dólares —dijo O'banion pasando un sobre por la rejilla que dividía ambos cubículos del confesionario.

Se despidieron. Zielinski salió primero. O'banion se quedó a orar. El agente caminó hasta la calle Ohio, ahí tomó el tranvía que lo regresaría al Hotel Plaza.

Al llegar al lobby del hotel, Newman lo esperaba. Juntos tomaron un taxi hasta las oficinas del Buró de Prohibición. Al llegar, caminaron bajo la nieve decembrina de Chicago. Había oficinas abiertas por el receso navideño, pero el Comisionado los había citado ahí por la importancia del caso que traían entre manos. Un guarda de seguridad se encargó de escoltarlos hacia la oficina del comisionado.

El olor a cedro se instaló en sus narices desde que entraron a la oficina de Henderson. Richard James Henderson, había sido procurador del estado de Illinois por diez años antes de ser nombrado comisionado del Buró de Prohibición. Alcohólico discreto y festivo, Henderson padecía de ceguera selectiva cuando se trataba de hacer cumplir la Enmienda 18, conocida como la Ley Seca. Cuando vio entrar a los dos agentes a su oficina los estudió con detenimiento. La mayoría de sus hombres sabían que eran privilegiados al ser parte de este Buró, tenían ante sí la oportunidad de llenarse los bolsillos de dólares o la panza de plomo; no era una decisión difícil. Los vio de pies a cabeza, con sus sacos de lana, sus fedoras, sus mentones apretados y su juventud maleable. Eran dos agentes egresados de la Academia, entrenados para perseguir a los nuevos delincuentes que se disputaban las ciudades de toda la nación. No era un asunto menor lo que estos dos agentes habían descubierto; los había enviado a Chicago como una cuestión de relaciones públicas ante la sangre que corría por las calles sin mucha fe en que pudieran hacer nada. Era una misión perdida, una oportunidad de tener agentes en una ciudad sangrienta. Pero ya que habían descubierto una conspiración de esa envergadura habría que sacar raja del asunto. La noche anterior Henderson hizo una llamada, la que le dejaría más dividendos. Llamó

a Roy Olmstead, a quien apodaban *The Good Bootlegger* y dominaba el contrabando de licor en la costa oeste. Olmstead, además de ser el mayor contrabandista del norte del Pacífico, era teniente del Departamento de Policía de Seattle. Hicieron un trato, Henderson eliminaba la naciente competencia y Olmstead le llenaría los bolsillos de dólares.

Ahora, frente a estos chicos, habría que jugar bien sus cartas. Medir su ambición, su bagaje moral y elegir a uno de ellos para la misión. Había leído sus expedientes y tenía una buena idea de quién sería el elegido. El comisionado Henderson los vio entrar con la parsimonia de los nuevos agentes. Después de las felicitaciones de rigor y parabienes huecos empezó a danzar con las palabras. Habló de la organización de Torrio y de la peligrosidad de Al Capone.

—¿Están seguros de que toda esa gente estará ahí?
—preguntó.

—Todos estarán ahí, señor. Recibirán el año nuevo en ese casino. Podemos arrestarlos, pero necesitaríamos ayuda del gobierno mexicano y, por supuesto, más agentes —dijo Newman.

—Eso del arresto suena bien, pero creo que, para los intereses del país, sería mejor que el *dago* se quedara allá. No olvide que técnicamente están en México.

—Con todo respeto, señor comisionado. En una cárcel mexicana podría escapar o sobornar al gobierno antes de ser extraditado—protestó Newman.

—Nadie habló de cárcel. Tengo entendido que esa carroña es un carnicero, un criminal nato que no merece calentar el cemento de una celda ni de aquí ni de allá. Para qué gastar tanto dinero de los impuestos de la gente decente en litigios que podrían tardar semanas, quizá meses.

¡Qué mejor que esté en un país ajeno! Por eso mismo debe ser una misión secreta, nadie más debe saber de esto.

—No entiendo, señor —dijo Newman.

—¿Y usted, Zielinski? ¿Usted sí entiende?

—Por supuesto. He oído que en México no quieren a los italianos.

—Justamente. A eso me refiero. No pierdan tiempo. Sirvan a la patria.

ONCE

China Town
Los Ángeles, California
29 de diciembre, 1924

Las manos de Luis Mow Feng temblaban. Intentó mantenerlas ocupadas revolviendo el arroz y los tallarines con los palillos como quien está a punto de llevarlo a la boca. Recordó el cuerpo acribillado de su padre. No había tenido tiempo de dejarse envolver por el duelo. Tenía apenas una hora esperando una audiencia con el Dr. Wong Sun Choc y los líderes del Chee Kung Tong. Con el asesinato de su padre esa mañana solicitó una audiencia urgente en Los Ángeles. Pidió a su chofer preparar el Ford y salieron rumbo a la ciudad angelina una vez que aceptaron la audiencia. Ahora estaba en sus manos conseguir la aprobación para la misión que se había propuesto. No podía fallar. Por su padre. Por su logia. Concentró su mirada al interior del restaurante. El lugar le hizo recordar al Hop Lee, el restaurante de The Owl en Mexicali por la elegancia en los muebles y la decoración. Pero había algo distinto, en el Hope Lee los clientes eran norteamericanos mientras que aquí los comensales eran chinos acaudalados. Apenas tenía un par de horas y ya empezaba a extrañar Mexicali, prefería ese embrión de pueblo polvoriento donde había pasado los últimos quince años que cualquier ciudad moderna. No le importaba el clima árido e inclemente de los veranos o el frío seco y abrasador de los inviernos. Allí era alguien, acá

era un chino más entre decenas de miles. Allí Luis Mow Feng era el gerente del Hop Lee, por lo menos así constaba en el registro municipal, aunque su verdadero trabajo era supervisar los cargamentos de opio que serían distribuidos en el barrio chino y recibir a las nuevas chicas que habían sido reclutadas para trabajar en La Casa Blanca Café. Su padre, Cam Mow Cho, fue quien fundó el casino, llegó a ser amigo de Cantú cuando este era rey del Distrito. Eran los tiempos de bonanza, la alianza entre el Chee Kung Tong, cuyo líder era su padre, y el coronel había traído riqueza para ambas partes. Su padre llegó a Mexicali en 1907, fue uno de los miles de chinos que llegaron a esa hilera de cantinas, hoteles y polvo para trabajar las tierras de la Colorado River Land Company. Pero él no había nacido para trabajar la tierra toda su vida. En Cantón fue líder de un *huidaomen*, una sociedad secreta que pugnaba por reformar el gobierno imperial en China.

Después de unos años de trabajar las tierras de la compañía norteamericana, su padre abrió un restaurante cantonés con el apoyo de la logia Chee Kung Tong de San Francisco, donde había vivido algunos años antes de venir a Mexicali. Cuando Luis cumplió dieciocho años su padre le contó de aquella reunión que tuvo con el coronel Cantú para proponerle un negocio. Ahora, como líder del Chee Kung Tong de Mexicali, imaginó lo que su padre pudo haber sentido. Lo imaginó nervioso (quizá tanto como él lo estaba ahora mismo) antes de entrar a la oficina del coronel. Apenas unos meses atrás Cantú había tomado la decisión de trasladar la capital del Distrito Norte de Ensenada a Mexicali. Desde que el Coronel llegó en 1911 para sofocar la rebelión anarquista y aventurera incitada por los hermanos Flores Magón debió haber notado que este pueblo de bares, casinos y prostíbulos sería un lu-

gar estratégico para los negocios y, claro, para la defensa de la nación. Los pueblos vecinos del lado estadounidense habían decretado vivir sin alcohol diez años antes de que la Ley Volstead entrara en vigor en todo el país. La Woman's Christian Temperance Union, una organización de mujeres en contra del consumo y venta de alcohol, se había encargado de presionar a los políticos para que no hubiera una sola gota de licor en sus pueblos, entonces los empresarios americanos vieron la oportunidad de negocio del otro lado de la frontera. Mexicali se convirtió en un oasis de licor para los hombres sedientos y una sucursal del infierno para las mujeres honradas y cristianas del Valle Imperial. “No solo alcohol vive hombre”, le había dicho Cam Mow Cho al coronel Cantú mientras ponía cinco mil dólares sobre su escritorio. “Cinco mil verdes, Coronel por permiso importar medicina”. El coronel observó el fajo de billetes. Pasó sus dedos sobre sus bigotes cuyas puntas formaban una sonrisa rígida. Tomó una cigarrera dorada de su saco y encendió un cigarro. Cam Mow Chow escondía sus manos en su boina. Se había ataviado como occidental para esta reunión. Cantú exhaló el humo.

—Me informan que mucha gente toma tu medicina —dijo al tiempo que tomaba los billetes.

Cogió un abrecartas y cortó el listón que unía el fajo de dólares y los desparramó sobre el escritorio.

—Mi gente y yanquis también. Muchos impuestos para ciudad, coronel.

Cantú juntó nuevamente los billetes y los metió en un cajón del escritorio.

—Los impuestos los arreglas con el tesorero. A mí me das once mil verdes cada mes —dijo Cantú y le señaló la puerta.

Eso fue diez años atrás, ahora otro militar gobierna el Distrito Norte y su padre fue asesinado por gente del Lung Sing Tong. Era su turno de hacer historia o hacerse a un lado.

Un hombre corpulento con una larga coleta y una mirada turbia se acercó a su mesa. El doctor Wong Sun Choc y los líderes del Chee Kong Tong de Los Ángeles y San Francisco estaban listos para recibirlo. Empujó sus nervios con un hondo respiro y caminó tras el hombre hacia una puerta de doble hoja donde pediría la aprobación para matar a Chan Sau, nuevo líder del Lung Sing Tong en Mexicali y asesino de su padre.

DOCE

El Capitolio
Washington, D. C., Estados Unidos
29 de diciembre de 1924

Lo último que recordaba Emile Kosterlitzky fue haber disparado antes de caer herida de bala sobre la duela del prostíbulo. Cuando vio entrar al Bruto Mendizábal, el guardia del burdel, con la mirada enajenada por el odio y su Smith & Wesson en la mano, supo que la habían descubierto. Tres semanas atrás se había infiltrado en este burdel fronterizo para rescatar a una mujer que había sido secuestrada en Estados Unidos y era forzada a trabajar en Ciudad Juárez. Alfred O'Connor, el cliente, un tejano que en ese momento negociaba los servicios de Kosterlitzky, le salvó la vida puesto que, muy a pesar suyo, su cuerpo sirvió de escudo ante los primeros tiros que salieron de la pistola del Bruto Mendizábal. Eso le permitió a Kosterlitzky estirar su cuerpo hasta la mesa de noche donde O'Connor había dejado su arma, quitar el seguro y disparar al punto grueso que se acercaba hacia ella. Sin embargo, no pudo evitar recibir dos tiros y perder el conocimiento.

Cuando despertó lo hizo en un sanatorio de El Paso y lo primero que vio fue la sonrisa de Allan Pinkerton II, su jefe, quien luego le mostró los diarios que habían cubierto la nota y le leyó los encabezados. *White Slavery Ring Uncovered, Pinkerton Heroine Rescued Girls, Border Brothel Brought Down*. El caso del prostíbulo fronte-

rizo le dio dos cosas, la confianza de su jefe y el prestigio necesario para la siguiente misión. Cuando se recuperó, Allan Pinkerton II la mandó llamar a su oficina para hablar con ella antes de la reunión con el senador Daniel Drobbatz: “Lo que te pida, hazlo sin cuestionar. Que quede claro, Kosterlitzky, sin cuestionar”. La mujer pinkerton asintió con la cabeza. Conocía parcialmente el caso, meses atrás la hija del senador había desaparecido, los diarios dieron a conocer la nota, se dijo que el rescate se pagó, pero los secuestradores no liberaron a su hija. Eso le sirvió para ganar la reelección y no faltó quien lo acusara de sacar raja política de una tragedia, otros, más directos, afirmaron que nunca hubo secuestro, que su hija se fue a vivir lejos de ahí con el supuesto secuestrador.

Los rumores no estaban muy alejados de la realidad, aunque Emile Kosterlitzky no lo sabía, por lo menos antes de entrar a la oficina del senador. Angeline Drobbatz no había sido secuestrada, se había escapado con Jack Hewitt, un apostador compulsivo y opiómano que la había seducido y, según reportes rastreados por agentes *pinkertons*, la prostituía para recuperar lo perdido en las apuestas. La pista los había llevado hasta un casino y prostíbulo llamado The Owl Theater en Mexicali donde Hewitt mantenía a su hija bajo el nombre de May Field. Kosterlitzky tendría que infiltrarse como lo hizo en el otro burdel fronterizo.

—*Where the fuck is Mexicali?* fue lo único que preguntó cuando le dijeron que tendría que ir buscarla hasta allá.

Kosterlitzky era políglota, al igual que su padre, un ruso de ascendencia germana que fue comandante de los rurales en México, espía para los Estados Unidos durante la Primera Guerra Mundial y luego fue agente en-

cubierto del Buró de Investigaciones. Su hija heredó el mismo carácter y deseo de aventura que su padre, pero Emile quería forjar su propia historia y apenas cumplió dieciocho años pidió empleo en la Pinkerton Detective Agency siguiendo los pasos de Kate Warne, de quien había leído grandes hazañas. Ahora estaba frente al senador Drobbatz, un hombre grueso, con un cuello que podría ser confundido con una pata de elefante. El senador parecía asfixiarse preso del collarín y su corbata. Pasaba constantemente un pañuelo sobre su calva como si sudara copiosamente a pesar de que afuera la nieve cubría las calles. Se movía incómodamente sobre su asiento mientras firmaba documentos. Un asistente, el mismo que la había hecho pasar, permanecía de pie y en silencio mientras el senador Drobbatz firmaba. Cuando hubo trazado el último garabato sobre los documentos ordenó al asistente que saliera.

—Su padre debe sentirse muy orgullosa de usted —dijo el senador.

—Mi padre murió hace años en Rusia, señor —mintió Kosterlitzky sin inmutarse.

—Lo siento, estoy seguro que se sentiría muy orgulloso.

Drobbatz abrió una caja de puros y le ofreció uno a la agente. Esta rechazó la invitación. Aprovechó el silencio del senador para sacarse una duda que su jefe no quiso resolver.

—¿Por qué no le pide a los chicos del Buró de Investigaciones que traigan a su hija? Ellos pueden negociar con el gobierno mexicano el rescate. He leído de casos similares donde han incluso deportado a los lenones.

El senador se aseguró de que el puro estuviera encendido antes de responder.

—Mi hija... cómo le diré. Siempre tuvo todo. Quizá ese fue mi error. A veces el dinero es muy mal tutor. No sé qué vio en ese tipejo, creo que lo hizo por llevarme la contra.

—¿Quiere decir que no fue secuestrada?

—Por un tiempo me enviaba telegramas pidiendo dinero, decía que si no lo hacía Hewitt la mataría.

—¿Cree usted que no querrá venirse?

—Es probable, no lo sé. No sé qué ha hecho ese hombre de mi hija.

El senador dejó el puro en un cenicero. Sacó una llave pequeña de su bolsillo y abrió un cajón del escritorio. Sacó un sobre y lo arrojó cerca de Kosterlitzky. La agente tomó el sobre y lo abrió. Eran varias fotografías de Angeline Drobbatz, en algunas se encontraba desnuda, en otras con poca ropa. No era el rostro de una mujer afligida. Entre estas había una fotografía de un hombre; Jack Hewitt.

—Comprendo. No quiere que sus enemigos se enteren de estas fotos, las pueden usar para atacarlo políticamente.

—Esa es una razón —dijo el senador retomando el puro y calando de él.

—¿Y la otra? ¿Quiere que me deshaga de otras fotos que pueda tener Hewitt?

El senador estiró la mano hacia las fotos, tocó con el dedo la de Hewitt

—Quiero que se deshaga del fotógrafo. Es un corruptor de menores. Eso es algo que no les puedo pedir a los chicos del Buró de Investigaciones sin que después quieran sacar provecho.

TRECE

Hotel Emporio
Ciudad Juárez, México
29 de diciembre, 1924

—¿Usted cree en Dios? —preguntó el hombre apodado Redentor apuntando su Colt sobre la cara de Ismael Pedrerías.

Pedrerías no salía de un pasmo funesto. Hacía un esfuerzo por hilar una respuesta, pero el rostro adusto del sujeto que amenazaba con volarle la cabeza lo aterraba. Su aturdimiento no le permitía escupir su respuesta.

—Pues debería —sentenció el Redentor ante el silencio del hombre y activó la aleta del disparador con serenidad—. Pero, sí conoce a don Pascual de la Serna, ¿no? —insistió.

Su rostro moreno afilado, inmutable y su mirada punzante infundieron más temor en el hombre que esperaba su muerte. Porque Ismael Pedrerías y los crápulas de todo el norte sabían que lo último que verían en la vida sería la Colt del Redentor.

Pedrerías seguía sin hablar. Sus rodillas desnudas sentían la duela fría del Hotel Emporio. Un temblor incesante se había apoderado de sus labios. Sus brazos elevados como alabando a un dios indiferente empezaban a pesarle. Un hilo de orines dibujó figuras abstractas sobre la duela.

—No se apene, entiendo su silencio y su indiscreción. La gente pierde el habla y los esfínteres cuando los nudillos de la muerte tocan a su puerta. Unos se consuelan

con la vida eterna, pero usted, vamos, seamos sinceros, usted no verá nunca la casa de El Señor. Don Pascual me dijo que usted secuestró a su hija y luego la vendió. Yo estoy aquí en su representación, en cortas palabras me pagó para matarlo. Pero antes, si me concede ese último gesto de cortesía, debo saber dónde la vendió.

—Le doy el doble... el triple de lo que le ofreció don Pascual —por fin habló el hombre atropellando sus palabras.

—La palabra de El Señor es infalible. Me refiero a Dios, no a don Pascual. Si se hubiera tomado el tiempo de conocerla no estuviera en este predicamento. Su riqueza no borra su iniquidad, ni redime a nadie. La redención, amigo, no se compra. Soy el Redentor y sólo hago el trabajo que Dios no desea hacer. Si Él me dice que acepte una misión, la acepto. Si no hay señal divina, pues no la acepto. Así de sencillo —dijo y jaló una leontina de oro que pendía de su chaleco y tomó su reloj de faltriquera. Miró el tiempo, lo devolvió a su bolsillo—. Ahora, si me revela el paradero de la señorita De la Serna podrá usted, sin demora alguna, viajar directo a las llamas del infierno, pero eso sí, sin dolor alguno.

—El Tecolote, en Mexicali —escupió nerviosamente el condenado.

—¿El Tecolote?

—Es un casino que tiene...

—Se equivoca, es más que un casino. Es una prueba de Dios —dijo el Redentor con una mirada perdida.

Ismael Pedrerías no habló más. Nunca más. Pasó sus últimos minutos de vida desangrándose. Así se lo pidió don Pascual. “En la panza, déselos en la panza para que sea lenta su muerte”, quién era él para contradecir los deseos de su cliente. Le daba igual que sufriera o no. Él

solamente cumplía con su trabajo y con los designios del Señor. Si Pablo Macabeo Iglesias, el Redentor, tocaba a tu puerta era por disposición de Dios. Por lo menos así lo consideraba él quien decía recibir las resoluciones divinas por el canto de trompetas angelicales que nadie más escuchaba.

Fue posterior a su resurrección cuando empezó a escuchar el barritar de las trompetas divinas. En un inicio sintió miedo, nadie más en el hospital escuchaba esas trompetas y él se sacudía sobre la cama. Las enfermeras hacían lo posible por apaciguar su delirio mientras él gritaba incoherencias. El doctor, con la hoja de unos rayos-X en mano, le explicó que una bala, la que debió ser el tiro de gracia, se alojó muy cerca de su cerebro y no había poder humano ni divino que pudiera extraerla. Pablo Macabeo Iglesias le dio las gracias, pero rechazó la explicación. Él sabía que antes de su muerte había vivido ebrio de iniquidad y disipación, se dejó llevar por el río revuelto de la Revolución y cometió actos ajenos a la palabra de Dios, esa que su madre le martillaba en la cabeza diariamente durante su infancia. Del seminario saltó a la tropa y sus dedos emparentaron con las armas como si hubieran recuperado la memoria de un atavismo asesino que fluía en sus venas. En actos de sangre y licor, su nombre competía con el temible Rodolfo Fierro, mano derecha de Pancho Villa. Antes de ser el Redentor era el Ajustador, pistolero letal durante esos años revueltos. Pero ese hombre había muerto, apenas unos meses atrás había resucitado en un mensajero que hacía el trabajo sucio de Dios. Ni el más veloz de los asesinos podría escapar de su voluntad, tarde o temprano, Dios les dará alcance con la mano justiciera del Redentor. A Ismael Pedrerías lo buscó por todo el norte hasta que dio con él en Ciudad Juárez. Ahora, tendido en esa duela fría tramita su condición de huésped en el

infierno. Sólo hasta que lo vio sin voz y con la mirada perdida se dirigió a la joven que se enroscaba aún sobre la cama.

—Ya puedes irte, muchacha. Dios te ha concedido vivir nuevamente. Deberías atender su llamado, su bondadosa piedad. Nuestro Padre celestial no te juzga.

La mujer recogió sus prendas y salió cubriendo su desnudez con ellas, caminando diligente, sin despegar la mirada del hombre moreno, de cuerpo ceñido a un traje blanco de rayas doradas apenas perceptibles. El sombrero y las botas vaqueras desentonaban en estilo, pero no en color con el resto de las prendas del Redentor. El sombrero ocultaba le hendidura en su frente, se trataba de la memoria del tiro de gracia que debió matarlo, pero no lo hizo porque Dios, se decía Pablo Macabeo Iglesias, tenía otros planes para él. Por eso lo resucitó para sentarlo a su mano izquierda y asignarle diligencias mortales.

El Redentor inició su éxodo sin prisa. Intentando expeler un trozo de carne incrustado en sus encías. Sintió el sabor a pólvora cuando su dedo espulgaba el espacio entre sus molares. En la recepción del hotel pidió el teléfono. El *concierge*, quien había escuchado hablar del Redentor, obedeció aterrado ante la frialdad del hombre. La operadora lo conectó en breve. “La vendió en Mexicali” dijo fríamente cuando la voz de don Pascual levantó la bocina. Cuando colgó el teléfono lo regresó al *concierge* el aparato. Sacó un cigarro de su bolsillo y lo encendió con calma. Mexicali, dijo para sí.

—¿Cómo dice? —preguntó el hombre del otro lado del recibidor.

El Redentor cayó en cuenta que el hombre lo escuchaba con atención, con temor, quizá.

—Nada, amigo, que Dios me está poniendo una prueba.

—¿Qué tipo de prueba? —preguntó temeroso el *concierge* quien había escuchado los dos tiros.

—El Señor me envía a Mexicali por una mujer sabiendo que allá está otra que me quiso quitar la vida.

—¿Y qué va a hacer?

—Lo que vengo haciendo desde que me regresó la vida. Seguir sus deseos.

—¿Y cómo sabe que es lo que Dios quiere?

Pablo Macabeo Iglesias miró al *concierge*, dio una calada a su cigarro y luego lo apachurró en el cenicero con media vida aún.

—Las trompetas me dicen qué hacer —dijo y salió del hotel hacia el polvo de las calles de Ciudad Juárez.

Piedras Negras, Coahuila

Noviembre, 1923

Teresa Beltrán no titubeó un instante al vaciarle el cilindro de la 38. Con cada contracción del índice sobre el gatillo sus ojos se dilataban y un mohín cercano a la sonrisa se dibujaba en sus labios. Apenas treinta segundos atrás ese hombre había entrado tirando la puerta del cuarto siguiendo el rumor de la infidelidad de su mujer: “Se fueron para el hotel, patrón” le dijo un desarrapado arrellanado en sus propios meados afuera de la cantina. Emprendió un andar taurino, bufando odio. Derribó la puerta de una patada y Tomás Herreras lo recibió con una Luger sobre su sien, Teresa, completamente vestida, también lo apuntaba de pie junto a la cama. Entonces el hombre comprendió dos cosas: que era el invitado de honor a una celada y que Teresa Beltrán se había hartado de él. Bajó su Colt y miró a su mujer. “Las cartas no mienten” alcanzó a decir antes de que las seis detonaciones aturdieran cada rincón de la habitación. El cuerpo del hombre se tambaleó, retrocedió involuntariamente hasta la puerta. Aturdido por la inesperada reacción de Teresa, Tomás Herreras apuntó su arma hacia ésta quien no dejaba de ver al hombre que daba tumbos sin caer. Éste miró a Teresa como se mira a Judas, pero no era incredulidad, no podría engañarse a estas alturas, sabía que algún día llegaría su traición. Le dio la espalda y dio unos pasos hacia

fuera del hotel tocándose el vientre. Los disparos arrojaron a varios amantes de sus cuartos y veían con horror el caminar vacilante del hombre con el plomo en la panza. Éste seguía una voz conocida. El río lo reclamaba, era la voz de su madre, “Y el espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”, allá se reuniría con ella, le pediría perdón por la vida que había llevado, la abrazaría y se despediría de ella porque su destino no podría ser otro que las calderas del infierno.

“Mátalo”, gritó Teresa. Pero Tomás Herrerías sólo veía a un hombre muerto que caminaba hipnotizado hacia el río. Vio el rostro encendido de la mujer. Sus ojos distaban de ser los mismos que vio dos noches atrás por primera vez cuando entró a la cantina en Piedras Negras. Aquella noche se acercó a la barra y pidió tequila. Vio hacia la mesa donde estaba esa mujer que concentraba las miradas masculinas. Un hombre de sombrero charro y vestir luctuoso le daba la espalda. En la mesa jugaban albures animadamente. Teresa miró al forastero y éste se caló el sombrero fedora en forma de saludo. Observó su porte elegante que contrastaba con los hombres de la cantina. Tomás Herrerías, el forastero, observó a Teresa con detenimiento. Creyó leer un halo de angustia en su mirar mientras atendía nerviosamente al hombre vestido de negro. Tomás observó al resto de los parroquianos. Algunos habían empezado a mostrar interés en él, como arañas que se percatan de una mosca en su red. Eran hombres de adrenalina a flor de piel, acostumbrados a la gresca, a la muerte, desocupados en busca de camorra. Justo lo que había venido a buscar.

La Revolución los había dejado con ganas de más. El tiempo de paz les causaba comezón. Todos habían peleado con el Centauro del Norte y desde su asesinato ha-

bían devenido en fieras nómadas en busca de su presa. Al ver tal reserva de asesinos a sueldo agradeció la certeza de sus informantes. Herrerías era agente del coronel Esteban Cantú, quien, al dejar la gubernatura del Distrito Norte de la Baja California se exilió en Estados Unidos y desde allá planeaba su regreso. Había llegado a este nido de mercenarios para reclutar soldados aventureros y recuperar ese territorio. Venía de Eagle Pass donde se había hecho de los servicios de una docena de soldados de fortuna yanquis que en estos momentos viajaban en tren rumbo a California desde donde conspiraba su regreso el coronel. Ahora estaba ahí para llevar gente, sus codos apoyados en la barra pensando en su plan. Debía andar como se camina sobre una cuerda floja, calcular entre la ambición de dinero de estos hombres y su posible lealtad al país. Debía dejar en claro que no se trataba de un movimiento separatista, su general Villa, desde su tumba, nunca les perdonaría una traición así. Debía también restregarles un poco la herida, recordarles quién estaba ahora en la Silla, ese manco que los derrotó en Celaya.

Volvió a fijar su mirada en la mujer, era hermosa, dos grandes ojos negros destacaban su belleza. Su vestir y su porte contrastaban con la cantina mugrienta. Parecía una de esas mujeres de Hollywood que visitaban los casinos de Mexicali. Teresa se sintió observada y giró el rostro hacia la barra. Sus miradas volvieron a encontrarse y Tomás creyó leer un temor escondido en sus pupilas. Entonces fijó su atención en el hombre de negro, su sola postura ejercía un dominio sobre ella. Le pareció que el resto de los hombres también mostraban una mezcla de respeto y temor. Sorbió los restos de su copa y caminó hacia la mesa. Apenas había dado unos pasos cuando varios hombres lo encañonaron con distintas armas. El hombre

de negro, sin voltear el rostro dio órdenes para que lo dejaran acercar. Tomás Herrerías se presentó. Este lo invitó a sentarse en una silla que inmediatamente desocupó uno de sus acompañantes.

—Soy el Ajustador, así me llaman —dijo el hombre de negro.

Herrerías sacó un estuche plateado de su bolsillo, lo abrió ceremoniosamente y ofreció un cigarrillo a los presentes. El Ajustador lo rechazó sacando un puro de su bolsillo. Teresa aceptó. Tomás Herrerías le acercó un encendedor y aprovechó para ver sus labios carmesíes. Fue al grano.

—El coronel Esteban Cantú necesita hombres para recupera el Distrito Norte. Tenemos armas sofisticadas y modernas, se las compramos al ejército yanqui, es un buen arsenal que no alcanzó a debutar en la guerra contra los alemanes y dormía en cajas esperando la caricia de hombres decididos a hacer historia. Además, los esperaban salarios en dólares cortesía de empresarios gringos y con la promesa de Washington de hacerse de la vista gorda. Por si no lo sabe, los intereses yanquis en el Distrito son muchos, sus ciudadanos son dueños de casinos, hoteles y tierras en Tijuana y Mexicali.

El Ajustador escuchaba sin decir palabra. Se rasca una cicatriz que lo rodea sobre la frente. Tomás Herrerías continuó después de fumar un poco.

—Por si fuera poco, Cantú tiene el apoyo de los chinos también que, por si no lo sabían, son un chingo. Y, si eso no fuera suficiente, en Mexicali la vida nocturna es bulliciosa, alegre, The Owl es el casino con la barra más larga del continente con diez cantineros a todas horas y, con perdón de la dama aquí presente, ofrece servicios para caballeros solitarios.

Los hombres que rodeaban la conversación rieron y festejaron. El ambiente recuperó la fiesta. Entre juegos de albures y tequilas Tomás Herrerías pintaba un panorama de prosperidad en la frontera sin perder la ocasión de admirar fugazmente la belleza de Teresa quien había aguzado el oído al escuchar el nombre de la ciudad. En no pocas ocasiones coincidieron sus miradas y, para su sorpresa, era él quien tenía que rehuir sus ojos. En todo momento la pierna del Ajustador descansaba sobre los muslos de la mujer. Entre el olor a tabaco, licor y sudor su olfato recibía la caricia seductora del perfume de la joven, quien durante todo este tiempo permanecía en silencio, forzando esporádicamente un encuentro visual con él. Tomás Herrerías intentaba descifrar esa mirada en clave morse, cada vez más se convencía que Teresa pretendía decirle algo. Quizá está aquí en contra de su voluntad, como tantas mujeres que son secuestradas y obligadas a prostituirse, si lo sabría él que las veía en The Owl. Sólo hasta que ella intentó ausentarse se convenció de que le pedía ayuda. Teresa se puso de pie, pero antes de que pudiera dar un paso sintió la presión de una mano impidiéndole seguir.

—¿Por qué no agarras una carta, amor? —Teresa miró al forastero sin saber qué hacer—. ¡Hazlo!, le exigió el Ajustador acercándole la baraja.

La joven tomó la primera carta:

—Caballo de copas —dijo el Ajustador.

Barajó las cartas y le pidió a Tomás que hiciera lo mismo.

—Hágame usted ese favor —insistió ante el titubeo de Tomás quien se encontraba de pie como un gesto de caballerosidad para con Teresa.

Herrerías tomó una carta del centro.

—Sota de copas —dijo el hombre y giró su mirada hacia la mujer, la mirada de alguien que ha adivinado el juego de cartas que tiene su rival—. Regresas pronto, corazón —le dijo antes de dejarla ir.

Tomás Herrerías se sentó y vio al hombre barajar los naipes una vez más. Las cortó en dos y las juntó nuevamente; tomó una carta de en medio. Al girarla el “nueve de espadas” lo miraba ominoso. El Ajustador dio una calada a su puro.

—Tendré que pensarlo muy bien, amigo, Mexicali, o como se llame ese lugar, está muy lejos y las cartas no son muy halagüeñas.

Tomás se puso de pie, abotonó su saco y se caló el sombrero. Se despidió con amabilidad dejando la información de su hotel. Cuando estaba por salir escuchó la voz del cantinero:

—Olvida su botella, señor.

El hombre le mostraba una botella envuelta en papel madera. Iba a sacar al cantinero de su error, pero notó la mirada de Teresa quien se encontraba sentada en la barra. Tomás se acercó al cantinero y tomó la botella. Una vez en el hotel leyó el mensaje en el papel.

Ahora, dos noches después el cuerpo del Ajustador se tambalea hasta el margen del río Bravo. No logra llegar, cae a unos metros. Teresa tira al piso su 38 vacía y le arrebató la pistola a Herrerías. Va hacia el hombre que ahora se arrastra hacia el río. Le apunta en la cabeza, Pablo Macabeo, el Ajustador, le regala una sonrisa postrera.

—Me guardas un lugarcito en el infierno —dijo la mujer y jaló del gatillo.

CATORCE

Jefatura de Policía
Palacio Municipal, Mexicali
29 de diciembre, 1924

La entrevista con Revueltas constató lo astuto que era el sindicalista y eso afianzó mis sospechas. Pero, ¿estaría involucrado en la conspiración? De ser así, matar a González iría en contra de ese objetivo. A menos que haya actuado por impulso y solo se tratara de un asunto personal. Regresé a la Jefatura de Policía a las dieciocho horas, un celaje de formas caprichosas pronunciaba la oscuridad del invierno. La luz de las bombillas del Palacio Municipal aligeraba la penumbra de la tarde. Al entrar había un par de gendarmes que parecían ignorar mi presencia. Fumaban. Reían. Por un momento me pareció que se burlaban de mí y un recuerdo fugaz de aquella noche en El Gallo de Oro cruzó por mi mente. Mi pierna resintió el cansancio y el frío. Al entrar en la Jefatura dejé el bastón sobre un escritorio, me quité el abrigo y el sombrero y los colgué en la percha al lado del despacho principal. Mi cabeza era un yunque, necesitaba un poco de morfina o flotar en los laberintos de la adormidera. Pensé en los brazos y los labios de Wen, pero me conformé con encender un cigarrillo. Saqué mi cigarrera plateada del bolsillo del saco. Palpé sus iniciales: B.R. sobre la tapa. Había sido un regalo de Agustín, me lo obsequió la noche en que me asaltó ese impulso atávico conjurado por el pulque y el tequila. Volví a ver su rostro afilado, la silueta de

su barba de candado y el par de perlas índigo en sus ojos. Cuando sentí el calor del fósforo quemar mis dedos sacudí su rostro de mi mente.

Me dispuse a repasar la información que tenía. Me senté en uno de los escritorios cercanos a la oficina del inspector Herrestrosa. La luz estaba apagada y eso me tranquilizó. Puse la libreta con el Registro de Meretrices sobre el escritorio y aspiré hondamente el cigarro para reconstruir lo que llevaba hasta el momento. Habría que descartar a los hombres que habían visitado a la meretriz antes de su asesinato. Entre ellos dos oficinistas de la Intercalifornia Railroad, no eran homicidas ni tendrían ningún interés en participar en conspiración alguna. Además, fueron los primeros en tomar los servicios de Pearl. El primero, John McNeil, estuvo con ella alrededor de las dieciséis horas. Lo imaginé atendiendo sus obligaciones mecánicamente mientras consultaba constantemente su reloj en espera de perderse en las caricias de la cortesana. Le siguió Sam Foster a las diecisiete horas, según el cantinero el hombre esperó su turno acompañado de un whisky escocés. Al señor Gupta Pattel lo entrevisté en el domicilio que compartía con varios paisanos suyos. Se trataba de un jornalero que trabajaba las tierras de la Colorado River Land Company. Descarté su posible involucramiento en el asesinato porque varios testigos corroboraron su coartada.

Quedaba solo Olegario Revueltas aunque había olvidado a Carmina del Monte, la cantante. ¿Acaso Pearl tenía amoríos con la cantante y esta regresó al cuarto poseída por los celos? Imposible, la hubiera visto medio mundo. Una mujer así es fácil de recordar. Además, May Field aseguraba que Pearl no era discípula de Safo, por el contrario, se había casado enamorada del tal Mark Sullivan, aunque al final todo hubiese sido un engaño para

traerla voluntariamente a Mexicali. The Owl era el prostíbulo que más mujeres empleaba y todas con una habitación asignada en The Yard. Un gran número de chicas eran traídas por lenones experimentados, otras venían por su cuenta cautivadas por las oportunidades laborales en la frontera. La libreta del Registro de Meretrices municipal constaba que Pearl Rory llegó a El Tecolote en octubre de 1922 como lo había dicho el gerente. En una llamada telefónica el sheriff del condado de Imperial, Ralph Silver, me informó que Mark Sullivan estaba preso en Oakland por violar el “Mann Act”, la ley contra la trata de blancas. Esto lo descartaba, además, estaba la Spitzer.

Estudí la fotografía de Rory en la libreta, tenía un rostro redondo, nariz recta y labios delgados, ni sus orejas ni la forma de su cráneo sugerían una criminalidad nata, pero quizá la atmósfera de este poblado haya trastocado su ser. El aire agreste de este desierto lejos estaba de la diafanidad del Anáhuac, la atmósfera hostil, inhóspita y polvorienta de esta región seguramente influía en los comportamientos criminales de los pobladores.

—¡Bocanegra! —El grito estremeció mi enajenación y vi la cara adusta del inspector Herrestrosa—. ¿Cómo va la investigación? Tengo una reunión con el gobernador en unos minutos, no quiero llegar con las manos vacías —dijo al entrar por las puertas de doble hoja de la comandancia.

Los dos gendarmes permanecían en posición de firmes. Sus cigarros se consumían en el piso. Luego de reponerse, ofrecí una sinopsis de mi pesquisa.

—Más tarde iré a la aduana, quizá Pearl Rory haya regresado a Estados Unidos. Después de eso me concentraré en la víctima. Me entrevistaré con el cónsul en Ca-

lexico, para ver qué hay de cierto en los rumores de su relación con Cantú. Se dice que era uno de sus espías.

—¿Quién lo dice? —preguntó el Inspector General con curiosidad.

—La gente, los rumores... Además, encontré una bala en la tráquea del occiso.

—¿Le dispararon?

—No, señor inspector, eso es lo extraño, colocaron la bala aún en su casquillo *a posteriori*.

Herrestrosa se mantuvo serio, la luz de la lámpara sobre su rostro abotagado le daba un aspecto siniestro. Parecía ebrio o crudo, así lo delataba el aliento fétido que se coló por mi nariz.

—¿Alguien más sabe de esto? —preguntó.

—Nadie más —no mencioné la presencia de Aldrete en el cuarto.

—Manténgame informado directamente a mí —dijo empujando sus palabras con un vaho alcohólico.

Sus manazas tomaron el *Calexico Chronicle*, “Mercurio”, “El Monitor” y el “Eco del Distrito Norte” que habían estado ahí desde la mañana. Se retiró a su oficina llevando consigo los diarios. Se le veía preocupado, no era para menos, era el único que mantenía su cargo desde el tiempo de Cantú a pesar de los distintos gobernantes que habían desfilado en los últimos tres años. Sin embargo, su puesto pendía de un hilo muy delgado, el gobernador Rodríguez y hasta la presidencia de la república lo mantenían bajo observación. El ambiente en el Distrito Norte auguraba cambios y se sabía que el general Rodríguez preparaba destituciones para poner a gente de toda su confianza y seguir afianzando su poder.

El timbre insistente del teléfono me aturdió. Nadie parecía querer atender el aparato. La secretaria estaba

ausente y el cagatintas Bernal, quien se ocupaba del despacho por las noches, aún no llegaba. Los dos gendarmes seguían fumando indiferentes, con una risa imbécil y cubriéndose del frío que penetraba agresivamente cada vez que alguien abría la puerta. El sonido solo aumentaba el dolor de cabeza así que caminé un par de metros hacia la recepción y levanté la bocina. Una voz aguda y aduladora saludó como si pidiera audiencia con un rey. Por su acento juzgué que procedía de la ciudad de México y por su lengua zalamera deduje que era un *reporter*. No me equivoqué en ninguno de los dos casos. Se presentó como Ismael Cartagena, *reporter* de “El Imparcial”. Eso hubiera bastado para provocarme un infarto, pero lo que estuvo a punto hacerme volver el estómago fue escucharlo preguntar por Bernardo Rejón exmiembro de la Policía Reservada.

Cantina El Gallo de Oro
Ciudad de México
26 de noviembre de 1914

Cuando era inevitable la llegada de las hordas revolucionarias a la capital, el Inspector General de Policía, a sugerencia de Carlos Roumagnac, invitó al licenciado Julio Guerrero para aleccionar a los gendarmes sobre los peligros que enfrentarían. Bernardo Berjón lo había escuchado hablar con anterioridad en una charla de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística pero aquellos eran tiempos de paz. Ahora en plena guerra los atavismos emergían como flores en primavera, sostenía Guerrero. El licenciado leyó fragmentos de su libro *La génesis del crimen en México*. Su discurso ominoso versaba sobre el atavismo y sus manifestaciones a lo largo de la historia. El tirano que sirvió de modelo fue su “Alteza Serenísima”, don Antonio López de Santa Ana, a quien comparó con Calígula y Atila, enumeró sus masacres, su sed de sangre. En el “neuronismo militar” de los tiranos “reaparece el aventurero español, que salido de las cárceles de Córdoba o Sevilla en el siglo XVI mataban con denuedo frenético”. Dijo esto luego de hacer un perfil criminológico de Villa y Zapata. Les previno del parecido que guardaban estos dos líderes con tiranos sanguinarios. “Se aproxima un tiempo de exacerbación de odios”, sentenció, y advirtió sobre las hordas zapatistas. Sus impulsos criminales se comprenden por “la filiación ignota de la

turbamulta, descienden de los capitanes de cuadrilla o caciques sanguinarios, que en las épocas anteriores salían de las ciudades, para robar y matar como pronunciados o exterminar como reyezuelos y salvajes”. Después de la conferencia Bernardo grabó muy dentro las siguientes líneas: “la hiperestesia bélica e impulsatividad sanguinaria del salvaje persisten en esos delincuentes vulgares y se ponen en conmoción por hechos que son indiferentes para los demás”. Noches después aún cincelaban su cerebro esas palabras.

Bernardo y Agustín bebían en El Gallo de Oro, la cantina donde comenzó su relación meses atrás. Agustín sustrajo una cigarrera de su saco y se la entregó a Bernardo. Era su regalo de cumpleaños, la cigarrera llevaba las iniciales B.R. La noche transcurrió entre caricias furtivas y litros de pulque y tequila. A diferencia de otras noches, además de los comensales habituales la cantina albergaba a la soldadesca zapatista. Las risotadas de la tropa interrumpían las discusiones de *reporters* y escritores quienes sentían su espacio invadido. Bernardo se quedó solo por un momento cuando Agustín debió ir al sanitario. Lo vio saludar a uno de los *reporters*, se trataba de Gerónimo Espíndola, hijo del dueño del diario “El Imparcial”. Los vio sonreír. Había oído los rumores de su homosexualidad. ¿Habrán sido amantes? Espíndola era atractivo, rubio, ojos claros y de vestir exquisito, como esos lagartijos que paseaban por la calle de Plateros. Llevaba saco cruzado con corbata de moño, camisa almidonada, sombrero de paja y zapatos de charol con polainas.

En varias ocasiones lo había visto en las escenas de crímenes en pulquerías, cantinas y los barrios bajos de la ciudad. Le atraían las historias de sangre, sabía sacarles provecho a las escenas más espeluznantes, el diario se vendía como pan caliente. Bernardo bebió un trago más.

Su cabeza se dejó llevar por las olas del alcohol. Su mirada y sus pensamientos eran filtrados por una red muy fina de prejuicios. Pensó ver la mirada socarrona de esos hombres harapientos, sus rostros morenos, ajados por heridas de batalla, sus cabellos grasosos y sus poses arteras. El recuerdo de las palabras del abogado Julio Guerrero invadió su mente, los vio con desconfianza. Recordó que apenas dos noches atrás varios gendarmes fueron agredidos por soldados villistas cuando acudieron a contener un pleito entre ellos. Todos eran unos salvajes que daban rienda suelta a sus instintos sanguinarios y sus atavismos. Agustín regresaba del baño y las risotadas le aturdieron los oídos a Bernardo. Tuvo la certeza de que se burlaban de ellos. No sólo los soldados haraposos sino la cantina entera. La risa de los dos *reporters* que bebían en espera de la nota, la de los poetas ideando sus poemas o las crónicas que les daban de comer. Bernardo los había sorprendido observándolos en varias ocasiones. El acompañante de Espíndola era un joven moreno, de nariz aguileña. Llevaba un bigote grueso al centro hasta terminar en dos olas delgadas en las puntas. Ni Bocanegra ni Berjón portaban uniformes puesto que eran de la Policía Reservada, así que Berjón sentía que los observaban por otras razones. Acaso habían sorprendido sus caricias clandestinas por debajo de la mesa.

Bernardo se puso de pie y caminó hasta el baño. Pasó delante de los soldados, los vio con rabia azuzada por el tequila y el pulque. Ya dentro mientras vaciaba la vejiga, miró su reflejo en un espejo, su rostro moreno... *como el de ellos...* sus ojos negros... *como los de ellos...* su rabia contenida... *como la de ellos*. Palpó la daga que llevaba siempre oculta en su chaleco. En su trastabillar ha-

cia la puerta del baño tropezó con un hombre que entraba. Este lanzó un grito ebrio.

—¡A ver si te fijas, maricón de mierda!

El insulto encendió su ira, sintió su sangre caliente recorrer sus venas, irrigarlas hasta henchirlas y salir de ellas sujetando la daga, la misma que cortara de un solo ramalazo de odio la yugular del insolente borracho. Sobre el piso enlodado, una serpiente roja avanzaba hasta sus pies. Estuvo a punto de volver sus entrañas sobre el rostro afrancesado del muerto cuando reconoció a Gerónimo Espíndola.

QUINCE

Teatro Iris, Mexicali
29 de diciembre, 1924

Olegario Revueltas se formó en la fila del Teatro Iris, la gente se veía animada y ansiosa para ver *El peregrino*, la más reciente película de Charles Chaplin quien había visitado Mexicali apenas un año atrás. Revueltas hizo todo lo posible por hacerse notar. Bromeó con la gente que esperaba en la fila, protestó por la lentitud de la taquilla y discutió con un mozo del cine por alguna nimiedad. Una vez dentro de la sala, esperó hasta que la oscuridad la llenara para salir de ahí por una puerta trasera que daba al callejón Reforma. Ya afuera, tropezó con un bulto despatarrado sobre unos sacos de ixtle. Era el indio Fardlow quien yacía inconsciente vencido por el whisky adulterado que le ayudaba a lidiar con los fantasmas de la guerra. Al reconocer la figura larga y enjuta de Fardlow, Revueltas detuvo la andanada de insultos que estuvo a punto de lanzarle. No quería desatar la furia del cucapá, el gatillero más barato y eficaz del Distrito Norte. Fardlow solo levantó brevemente su sombrero de copa a manera de disculpa. Revueltas continuó hacia un callejón impulsado por el frío y el temor de una reacción del indio.

Hacia la otra orilla del callejón Reforma vio un Packard negro. La puertezuela se abrió cuando Revueltas se acercó al carro. Refugio Aldrete lo esperaba en el asien-

to trasero cubriendo su nariz con un pañuelo. El sindicalista vio con recelo al chofer del Packard.

—¡Súbase, Revueltas, que el general no dispone de su tiempo! —dijo Aldrete.

Revueltas volvió a ver al chofer quien permanecía en su asiento sujetando el volante sin inmutarse.

—Dijimos que nadie más sabría —dijo el sindicalista.

—El chofer es de confianza. Nadie es chivato aquí, bueno... eso de nadie... —dijo con malicia— ¡Que suba, carajo que ese hedor es del infierno!

Revueltas subió al coche. Aldrete le pidió que se levantara el sombrero. Le dijo, además, que le mostrara el interior de su abrigo y se alzó el pantalón a la altura del calzado.

—No vengo armado.

—La confianza es el epitafio de los muertos. ¡Avance, Carmona!

El chofer obedeció y el Packard emergió del callejón con el paso lento de un funeral. Revueltas quiso hablar del clima, de los toros, del béisbol, pero Aldrete permaneció en silencio todo el trayecto. Había un desprecio evidente en el trato del hombre de confianza del gobernador Rodríguez.

El carro avanzó hasta la avenida Independencia y viró hacia el oriente. Siguió por esa avenida hasta llegar al edificio del Palacio de Gobierno. Un enorme edificio de arquitectura clásica, rodeado de jardines verdes que contrastaban con las calles polvosas y desérticas. El Packard aparcó atrás del inmueble. Aldrete descendió y le abrió la puerta al sindicalista. Al apearse éste volvió a ser registrado. El capitán lo condujo por una puerta trasera hacia los sótanos del Palacio de Gobierno. Caminaron por un pasillo largo hasta llegar a una puerta de madera custodiada por un soldado.

—¡Avisa al coronel que ya llegó el abonero! —Ordenó Aldrete al soldado.

—Está con el inspector Herrestrosa.

Revueltas se sobresaltó.

—Tranquilo, están en la oficina de gobierno. Aquí nadie lo ve —le dijo al sindicalista—. Cuando termine su junta con Herrestrosa le pide que venga —le dijo al soldado.

Los dos hombres entraron a un cuarto amueblado austeramente: un escritorio de pino, un teléfono, una pila de documentos, tres sillas y una barra de licor en primer plano. Un mapa de la ciudad cubría parte de una pared izquierda. Otro más, del Distrito Norte, reposaba sobre una mesa larga al centro del cuarto. Aldrete le pidió que se sentara en una de las sillas frente al escritorio mientras él tomó asiento a su lado. Olegario Revueltas sintió alivio cuando la risa del gobernador rompió el tenso silencio que había en el cuarto. Se le veía contento. Fumaba y traía un vaso de whisky. El capitán se puso de pie y Revueltas lo imitó. El general Rodríguez puso el vaso sobre el escritorio y reposó el cigarro en un cenicero. Entonces se acercó a Aldrete y le susurró algo al oído. El capitán lo vio con extrañeza. “Haz lo que te digo, Refugio. Ya te explicaré más tarde”. Aldrete caminó hacia la puerta, llamó al soldado y le pidió su rifle. La puerta se cerró. Revueltas pensó que le habían puesto una trampa. Se había arriesgado demasiado al ir a la cueva del lobo. El gobernador se acercó al sindicalista, éste reculó por instinto, pero Rodríguez abrió los brazos. Su rostro lo delataba ebrio, su estado natural. Revueltas lo imitó y ambos se abrazaron. El gobernador dio varias palmadas.

—¡Bien hecho, bien hecho, amigo Olegario! —Dijo y fue en la silla detrás del escritorio. —¿Qué se toma, Olegario? —preguntó el gobernador con las palabras naufragando en licor.

—Whisquito del que toma usted, mi general.

—A ver, Refugio. Sírvele su whisky al amigo Revueltas —dijo el gobernador al tiempo que el capitán entraba nuevamente al cuarto.

Refugio Aldrete miró a Olegario Revueltas con desprecio. Caminó unos pasos para coger la licorera de cristal que reposaba sobre una mesa. Quitó la tapa de la botella y escancié varias onzas en un vaso de cristal. Volteó a su espalda hacia donde se encontraban el general Rodríguez y Olegario Revueltas. Ambos seguían conversando. Aprovechó su distracción para escupir en la bebida del sindicalista. Revolvió el whisky con el dedo y regresó para darle la bebida a Revueltas.

—Su información era correcta, Olegario. Los gringos apresaron a 150 hombres, varias piezas de artillería, ametralladoras, municiones y otro tipo de armamento. Aguardaban ahí para tomar Tijuana al iniciar el año, este es un golpe muy fuerte contra Cantú. El presidente Calles está muy contento. Es usted un patriota.

—Hay que saber estar en el bando correcto de la historia, mi general.

—Muy bien dicho. Cantú es un traidor y se dará una sorpresa cuando le digan del arresto. Por lo pronto hay que mantenerlo en secreto, que crea que nada ha cambiado.

—Seré una tumba, señor gobernador.

—Ni duda cabe —dijo Aldrete con una mueca socarrona.

—Sólo hice lo que pensé era mi deber.

—Hizo bien, Olegario, hizo muy bien.

El gobernador Rodríguez tomó el cigarro nuevamente. Fumó de él y reposó su cuerpo sobre la silla. Se aflojó la corbata y se quitó el fedora de lana que hasta ese momento cubría su amplia frente. Parecía haber olvidado

dónde estaba. Impulsó su cuerpo hacia delante y dio un trago a su vaso.

—No se me ha olvidado, como acordamos: diez mil dólares si su información era correcta o plomo si era incorrecta, esto incluye lo del Tres Emes también, ese ya no será problema gracias a su información —dijo el general al tiempo que abría un cajón del escritorio y sacaba dos sobres henchidos de billetes. Los puso en el escritorio y los empujó hacia Olegario.

—¿Qué hará con tanto dinero, amigo? ¿Lo va a donar a la causa anarquista? —Preguntó Aldrete mordazmente.

—A mi causa, capitán. Ya es justo que vea los frutos de mi lucha. Me voy a los Estados Unidos. Mi familia ya me espera en San Antonio —dijo el sindicalista y empujó su discurso con un trago de whisky.

—Hace bien, Olegario. La Revolución ya triunfó. No sé qué tanto le mueven los inconformes. El que no triunfa ahora es porque no tiene iniciativa. No todo lo puede hacer el gobierno.

Un silencio se sentó en todo el cuarto. Los hombres respondieron con un último trago. Revueltas se despidió.

—Me tengo que regresar, mi general. La función va a terminar y quiero salir del teatro a esa hora para... usted sabe.

—Claro que sí, Olegario. Es usted muy astuto y precavido. Por acá no se preocupe. Nunca estuvo aquí.

El sindicalista se puso el sombrero y caminó hacia la puerta. Aldrete echó una mirada al gobernador.

—No se te olvide el encargo, es un detallito que luego te cuento —dijo Rodríguez.

Aldrete sonrió levemente asintiendo. El capitán se puso de pie y siguió a Revueltas. Ambos salieron del Palacio de Gobierno.

El Packard los llevó hasta el callejón Reforma.

— Me juzga usted por apartarme de la causa, ¿no es así, capitán? Sepa que mi padre murió por la causa, ¿sabe? Demasiada muerte ya derramó mi familia. Quiero otra vida para mis hijos —dijo Revueltas rompiendo el silencio del trayecto.

—No me gustan los traidores a ninguna causa. Para mí, es lo más bajo que puede hacer un hombre.

El coche se detuvo. Solo sus fanales iluminaban el largo callejón. Revueltas se apeó de prisa.

—Hasta nunca, capitán —dijo mirando a Aldrete quien solo inclinó la cabeza.

El sindicalista caminó a paso veloz. Aún no podía cantar victoria. Aldrete podría bajarse del coche y pegarle un tiro. Veía la luz de los faroles de la calle Reforma a unos metros como una salvación. Unos pasos más y estaría en el Teatro Iris, solo ahí podría respirar.

—Me regala un cigarro —se elevó una voz desde el suelo sucio y hediondo.

Revueltas se sobresaltó. Era Fardlow nuevamente, aún se mantenía despatarrado y cubierto con los sacos de ixtle. Revueltas vio hacia el lado opuesto del callejón, el Packard seguía sin moverse.

—¿Por qué no? —dijo el sindicalista. Metió la mano hacia el interior de su abrigo y sacó una cigarrera. Cuando la abrió se dio cuenta de que solo había un cigarro—. Es el último que tengo y quisiera fumármelo, amigo —dijo Olegario Revueltas.

Los faros del Packard parpadearon. Fardlow se puso de pie.

—Démelo, los muertos no fuman —dijo el indio.

El destello de una daga apareció furtivamente para luego apagarse en el vientre de Revueltas. Fardlow limpió la daga en la ropa del cadáver. La guardó en la funda escondida en su bota. Tomó los sobres de los bolsillos interiores del abrigo del sindicalista. El Packard se acercó. Desde la ventanilla, Aldrete sacó la mano, recibió los sobres de parte del indio. Separó quinientos dólares y se los dio. Fardlow estaba por retirarse cuando escuchó al capitán:

—Espera, mete esto en una de las heridas y retírate. El indio tomó la Spitzer.

—¿Usted también? —preguntó el indio.

—¿Yo también qué? —respondió Aldrete.

Fardlow miró con un dejo de extrañeza al capitán, pero no dijo nada más. Se acercó al cuerpo de Revueltas buscando la mejor tumba para la bala. Pensó que la panza era el mejor lugar. Cumplió la orden del policía y se retiró sin prisa.

—¡Salud, Asunción! No te lo bebas toda esta noche —dijo Aldrete.

Fardlow siguió su camino alzando hacia el cielo un ánfora de licor a manera de brindis, giró hacia la izquierda en la calle Reforma y se perdió entre la gente que salía del Teatro Iris.

—Hasta nunca, camarada Olegario —dijo el capitán Aldrete antes de pedirle a Carmona que pusiera en marcha el Packard.

DIECISÉIS

Hostel Frontera
Pueblo Nuevo, Mexicali
27 de diciembre, 1924

Asunción Fardlow Urchuta se revolvía sobre el suelo húmedo del cuartucho azuzando los fantasmas de la guerra. Escuchó el silbido del capitán, la orden era avanzar a costa de sangre y fuego. Y eso tenía Fardlow Urchuta, sangre y fuego en las venas. Antes de saltar hacia el campo de batalla dio una última calada a su cigarro para atemperar el frío y el miedo. Subió la escalinata y avanzó cauto, pero veloz, sorteando cuerpos tendidos bajo la lluvia. Los uniformes caían a su lado, entre alaridos y escupitajos de cañón. Los silbidos henchidos de muerte descendían sobre la tierra rojiza del campo de batalla dejando cráteres a su alrededor. Las balas enemigas parecían perdonarlo por su arrojo. Un estruendo cercano hizo volar su cuerpo hasta caer en la huella honda dejada por un obús. Aturdido, se vio tendido dos metros bajo tierra en una trampa de hormiga león. Pronto se dio cuenta que no era el único y, aunque no hablaba alemán, supo leer los bramidos ininteligibles de prusiano atrapado a su lado. Los dos se descubrieron presos del mismo destino. Solo uno saldría vivo de ahí. El alemán fue por su Luger, Fardlow Urchuta había perdido su bayoneta, se abalanzó hacia el soldado. Forcejeó con él cuerpo a cuerpo. Vio en el cinturón del alemán un puñal envainado. Hizo por él, pero al hacerlo el alemán ganó el control de la Luger. La velo-

ciudad del indio no le dio tiempo de disparar, sintió como su propio puñal le tasajeaba las entrañas. Dejó caer la Luger y llevó sus manos al vientre como queriendo detener la sangre que salía desbocada. El indio Fardlow Urchuta, bramaba de cansancio, observó una vez más a su enemigo y le concedió una muerte más rápida; le rajó el cuello en dos. De pronto volvió a escuchar el trajín de la guerra, sus ruidos, sus olores. Le pareció extraño ese momento de silencio, había dejado de percibir cualquier otro ruido que no fuera el de sus latidos y el correr de su sangre por las venas mientras luchaba por sobrevivir. De pronto, el ruido volvía. Pero no eran ráfagas de metralas, sino unos golpes incessantes sobre la puerta del cuarto que alquilaba. Estrechó su mano hacia su almohada y cogió su puñal. Luego la botella. Dio un trago de esta última y se fajó el puñal en la cintura antes de abrir la puerta.

La vieja Concha Urchuta, su tía nigromante, asomó la cabeza. Lo procuraba cada cierto tiempo siempre acompañada de una botella porque sabía que todo mundo necesita sacar a pasear sus demonios. Desde que regresó de la guerra su sobrino se había dedicado a ahogar sus recuerdos que lo cambiaron para siempre. Esta vez, la vieja también traía una botella de tequila, pero no iba sola. Detrás de ella, el indio vio los ojos grandes de una mujer. Recordó haberla visto en un cartel publicitario de El Tecolote. Abrió la puerta completamente y dio unos pasos atrás. Buscó su sombrero de copa y, antes de ponérselo, se acicaló el cabello lacio y largo.

—Es sobre un trabajito, m'ijo, de esos que tú sabes hacer muy bien —dijo Concha Urchuta para romper el silencio.

El indio alargó la mano hacia su tía. Esta le dio la botella y Asunción la observó. Una mueca de alegría

se apostó sobre tu cara. La puso sobre la mesa y bebió el resto de su otra botella.

—Usted dirá, señorita. ¿Quién está sobrando en este mundo?

DIECISIETE

Pulquería Amores de Cupido

Ciudad de México

29 de diciembre, 1924

Fidencio Matamoros encontró su hábitat natural en “la bola”, encontró también, al término de la Revolución, un oficio bien aprendido y remunerado: asesinar. Había tenido ganas de hacerlo desde mucho tiempo atrás, no fueron pocas las ocasiones donde deseó asesinar con sus propias manos al capataz de la hacienda de don Próculo donde era peón, pero en “la bola” pudo finalmente matar a alguien. Lo hizo con un Mauser que le dieron durante la leva, en cuanto tuvo una oportunidad le disparó en el rostro a un sargento y huyó hacia la sierra. Allá se unió con otros hombres como él, sedientos de justicia, por lo menos eso les oyó decir y se oía bonito, pero lo que él quería, lo supo con su primer muerto, era seguir matando. Si huyó de con los pelones fue porque había muchas reglas ahí y de reglas ya estaba harto.

Era un hombre de pocas palabras y muchas balas. Disfrutaba el tequila, el mezcal y el pulque, en ese orden. Esa noche tomaba un curado de vainilla cuando lo vio entrar a la pulquería Amores de Cupido. No tuvo el impulso de correr porque había tenido el cuidado de enterrar muy bien a su última víctima, nadie encontraría su cuerpo y solo volvería a ver la luz transformado en gusano. De eso estaba seguro, así que la figura regordeta del capitán Ibáñez no le causó preocupación alguna. Pero el policía

se acercaba a Matamoros y cada metro que recorría dejaba una estela de alivio entre los demás comensales que pensaban que Dios les había dado otra oportunidad. La pulquería entera empezó a vaciarse, solo aquellos embrutecidos hasta la inconsciencia o los inocentes se quedaron dentro.

—¡Matamoros, acompáñeme!

—Oiga, capitán, pero si yo no he hecho nada.

—¡Acompáñeme, le digo!

—Nomás me dice de qué se me acusa porque tomarse unos alipuces no es ilegal.

El primer golpe fue directo al hígado de Matamoros quien cayó del banco y quedó tendido en el piso sucio de la pulquería. Intentaba hablar, pero solo le salió un líquido espeso impulsado por varias arcadas. Dos gendarmes entraron al lugar, auscultaron a Matamoros despojándole de un revólver y un puñal. Luego lo tomaron de los hombros para ponerlo de pie.

—¿Me va a acompañar o quiere otro porrazo? —preguntó el capitán Ibáñez acariciando la porra entre sus brazos.

Su error fue querer responder, otro porrazo lo despojó de cualquier voluntad y se dejó arrastrar hasta la calle. Había luna llena, solo por eso pudo ver que lo subían a un coche negro sin ningún distintivo policiaco. En ese instante empezó a dudar. ¿Habrán descubierto el cuerpo de su última víctima? Su desaparición se publicó en todos los diarios de la capital hasta que fue desplazada por otros crímenes más llamativos. Ese fue el encargo, que no se supiera de su muerte. Que siempre hubiera duda para que la esposa no perdiera su riqueza ya que su marido había cambiado el testamento. La mujer que lo contrató era una señora de familia, si su apellido iba a ser enlodado por el escándalo prefería que fuera por la desaparición de su es-

posó y no por la deshonra de un divorcio. El occiso tenía planes de dejar a su mujer sin nada, conoció la felicidad con una joven meretriz en una casa de asignación y se hizo de ideas, de planes que nunca se concretarían gracias a que doña Pilar Villavicencio compartió su temor con el padre Loyola, depositario de las confesiones y los diezmos de la hoy viuda. El padre le dijo que Dios sabría enviarle un mensaje, una solución a sus problemas. Lo hizo. Dos días después Fidencio Matamoros entraba por la puerta de servicio a la casa de la familia Villavicencio. Pero ahora todo se había ido a la mierda, seguramente la señora catrina, atormentada por un futuro en las llamas del infierno, cantó y lo delató. El capitán Ibáñez subió al coche y los gendarmes subieron a Matamoros. Había dos asientos largos en cada uno de sus lados. En uno de ellos se encontraba un hombre que pasaba los setenta años, pero conservaba una figura recia, altiva incluso. Su barba blanca cubría gran parte de su rostro.

—Te conseguí un trabajito, Matamoros —dijo el capitán Ibáñez.

El pistolero apenas recuperaba el aliento. Alcanzó a murmurar un saludo.

—Aquí el capitán me ha dado buenas referencias de usted. Dice que es bueno en lo que hace.

Matamoros vio con recelo al policía. No sería la primera vez que trabajara con el capitán. Ya en una ocasión lo sacó de la cárcel de Belén para que asesinara a un lagartijo que había seducido a la hija de un connotado empresario. ¿Pero por qué no le había dicho eso desde el principio, por qué golpearlo sin necesidad alguna? Eso ya fue por mero gusto, pensó Matamoros.

—Quiero que le dé un recado al asesino de mi hijo —dijo el señor Espíndola.

—No soy muy bueno para eso de las habladas, patrón —espetó Matamoros.

—Me dice el capitán que su voz pesa como plomo. A eso me refiero.

—Creo que ya le entendí. Usted quiere que enfríe a alguien.

—Nunca le perdoné que fuera un marica, pero no deja de ser mi hijo. ¿Me entiende? —dijo Artemio Espíndola.

—Pues a mí eso de besarse entre machos me da asco, pero usted no me buscó porque soy cura, así que nomás dígame a quién hay que matar y yo me encargo, de lo otro pues cada quién... —dijo Matamoros con indiferencia.

Un golpe seco hizo que Matamoros estrellara su rostro contra el cristal del coche.

—Más respeto, Matamoros. ¿No sabe usted con quién está hablando? El señor Espíndola es dueño de “El Imparcial” y sabrá recompensar su trabajo —dijo el capitán Ibáñez.

Matamoros inspeccionó al hombre que tenía frente a él. Un hombre poderoso, pero no tanto como para matar al asesino de su hijo con sus propias manos.

—El hijo del señor Espíndola fue asesinado hace ya diez años en El Gallo de Oro —informó Ibáñez.

—Sirven buenos pulques ahí —dijo Matamoros.

—¡Cállese, carajo, y escuche! Lo asesinó un policía de la Reservada.

—Nada raro, capitán, digo, con todo respeto.

—¡Que guarde silencio, carajo! El asesino huyó y nadie supo de él. Hasta ayer. Un reportero del señor Espíndola dio con el asesino en Mexicali, allá en el Distrito Norte.

—¿Eso dónde queda?

—Muy al norte, donde empieza México.

—Se oye lejos, yo soy hombre sureño.

—Usted es un asesino a sueldo y nada más. ¡Cállese o lo llevo a Belén! Ya me enteré de que usted hizo viuda a la señora Villavicencio.

—No sé de qué me habla, capitán.

—Con que no lo sabe, pues el padre Loyola sí lo sabe. Al cura le echamos el guante porque lo sorprendieron toqueteando a una niña y prontito hizo el trueque. Los gendarmes que lo trajeron serían felices charlando con usted hasta que nos dijera dónde se deshizo del cadáver.

Fidencio Matamoros sabía reconocer la hora de la derrota. No había otro camino, el capitán Ibáñez lo tenía tomado del cogote. Habría que hacer el trabajo, eso le quedó claro, pero haría otra cosa también, y eso le quedó más claro aún, se daría gusto de matar a Ibáñez; eso haría. A puñaladas para que más le doliera; la sola imagen le dibujó una sonrisa.

DIECIOCHO

Jefatura de Policía
Mexicali, Distrito Norte de la Baja California
29 de diciembre, 1924

Dejé el tubo del teléfono sobre el escritorio, la voz del reportero aún salía de la bocina. Los dos gendarmes seguían en la entrada fumando sin prestar atención a nada más. Miré hacia la oficina de Herrestrosa. Solo el asomo de luz por debajo de la puerta cerrada indicaba su presencia. Seguramente bebía mientras leía los diarios. Mis manos temblaban. Habían dado con conmigo. Quizá debía escapar de una vez, pero no tenía dinero como para irme muy lejos. Podría hablar con Mow Feng y pedirle plata y que me diera asilo su *tong* en San Francisco o Los Ángeles. ¿Habría ya dado aviso al señor Espíndola? Quizá pueda comprar su silencio. Mis pensamientos se tropicaban en la cabeza. Saqué la cigarrera y tomé un cigarro.

—Sus días están contados —dijo una voz detrás de mí.

Llevé la mano a la cintura en busca de mi Parabellum y me di la vuelta para ver al de la voz. Era uno de los gendarmes que me sorprendió viendo hacia la oficina de Herrestrosa. Me ofrecía fuego para encender el cigarro.

—Yo que usted nomás nadaba de muertito mientras lo corren porque ese fiambre de El Tecolote no le importará al nuevo jefe. Estaba viviendo horas de más, ya debía muchas.

Encendí el cigarro mientras veía el rostro moreno y cacarañado del gendarme. La puerta de la oficina de Herrestrosa se abrió. El gendarme regresó a la entrada de la Jefatura de Policía con una mueca socarrona cruzándole el rostro. El Inspector General nos vio con algo parecido al desprecio.

—¿No tiene un asesinato que resolver? —Preguntó tomando su abrigo y su sombrero de la percha dentro de su oficina—. Voy a Palacio de Gobierno a informar al gobernador —dijo antes de subir las escaleras del sótano donde se encontraba la Jefatura. —Algo más, usted que tiene buenas relaciones con los chinos, ¿sabe algo de lo ocurrido esta mañana? —preguntó desde un peldaño.

—No, señor inspector. Nada más allá de lo que salió en los diarios — respondí.

Herrestrosa no dijo palabra. Siguió su ascenso hacia la salida del Palacio Municipal. Desde la ventana, lo vi salir con paso raudo.

—De muertito, amigo, nade de muertito —dijo el gendarme y salió junto a su compañero.

El gobernador Rodríguez había puesto cierto orden entre los dos *tongs* chinos. Los tenía amenazados con la repatriación si reiniciaban sus conflictos. Así que el asesinato del líder del Chee Kung Tong no pudo haber ocurrido sin la venia del gobernador. En pocas palabras, estaba autorizando el reinicio de la guerra.

Eustaquio Bernal, el cagatintas nocturno, entró a la Jefatura como empujado bruscamente por el frío. Era un hombre bajito, de traje de tres piezas y sombrero canotier de listón negro. Me saludó amablemente mientras colgaba el abrigo y el sombrero sobre la percha.

—¿No está el jefe? —preguntó viendo hacia la oficina de Herrestrosa.

Le dije que el inspector se había marchado minutos antes para informar al gobernador sobre el caso de El Tecolote. Hizo un gesto de reprobación al ver el tubo del teléfono fuera de su lugar. Lo cogió con parsimonia y lo colocó en su lugar.

—¿Dónde se hospeda la gente cuando viene de la Ciudad de México? —le pregunté.

—En el Hotel Imperial, inspector —dijo Bernal.

Aún no podía quitarme de encima la voz del *reporter*, me empezó a asaltar la ansiedad de saber su próximo movimiento.

—¿Le pasa algo, inspector Bocanegra? —preguntó Bernal.

—Nada... bueno, lo de El Tecolote me trae un tanto preocupado. ¿Desde cuándo trabaja aquí, licenciado?

—Desde siempre. Estuve antes en Ensenada cuando aún era la capital, luego el coronel Cantú me trajo para acá cuando trasladó el poder para este infierno —me dijo con un aire de nostalgia por el puerto.

—¿Conoció usted a Filemón González?

—Tanto como conocerlo, no. Pero tenía que soportar su presencia porque visitaba frecuentemente al coronel Cantú. En aquel tiempo yo era secretario particular del coronel. Y González era uno de sus hombres de confianza —dijo esto último con un tono cómplice.

—¿Alguna idea de quién pudo haberlo asesinado?

Eustaquio Bernal volvió su mirada hacia la oficina de Herrestrosa. Solo cuando sintió que realmente no estaba ahí descansó su cuerpo en la silla. Me miró como sopesando el riesgo de confiar en mí. Se aflojó el collarín que sujetaba su corbata.

—Suéltelo, licenciado. Estoy estancado y el inspector se está impacientando —espeté con un tono de enfado.

—Pues empiece por ahí —dijo moviendo la barbi-
lla hacia la oficina de Herrestrosa.

—¿Cómo? ¿Qué me quiere decir?

—Puede que no sea nada, pero... aquí estuvo....

—¿Quién?

—El interfecto. Filemón González estuvo en la
oficina del inspector el sábado.

—¿De qué hablaron?

—Eso no lo sé, pero cuando González se fue el
inspector general salió minutos después con el rostro des-
encajado.

Las puertas de la jefatura se abrieron abrupta-
mente y un par de gendarmes forcejeaban para someter
a dos yanquis ebrios. El incidente ocupó la atención del
licenciado Bernal. Tomé el sombrero y el abrigo. Me puse
los guantes para salir de ahí, tenía una cita con el cónsul
mexicano en Calexico y se hacía tarde.

Téllez no se encontraba por ningún lado, así que
tomé un taxi hacia el puerto fronterizo. ¿Qué relación po-
dría tener González con Herrestrosa? Será que el inspec-
tor general es parte de la conspiración de la que habla Al-
drete. El cónsul Saúl Maytorena me recibió en su oficina
del Consulado de México en Calexico. Maytorena era el
principal informador de la Secretaría de Gobernación de
lo que ocurría en la frontera. Enviaba informes cotidianos
al presidente Calles sobre la situación del Distrito Norte.
El cónsul tenía informes de que González y Cantú mante-
nían comunicación. Después de hacerme jurar discreción
absoluta, me informó que había recibido un telegrama del
cónsul en San Diego, apenas unos minutos atrás. El ejér-
cito norteamericano arrestó a 150 hombres que planeaban
tomar Tijuana al iniciar el año nuevo.

—Esta información es altamente delicada y solo la conocen unos pocos, pero dado el clima político de estos días, se la comparto —dijo el cónsul— Quizá Filemón González estaba al tanto del ataque, lo torturaron y echó de cabeza la ubicación de los rebeldes—agregó.

Lo que no sabía el cónsul Maytorena es que González no tenía huellas de tortura, aunque pudieron haberlo amenazado con un arma. ¿Y la Spitzer? ¿Para qué ponerla?

La información era importante mas no contundente. Aún tenía que tomar en cuenta otras hipótesis. ¿Y si todo se tratara de un simple crimen pasional? Sin la presencia de Pearl Rory sería difícil comprobarlo. A mi regreso a Mexicali pasé a la oficina de Migración aún en Calexico. Ahí me entrevisté con Mr. McCarthy, el inspector de Inmigración, ni él ni ninguno de sus oficiales podría asegurar que la hetaira había cruzado la frontera. Sin embargo, pudo haber cruzado por el río o por cualquier otro lado, solo los inocentes cruzaban la frontera por el quiosco migratorio, al fin y al cabo, la frontera era una raya en la tierra que se movía con los vientos frecuentes de por aquí.

Cuando crucé a Mexicali la noche había caído y el dolor de cabeza me atormentaba, mi cuerpo empezaba a temblar. Mi rodilla resentía el cansancio y el frío. Pensé en ir a El Tecolote para pescar cualquier rumor que me sirviera de guía. Solo que antes necesitaba atenuar la jaqueca y el sacudimiento en mis manos. El inspector McCarthy había notado mi cuerpo inquieto. Aduje fiebre, pero no sabía si el yanqui me había creído del todo. Caminé amortiguando un poco el paso con el bastón hacia el consultorio del Dr. Arizmendi, a unos metros del Bar Prado. A pesar de la hora permanecía abierto. Había un hombre esperando sentado sobre una butaca. A los minutos salió una mujer de la puerta del consultorio, la voz del doctor Arizmendi

se oía detrás de ella dándole unas últimas indicaciones. Mi visita no le cayó en gracia, mas no podía ignorarme. Despidió a la mujer y se excusó por un momento con el hombre que esperaba. El doctor Arizmendi y Luis Mow Fong tenían una deuda conmigo, al doctor se le pasó la mano en un jueguito sexual y asfixió a una meretriz china en los sótanos de La Casa Blanca. Yo estaba con Wen esa noche y me enteré de lo que ocurrió. Desde entonces ambos pagan mi silencio con morfina y opio cuando es necesario. El doctor me inyectó una dosis y me dio media docena de ampolletas.

Salí de ahí rumbo a El Tecolote, supuse que no habría mejor lugar para capturar rumores. El ambiente era una calca de la noche anterior. Me abrí paso entre los cientos de norteamericanos que bebían todo tipo de libaciones. Caminaba sin dolor alguno, el bastón lo usaba para hacer camino. Parecía estar en un bar estadounidense, los comensales eran todos yanquis así como los cantineros. Afuera había un grupo de sindicalistas gritando consignas exigiendo empleos que la nueva ley estipulaba. Noté la ausencia de Revueltas entre los manifestantes. Hace tres años se había incendiado El Tecolote y la autoría estaba entre estos sindicalistas o gente infiltrada del Woman Christian Temperance Union del Valle Imperial. Nunca se aclaró. Ahora, la ciudad entera era un polvorín viendo cómo su mecha prendida serpenteaba lentamente hacia su interior. El ominoso panorama del futuro inmediato empezó a marearme y me senté en un banco de la barra.

Me hice de un tequila para calmar ese mareo que se intensificaba con los acordes sincopados de un jazz. Empecé a sentirme eufórico. Lo bebí con presteza y pedí un segundo trago a Paul Huntington. Una vez más Huntington insistió en darme whisky, como la noche anterior.

Acepté. El whisky calmó mi ansiedad y pensé nuevamente en Filemón González, en su muerte, en la suya propia, en la de todos. Pensé también en este lugar. El Distrito Norte de la Baja California parecía atraer la escoria de todas las civilizaciones, lo peor de lo peor venía a este hoyo infernal para satisfacer sus bajos instintos. Hombres y mujeres en fuga, engañados bajo la quimera de la segunda oportunidad, llegaban todos los días a este infierno. Aquí confluían los criminales natos de los que hablaba el maestro Lombroso, las razas inferiores condenadas a delinquir empujadas por atavismos, ajenos a su libre albedrío. Chinos, indostanos, japoneses, negros, indios, mestizos y la escoria blanca, todos aquí en espera de que la atmósfera agresiva, el ambiente opresor o la herencia reclamaran el zarpazo criminal.

¿Y yo? De repente me asaltó nuevamente la duda: ¿Y si todos estuvieran equivocados? ¿Y si no existieran los criminales natos? En el poco tiempo habitando esa zona agreste había tratado con esas otras razas que antes solo conocía por las lecturas de las eminencias científicas. Había en ellas, como en todas, elementos criminales, pero también destacados hombres y mujeres de provecho. Quizá Agustín, el verdadero Agustín, tuviera razón, lo recordé entusiasmado hablándome de sus lecturas recientes la última vez que lo vi, cuando el destino nos reunió sólo para arrebatármelo después. “No es la herencia sino las condiciones de opresión las que influyen en los actos criminales. El Dr. Boas propone que no hay tal inferioridad racial, que se trata de prejuicios raciales”. Lo oía hablar con interés y entusiasmo, aunque sabía que en el fondo buscaba una esperanza, algo que me salvara del germen criminal que traía dentro, condenado por mi sangre indígena y, como agravante, mi inversión sexual. ¿Acaso no

fue ese germen criminal el que me empujó a asesinar a aquel *reporter*? Pero, ¿y mis otros muertos? No ha sido ese el único muerto que tenía en mi haber, el primero sí, mas no el único. Sabía que ya había llegado la hora de confrontar todo. Las palabras de aquella india volvieron a asaltarme. No estaba huyendo de la muerte, la estaba buscando.

Bebía de mi tercer whisky cuando el gendarme Téllez se abrió paso entre la gente para darme la noticia de otro muerto. Me puse de pie súbitamente y sentí de nuevo un leve mareo, un hombre elegante de traje blanco me tomó del brazo y evitó mi caída.

—Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios —dijo con voz tersa viéndolo a los ojos.

—¿Cómo dice? —le pregunté.

—La santa escritura, Corintios 6:19. Su cuerpo, amigo mío, es templo de El Señor. ¿Acaso no cree en Dios?

Otro predicador, aunque este era muy distinto al que predicaba en las calles. Noté su arma guarecida en una sobaquera que pendía de su hombro. Agradecí el gesto balbuceando algo, pero el hombre de blanco se adelantó:

—Dios me puso en su camino, amigo. Quiere que le recuerde que su cuerpo es templo de El Señor, cuídelo.

Hice un mohín que intentó ser de gratitud por el consejo. Estaba aturdido, no por el licor sino por la familiaridad del rostro de ese hombre. Estaba convencido de haberlo visto antes. Tomé el bastón y seguí a Téllez, olvidé las palabras del desconocido mas no su cara. Mi memoria no era la misma de antes.

Había perdido la noción del tiempo y Téllez me dijo que eran las cero horas. Afortunadamente, no tuve

que ir muy lejos, el cuerpo se encontraba nuevamente en The Yard. Esta vez tocó en la habitación cuarentaicinco asignada a May Field, la joven americana que había sido amiga de Pearl Rory. El cuerpo del hombre presentaba el mismo tajo en el cuello. Al igual que Pearl, no había señal de May Field en su cuarto. Su ropa seguía en el ropero. No descartaba que ambas hubieran sido asesinadas también, a menos que fueran cómplices del asesino. Este muerto, como el anterior, también era mexicano. Sin embargo, a diferencia de González este estaba vestido. En la duela había un charco de sangre. El cuerpo, aunque descansaba sobre su espalda, había caído de cara, así lo indicaba un golpe en la frente. El asesino, o asesina, lo había volteado. Entonces fue sorprendido por la espalda al entrar al cuarto. Se acercó al cadáver y empujó su barbilla hacia atrás para inspeccionar la tráquea; ahí estaba, una Spitzer. No había duda, había un asesino suelto y no pararía hasta que terminara de enviar su mensaje.

No fue difícil identificar al occiso, se trataba de Alberto Pecina. Según el gendarme Téllez había sido por un tiempo el inspector de Inmigración, pero ahora tenía una agencia aduanal. Esto me permitió conjeturar un posible móvil; quizá Pecina había perjudicado, durante su tiempo como inspector de inmigración, a alguno de los lenones o a las bandas que traficaban con mujeres y ahora que ya no tenía el poder había llegado la hora de vengarse. Pero, ¿y González? Habría entonces que buscar alguna conexión entre Filemón González y Pecina. Escuché algunos gritos y la algarazara propia de los reporteros que hacían lo posible por entrar. José Esperón de “El Monitor” logró colarse para disparar una fotografía. La mirada en su rostro sugería conocer al asesinado. Me disponía a interrogarlo cuando su cuerpo fue desplazado por Herrestrosa quien ordenó

expulsar a todos los mirones del área. El inspector general observó al muerto y antes de emitir palabra alguna fincó su vista una segunda ocasión en el cadáver. Ahí la dejó por un largo momento. Su rostro acusó preocupación. No me pidió el parte inmediatamente. Se quedó inmóvil con la vista perdida, como rasguñando la razón.

—Se trata de Alberto Pecina, señor inspector —dije más para sacarlo de su trance que para informarlo.

Herrestrosa atinó a sacudir la cabeza afirmativamente.

—Las muertes están conectadas —agregué poniendo la Spitzer entre mis dedos pulgar e índice—. Si las mujeres no fueron cómplices o autoras de los asesinatos entonces habrá que empezar a buscar sus cuerpos también —dije.

Ante su silencio aventuré un perfil criminal, eso siempre me compraba un poco de tiempo.

—Podría tratarse de un asesino movido por instintos atávicos, quizá un hombre de una raza inferior que siente el llamado de la sangre como movido por un ritual.

—¿Un negro o un indio? —preguntó el inspector interrumpiéndole.

Aunque solo improvisé el perfil criminal porque eso siempre impresionaba al inspector, me vino a la mente en el indio Fardlow Urchuta, pero no lo mencioné.

—Prefiero no conjeturar, no solo esas razas presentan atavismos, señor. Además, está la bala, eso agrega otro misterio. Es definitivamente un mensaje.

Herrestrosa salió de la habitación. No iba molesto, más bien parecía acongojado. Regresé mi atención a la escena del crimen. Tan solo habían transcurrido poco más de veinticuatro horas desde el primer homicidio; el asesino tenía prisa. Estaba aquí de paso, tenía una misión.

Además de la orden no publicada de no afectar los intereses del gobernador en el casino, no entendía obstinación del inspector general por resolver estas muertes. Después de las pesquisas de rutina con el administrador, prostitutas y testigos tenía una lista de cinco clientes, pero esta vez no perdí tiempo en entrevistarlos. No descartaba a Revueltas y quizá al indio Fardlow. En caso de ser el cucapá, su motivación sería meramente económica, así que aún faltaría dar con el autor intelectual y el indio no era de habla fácil. Revueltas sí tendría una motivación personal, así que tendría que buscar por ahí. Por el momento me concentré en una mujer a quien un cantinero vio salir con May Field. Solo dijo que era blanca de pelo oscuro. No supo decir si era mexicana o americana, aunque se inclinaba más a que fuera yanqui.

—La vi llegar esta tarde —dijo.

—¿A quién?

—A la mujer de pelo negro. Pidió un Gin Rickey y me preguntó por ella, por May Field.

—¿Para qué la buscaba?

—No lo sé. Me mostró una foto y dijo que era su amiga.

—¿Te preguntó por ella o te mostró la foto?

—Las dos cosas... o no lo recuerdo... Sí, creo que me mostró la foto y yo reconocí a May.

—¿Y no preguntó por Pearl Rory?

—No. Además, dijo que acababa de llegar y traía equipaje.

—¿Dijo dónde se hospedaría?

—Dijo que estaría aquí enfrente en el Imperial.

Salí de El Tecolote rumbo al Hotel Imperial. Crucé la calle evadiendo a las docenas de personas que se arremolinaban entre los bares de la calle Melgar. Noté

la presencia de varios hombres evidentemente foráneos; yanquis sí, pero de otras latitudes. Caminé hacia el mostrador. Le mostré mi identificación al recepcionista y le pedí los nombres de todas las mujeres hospedadas hoy en el hotel. Me dijo que solo se había registrado una mujer. Su nombre era Emily Wayne. Su habitación era la número treintaicuatro, pero a juzgar por la llave en el casillero la señorita había salido.

Sentí el peso de dagas invadir mi nuca. Giré hacia mi espalda y vi que era vigilado por varios hombres. Ninguno rehuyó mi mirada. Seguían observándome como si el extranjero fuera yo. Reconocí a los italianos que había visto en El Tecolote. No había duda, la cumbre entre estos *dagos* y el gobernador era real. Le pedí al *concierge* que no informara de mi visita a la señorita Wayne y me despedí. No tenía caso esperar ahí, por lo menos ahora tenía un nombre. Estaba a punto de salir cuando recordé a otro huésped de este hotel. Regresé al mostrador. Le pedí revisar el registro de huéspedes de ese día. El hombre puso la libreta frente a mí y atendió una llamada. Ahí estaba. Ismael Cartagena. Habitación setentaitrés. Deslicé la libreta hacia el *concierge* y me retiré.

Salí del Hotel Imperial sin rumbo fijo. Necesitaba deambular por las calles, dejar que el viento frío y la lluvia empujaran las ideas. No dejaba de pensar en el *reporter*. ¿Cómo evitar que Cartagena avisara al señor Espíndola? ¿Lo habrá hecho ya? ¿Cómo sabía su nombre? Pensé en sobornarlo, pero el señor Espíndola podría fácilmente ofrecerle mil veces más lo que yo le ofreciera. No había que darle vuelta al asunto, solo había una manera de evitarlo. Un gringo chocó con mi hombro. Su cara era una oda a la ebriedad. Vio mi bastón y se disculpó levantando su sombrero. Preguntó si me habían herido en la guerra.

Le respondí que sí. El yanqui dijo que había peleado en Francia y luego se despidió con un saludo militar.

El gringo me hizo recordar los dos muertos de la Spitzer. ¿Será posible que los haya cometido una mujer? Eso no cuadraba con mis enseñanzas criminológicas, las mujeres, por lo general, eran criminales ocasionales, enajenadas por los celos o la histeria. Sin embargo, aquí había elementos de premeditación. Podría aceptar que esa mujer hubiera sido una amante despechada que mataba por celos si se tratara de una sola víctima, pero en ese caso había dos muertos y un mensaje que aún no podía descifrar. ¿Estábamos acaso ante una víctima de violación que viene a vengarse? La clave estaba en encontrar la conexión entre González y Pecina. ¿Por qué insertar una Spitzer en su cuello? ¿Qué posible mensaje tendría? La Spitzer, una bala para un rifle alemán, ¿podría ser eso? ¿Acaso estaba frente a una misión de limpieza de espías alemanes? La guerra había terminado hacía años, pero quizá serían venganzas por algo ocurrido durante ese tiempo. Según rumores Cantú había sido vigilado por su posible nexos con los alemanes, ya que su esposa era alemana y él mantenía una relación cercana con su cuñado, Pablo Datto, quien había sido investigado por los norteamericanos también.

Mientras caminaba cubriendo mi rostro del frío de la madrugada y pensando posibles móviles para estos crímenes evagué su presencia, su cuerpo, su voz. Quise conversar con él, sentir sus manos, descifrar juntos estos crímenes y escuchar de su voz que yo no era un asesino. Seguí, enajenado, las bombillas que iluminaban el camino hacia el barrio chino, ahí donde podía verlo entre nubarrones, donde podía volver a ser Bernardo.

DIECINUEVE

Mexicali, Distrito Norte

30 de diciembre, 1924

No pasé la noche en La Casa Blanca, salí de ahí muy de madrugada, hice una diligencia obligatoria y regresé a la pensión cuando todo mundo aún dormía. Téllez pasó por mí a las cinco de la mañana. Me informó que habían encontrado un muerto en el Hotel Imperial.

—Ha de ser de uno de los forasteros que llegaron estos días, un italiano, quizá —dije.

—No, es paisano, bueno, es mexicano. Dizque periodista —respondió Téllez.

—Vaya manera de terminar el año.

Los muertos se apilaban. Además, el asesinato de Cam Mow Cho y varios de sus hombres había tensado aún más el ambiente. La respuesta del Chee Kung Tong vendría en cuestión de horas, no podría ser de otra forma.

—A usted no le tocó mucho —dijo Téllez — pero en tiempos de Cantú cuando un chino era asesinado no había mucho que investigar, ellos mismos se encargaban de dar con el culpable y castigarlo, pero estos no son tiempos normales, el coronel ya no está. ¿No siente usted el ambiente, señor inspector? ¿No oye usted ese crujir de dedos? Es la muerte, se truenan las falanges esperando recoger su cosecha —sentenció Téllez con dramatismo.

—Usted debió ser escritor —le dije.

El cabo sonrió como avizorando un futuro mejor. Téllez había acudido a la Chinesca para abrir un expedien-

te sobre los asesinatos del día anterior. Me describió la escena del crimen. Dijo que los cuerpos tenían múltiples perforaciones.

—Usaron una Tommy Gun, esto trae la firma de los de Chicago, se me hace que ya no es rumor, inspector. Ni nosotros tenemos una de éstas —dijo Téllez arremolinando sus tiosos bigotes nuevamente.

Tenía razón, solo conocíamos la Thompson por nuestros vecinos de Calxico, el Sheriff Silver nos advirtió del nuevo juguete de los mafiosos en Chicago porque ya se habían presentado muertes con esa arma en Los Ángeles.

—¿Será que hay alianza o que los italianos vinieron a disputar el tráfico de licor? —le pregunté.

Algunos cuerpos quedaron tendidos en plena avenida Vicente Guerrero, justo en el barrio de la Chinesca. Otros más, incluido el del líder del Chee Kung Tong, fue encontrado dentro de las oficinas.

—Si no fueron los italianos yo creo que ya va a empezar la guerra otra vez. Los *tongs* dejaron de respetar las reglas —sugirió Téllez con su acostumbrada nostalgia por los tiempos de Cantú—. Sólo digo que la vida era más sencilla, cada quien conocía su lugar. —Agregó con un dejo de disculpa cuando vio el gesto de enfado que se montó en mi rostro.

Le pedí que me dejara en la oficina de Pecina.

—¿No me va a acompañar al Imperial, inspector? —me preguntó Téllez.

—Herrestrosa quiere resultados en los muertos de El Tecolote. Ahí está la prioridad —respondí.

Me despedí del cabo. Tenía que continuar con la investigación de Pecina y el gobernador había ordenado que nadie se metiera con los crímenes entre chinos.

Por mí, mejor. No quería enemistarme con alguno de los *tongs*. El muerto del Hotel Imperial, por el momento, no era de mi incumbencia.

Pecina Imports & Exports era el nombre de la agencia aduanal de Alberto Pecina. Se ubicaba en la Primera Sección, en el cruce de la avenida Francisco I. Madero y Morelos. La secretaria se presentó a trabajar como todos los días, ignoraba la muerte de su jefe. Era una mujer de belleza discreta que portaba cierta elegancia modesta al vestir. Su cabello y vestido largo ponía distancia de las jóvenes *flappers* o pelonas, como les llamaba la prensa. La supuse viuda y no me equivoqué, lo confirmé cuando se presentó como Olivia Flores viuda de Peralta. Esperé un tiempo prudente para que el impacto de la noticia pasara.

—El negocio iba bien, hubo momentos bajos por la caída del precio del algodón, pero otros productos seguían exportándose por la gran demanda —dijo.

La secretaria desconocía si Pecina tenía enemigos, mas no se mostró sorprendida del lugar donde ocurrió su muerte.

—Era un hombre soltero y de dudosa reputación moral —dijo esto con soterrada pena por trabajar para él—. Yo tuve que trabajar aquí porque no había más y paga, quiero decir, pagaba bien. Cuando uno tiene hijos trabaja hasta para el diablo —se excusó.

Salí del lugar con una pista valiosa, la tarde de ayer Pecina había recibido un recado a través de un niño andrajoso que insistió en hablar con él personalmente. La señora Flores le prohibió el paso, pero el chico insistió y le pidió que le informara que iba de parte de Encarnación Sánchez. Pensé que por fin tenía el nombre de la misteriosa mujer. Le pediría a Herrestrosa que ordenara su búsqueda en los hoteles con el fin de someterla a un interrogatorio.

Por la tarde moría de hambre, caminé hacia el San Diego Café con un paso tranquilo. El dolor de la rodilla había amainado y caminaba sin apoyarme en el bastón, aunque seguía llevándolo en todo momento.

El viento helado y la lluvia de la noche anterior habían asentado el polvo de las calles. Había fango y charcos por todas partes. La sierra asomaba sus múltiples cabezas sobre la ciudad y el sol desnudaba su fragilidad. Sus construcciones incipientes, sus edificios derruidos por incendios, sus hombres y mujeres en fuga. Sus ebrios vencidos por la batalla perdida nadando en el lodo de sus calles. Pero también el lado laborioso de esta región, los vagones del Inter-California Railroad cargados de algodón, los comercios, sus hoteles. Al entrar al San Diego Café vi a José Esperón, el periodista de “El Monitor” que había tomado la fotografía de Pecina. Hubiera querido evitarlo, desde el incidente en El Gallo de Oro rehuía a todos los de su gremio. Su presencia me hizo recordar a Cartagena. Esperón me vio sentarme en una de las mesas que daban a la ventana. Una mesera gringa se me acercó solícita. Pedí un café y un desayuno americano. Esperón se acercó con una hoja en la mano. Me saludó y tomó asiento sin molestarse a esperar cortesías.

—Esto saldrá mañana —dijo extendiéndome la hoja mecanografiada.

Observé su rostro regordete, ahorcado por el collarín y la corbata.

—Es un borrador, no haga caso de las faltas tipográficas —agregó.

Tomé la hoja y empecé la lectura.

—Aquí vengo a corregir mis escritos antes de enviarlos a prensa, ¿sabe?

Volvió a comentar el periodista. Alcé los ojos hacia él. Esperón comprendió mi mirada y guardó silencio.

La nota vinculaba dos de los más recientes asesinatos con la muerte en 1914 de Encarnación Sánchez, un hombre que vino desde Los Ángeles en busca de su hija Amelia Sánchez, quien había sido secuestrada. Proponía que se trataba de una venganza hacia todos los involucrados de aquel asesinato. Filemón González fue el encargado de dirigir el fusilamiento de los señores Encarnación Sánchez, José Varela y Pedro Flores. Esos hombres, al cruzar la frontera de Calexico a Mexicali, fueron acusados de espionaje y sentenciados expeditamente a fusilamiento por traición a la patria. Sin embargo, sus cuerpos fueron dejados a la vera del Río Nuevo por largo rato y cuando quisieron enterrarlos horas después, sólo encontraron dos cuerpos. Pedro Flores logró sobrevivir fingiendo su muerte, se arrastró hasta el río y llegó a Calexico. Allí denunció los hechos y se abrió una investigación. Inmediatamente los estadounidenses encarcelaron a Alberto Pecina, Inspector en Jefe de Inmigración y a Epifanio Herrestrosa, Juez de Primera Instancia, por haber ordenado el fusilamiento de un ciudadano americano. Sin embargo, ambos salieron libres por falta de pruebas o, insinuaba maliciosamente Esperón, por intervención del entonces gobernador Cantú. Según Esperón, con las muertes acontecidas en estos días en Mexicali, sólo sobrevivían tres personas asociadas con el fusilamiento: el ahora Inspector General de Policía Epifanio Herrestrosa, Amelia Sánchez y Pedro Flores. De Amelia Sánchez y Pedro Flores no se conoce su paradero. Dicen que el mentado Crow vendió a la chica en un burdel de Tampico o de Juárez. De los soldados que participaron en el fusilamiento nadie sabe ni sus nombres. Eran del ejército de Cantú, lo más probable es que hayan

abandonado Mexicali cuando le quitaron la gubernatura. Al inspector Herrestrosa lo vemos frecuentemente en los casinos “vigilando” el bienestar de los ciudadanos norteamericanos, decía maliciosamente la nota. Concluía con preguntas: “¿Por qué guarda silencio el Inspector General de Policía? ¿Quién será la siguiente víctima?”.

Cuando terminé de leer le regresé la hoja, me mantuve en silencio hasta que la mesera terminó de servirme café. Bebí el brebaje y le pregunté a Esperón qué esperaba de mí.

—¿Me va a decir que las dos muertes no son altamente sospechosas? ¿O ya lo sabía? —preguntó.

No respondí inmediatamente, esperé un momento bebiendo café. No quise admitir que la información me sorprendía, no porque sugería que las muertes estaban relacionadas entre sí, eso lo sabía por la degollación y la bala, sino porque el inspector Herrestrosa no me lo hubiera mencionado. Recordé al cagatintas Bernal. Además, la nota revelaba que Encarnación no era el nombre de la asesina, sino del hombre asesinado hace diez años.

—Ahora le toca a usted corresponder a mi gesto, ¿qué me puede decir de los dos asesinatos? —preguntó el periodista.

No tenía la intención de revelarle la pista de las balas, así que le dije que no había nada más.

—Está bien, pero le suplico que me dé exclusividad si logra dar con el culpable — dijo el periodista mientras se ponía de pie—. Sé que usted apenas tiene cuatro años aquí y por lo tanto no conoce bien al inspector Herrestrosa. Pero dejó muchos enemigos mientras fue juez de primera instancia.

Lo vi retirarse y salir del café, pero me dejó con varias interrogantes. ¿Qué habrá sido de Amelia Sánchez?

¿Estarán ella y Pedro Flores detrás de los asesinatos? Pero si la joven fue vendida lejos de aquí muy probablemente siguió esa vida, pocas mujeres pueden salirse de ella. Pensé que el Sheriff Ralph Silver podría auxiliarme ya que ellos habían arrestado a Pecina y a Herrestrosa. Entré a la cabina telefónica del restaurante. Solicité una llamada con la Oficina del Sheriff. Silver no se encontraba en su oficina, así que tendría que esperar unas horas más.

VEINTE

La Chinesca
Mexicali, Distrito Norte
30 de diciembre, 1924

Luis Mow Feng regresó de Los Ángeles a primera hora. Después de su reunión con los líderes del Chee Kung Tong tenía prisa por regresar a Mexicali. Habría que responder a la agresión del Lung Sing Tong con igual fuerza, así que se hizo de media docena de subametralladoras Thompson y otras armas. Se sabía en desventaja, el asesinato de su padre sugería que el gobernador había tomado un lado en el conflicto. A los pocos días de ser nombrado gobernador, el general Rodríguez entró al edificio del Chee Kung Tong, acompañado del capitán Refugio Aldrete. Su estancia fue mínima, tan solo les informó el monto de la nueva cuota que habían de pagarle para continuar operando los casinos, prostíbulos y fumaderos de opio. Fue muy claro, aplicaría el artículo 33 contra los líderes de ambos *tongs* si aparecía un chino muerto más. No habría ninguna guerra entre logias chinas mientras él fuera gobernador. Antes de abandonar la oficina del Chee Kung Tong, le advirtió a Cam Mow Cho: “Sépalos de una vez, no confío en ustedes, usted era socio de Cantú y si uno solo de sus dólares financia la causa traidora del exgobernador, yo mismo traigo a mi gente y le prendemos fuego a este edificio y a todos sus negocios”. Para Mow Feng el mensaje era claro, La Mano Negra o Lung Sing Tong, había asesinado a su padre en plena calle

con el consentimiento del general Rodríguez. Así lo comprendieron los líderes del Chee Kung Tong de Los Ángeles, San Francisco, San Diego y Oakland, todos ellos estuvieron presentes en la reunión.

Cruzó sin problema alguno por la aduana mexicana. Durante su regreso pensó cuidadosamente su siguiente paso. Primero, un ataque contundente, frontal, en las oficinas del Lung Sing Tong. Pero Mow Feng sabía que solo la muerte de Chan Sau terminaría con la guerra y el gobernador tendría que negociar con el Chee Kung Tong. Llegó a La Casa Blanca, donde ya lo esperaban dos de sus hombres vestidos a la usanza china. La lluvia arreciaba, varios chinos salieron del casino para introducir el armamento al sótano. Mow Feng bajó del Packard que lo trajo desde Los Ángeles. Dio una orden a un subordinado y continuó su andar nervioso hasta adentrarse al sótano. Parte del casino estaba en reconstrucción después del incendio que había destruido el segundo piso apenas un año atrás. No obstante, continuaba recibiendo opiómanos, apostadores y hombres en busca de prostitutas chinas. El ahora líder del Chee Kung Tong entró a un salón amplio y húmedo dentro del laberinto de sótanos. Era el salón para asambleas secretas. Caminó hacia una de las esquinas donde se encontraba un escritorio de madera. Se sentó y encendió un cigarro. ¿Cuál sería su siguiente paso? Tendría que ser cauteloso, no era ingenuo, sabía que podría tener traidores en sus filas, el barco hacía agua y las ratas buscaban tablas de salvación. Ya no eran ellos los más poderosos en la ciudad. Además del aumento en las cuotas para el gobernador Rodríguez, ahora tendría que comprar su mercancía directamente al Lung Sing Tong. Chan Sau, el asesino de su padre, pronto sería el dueño del barrio chino. Con la protección el gobernador Sau mismo se apersonaría en La

Casa Blanca para cobrar la cuota que les permitía seguir funcionando. No soportaría esa humillación, verlo entrar con su sonrisa socarrona, su mirada altiva y exigiendo que solo Luis Mow Feng en persona le diera el dinero. No, preferiría la muerte antes que sufrir esa humillación. Entonces, pensó Mow Feng, solo había un camino, sabía que la gente leal a Cantú tenía planeado asesinar al general Rodríguez en El Tecolote durante la celebración del Año Nuevo. Se lo había dicho su padre antes de morir. Ahí estaría Cha Sau para cerrar la alianza con los italianos. Mow Feng pensó que él mismo se abriría paso entre los comensales y le devoraría el corazón con dientes de plomo. ¿Y si fracasaba el atentado contra el general Rodríguez? Entonces todo terminaría ahí, lo matarían a él y expulsarían del país a su gente. Quizás había más de un camino. ¿Y si convenciera al general Rodríguez de que el Chee Kung Tong es su aliado y no su enemigo? Podría pedir audiencia con el general y decirle que su padre tenía otras convicciones que no pertenecían ya a esos tiempos. ¿Y qué mejor muestra de confianza que ponerlo al tanto del atentado que sufrirá el Año Nuevo? ¿O sería mejor sumarse a la conspiración contra el gobernador? Sus hombres empezaron a llenar el salón. Por lo pronto, habría que hacer algo para levantar la moral de su logia.

Una vez que su gente colmó el salón inició su arenga vengadora. Algunos de sus hombres transpiraban desconfianza, no era para menos, Mow Feng apenas tenía unas horas como líder de la organización, hasta ese momento solo había sido el gerente del Hop Lee y el supervisor de la importación de opio y de mujeres, pero todo esto lo había construido su padre, el verdadero líder del Chee Kung Tong. Los temores se disiparon tan pronto la arenga de Mow Feng navegó entre la herencia milenaria y la

entereza de la raza. Después de las promesas y los vítores la sangre estaba dispuesta al sacrificio. Mow Feng había encantado a la cobra en el cesto, al dragón milenario bajo el agua. El salón vibraba, el sótano bailaba con la sangre henchida de varias decenas de hombres dispuestos a la inmolación por su *tong*. Entonces Mow Feng, propuso un plan. La asamblea atenta, el destino trazado, los hombres dispuestos. En el salón solo quedaron Mow Feng y dos de sus hombres de confianza. Había otro plan que discutir.

VEINTIUNO

Calexico, California
30 de diciembre, 1924

Acordaron llegar por separado. No era conveniente que los vieran juntos. Partieron en el mismo tren desde Chicago, pero una vez que transbordaron en Los Ángeles subieron a diferentes vagones. Newman se hospedaría en Calexico, la ciudad fronteriza con Mexicali, Zielinski se hospedaría en Mexicali. Tras cuatro horas de viaje el tren llegó a Calexico. Newman pidió un coche hacia el hotel y cruzó mirada con Zielinski quien se encontraba aún en el vagón esperando a que el tren siguiera su destino hacia Mexicali. No tardó en registrarse. Subió las escaleras hacia su habitación, dejó su única maleta sobre el piso y se sentó sobre la cama. Ahí se quedó largo rato observando el teléfono. Por momentos se ponía de pie y caminaba hacia la ventana. Veía la ciudad mexicana hacia el sur, una aglomeración polvosa de edificios y casas. Pensaba en su misión, una misión bastarda, ilegal, inmoral a todas luces. ¿El fin justificaba los medios? Se preguntaba qué hacer, seguir las órdenes del Comisionado Henderson o tomar el teléfono y hacer una llamada a la oficina del Procurador General. Se decidió y levantó el tubo. Pidió una llamada a la oficina de procurador.

Mientras Newman dudaba sobre la misión en su recámara del Hotel Calexico. Josep Zielinski bajaba del tren en Mexicali. Ya en el andén preguntó a un billeteiro

por el Hotel Imperial. El hombre le señaló un edificio ubicado a un par de manzanas de la Estación del Ferrocarril InterCalifornia. Caminó hacia allá por la calle Ferrocarril. En su andar vio el edificio de The Owl Theater. El enorme letrero de luces de neón era el faro que guiaba a los sedientos. Tenía una cita con el destino en ese casino. Puso la maleta en el piso y sacó una cajetilla de cigarros. Planeó entrar al casino una vez registrado en el hotel. Encendió el cigarro y sonrió. No pudo haber salido mejor, se beneficiaría doblemente; O'banion y Henderson. ¿Y si salía mal? Le preocupaba Newman. Antes de llegar a Los Ángeles hablaba de dar aviso al Departamento de Justicia. Arruinaría los planes y encima podrían llevarlos a juicio por muerte extrajudicial. Henderson lo dejó claro. Sería una misión secreta, y el bono sería también secreto y jugoso.

Llegó al Hotel Imperial, subió las escalinatas y se dirigió al mostrador. Se registró como Nowak Kowalski. La mujer rubia que lo atendió sonrió. Mi padre es polaco, dijo. Josep devolvió la sonrisa. Luego preguntó por un buen lugar para comer. La recepcionista le dio las llaves de la habitación ochenta y dos y le recomendó el San Diego Café, apenas cruzando la avenida Madero. Zielinski dio las gracias, se despidió y caminó hacia su habitación. En cuanto dejó su maleta sobre el piso pidió una llamada a Washington. Después de unos minutos lo conectaron.

—¿Está solo? —preguntó el Comisionado Henderson.

—Sí, señor.

—Tu compañero llamó al procurador general para informar de nuestra pequeña misión.

—¡Carajo! ¿Debo abortar la misión, señor director? —preguntó Zielinski.

—¡Por Dios, no! La amistad es importante en la vida, agente Zielinski. A veces más que el bien común. El procurador y yo hemos decidido que la misión es vital para la seguridad nacional.

—Es una decisión acertada, señor. ¿Cómo lo tomó el agente Newman?

—Justo de eso quería hablarle. Esto debe seguir en secreto y, para su infortunio, su compañero no parece dispuesto a cambiar de opinión. El Buró de Prohibición lamentaría mucho la muerte de uno de sus agentes, pero agentes hay muchos, oportunidades como esta pocas.

—Eso tengo muy claro, señor director. El Buró se ahorrará un pasaje de regreso —dijo Zielinski.

Del otro lado, solo se oyó el clic del teléfono.

VEINTIDÓS

Hotel Imperial, Mexicali

Distrito Norte

30 de diciembre, 1924

La mujer que lo atendió al registrarse tenía los mismos labios que Teresa. El Redentor los recordaba como si los llevara colgados en su pecho, cosquilleándole el alma. Los vio por primera vez cuando entró a un prostíbulo de la Ciudad de México. Ella también lo miró. Sobresalía de entre esos hombres sucios y bárbaros por su traje de charro negro. Uno de sus hombres se acercó a ella, la tomó del brazo y la jaló hacia él. Teresa opuso resistencia sin dejar de verlo a él, entonces decidió arrebatarla, dio un paso hacia las escaleras y les obstruyó el camino. Al ver quién estaba frente a ellos, el hombre no protestó. “Ni hablar, capitán, toda suya”, dijo y soltó el brazo de Teresa. Ahí vio más de cerca sus labios. La tomó de la cintura y subieron hasta uno de los cuartos. No pagó por sus servicios, la matrona quiso congraciarse con los villistas para que no hicieran destrozos. Se encerró con ella hasta el amanecer. Ahí supo que no se llamaba Teresa, pero quiso que le siguiera llamando así, porque su nombre real había muerto en su otra vida. Le contó todo, le dijo que su sueño había sido ser actriz y cantante, que había vivido en Los Ángeles y allá la habían contratado para una película, mas todo fue un engaño. Solo encontró la deshonor, la explotación más vil. Conservaba el gusto por el canto. A veces cantaba en ese burdel, la ma-

dama le permitía esas libertades cuando no tenía clientes. Él solo la escuchaba. Se sentía extraño, escuchando a una mujer. Con cualquier otra mujer no habría perdido tiempo, ya estuviera fumando y bebiendo con el resto de sus hombres. Pero esa mujer, joven en realidad, no podría tener más de veintidós o veintitrés años, sabía hablarle. No solo era su voz, era su forma de conversar, de tomarlo en cuenta, de hacerlo sentir que lo necesitaba y al mismo tiempo sentir que era la mujer que siempre había buscado. Mientras la oía, pensaba que descubría una parte de sí mismo, algo que había estado enterrado bajo el peso de la tradición, de una vida dura como la que había vivido. Porque en ese entonces no era el Redentor, sino el Ajustador. Antes de ser ese asesino, había sido un joven con sueños y mucho antes un niño sin malicia. Luego la vida, la puta vida, lo fue azotando con la orfandad, con la muerte de todo lo que llegó a amar y solo le dejó un revólver que recogió de la mano sin vida de su padre quien había intentado defenderlo a él y a su madre. Una mujer que solo le había enseñado a rezar, y a amar a Dios. Pero ese Dios se fue de juerga y los dejó solos para que llegaran esos hombres y lo dejaran solo en vida. Todo eso le contó a Teresa, le abrió su mundo, sus secretos. Al siguiente día ella se fue con él. Rondaron por el país y poco a poco dejaron de ser los de aquella noche y volvieron a esconderse en sus miedos. No fueron pocas las veces en que le cruzó el rostro a Teresa después de una discusión. Luego el llanto, el perdón, el sexo. Ella había acumulado golpes, los iba guardando. Él sabía que algún día lo dejaría. Tomaría sus cosas y se largaría.

La última vez que la vio fue cuando estaba tendido en la margen del río buscando la voz de su madre. Desde ahí la vio acercarse. Su sonrisa admitía la derrota, su voz quería decir “Teresa”, pero sólo le alcanzó para la sonrisa;

pensó que sería la última ocasión en que la vería, mas los planes de Dios eran otros. Lo rescató de las garras del diablo para hacer un pacto, no era la salvación sino un mero permiso para matar, para hacer su trabajo sucio. Por lo menos hasta que la encontrara, la tuviera frente a sí para hacer lo que quisiera con ella. Ese era el pacto, limpiar la tierra de la escoria humana, esa que él conocía muy bien, que la podía reconocer bajo el disfraz más sutil, lobos en piel de oveja le dijo Dios en el barritar de sus trompetas. “Tú vas a redimir a esas almas podridas, mas que no se confundan, déjaselos claro, estos nombres que te doy no alcanzan salvación. Vas a redimirlos de su iniquidad, darles muerte, solo eso”.

—¿Cuántas noches, señor? —dijo la mujer del mostrador obligándolo a verla nuevamente.

—Por lo pronto, tres noches —respondió.

Le extendió unos billetes y la joven abrió la caja registradora. Mientras lo hacía el Redentor se dirigió a ella.

—El nombre de Tomás Herreras, ¿le dice algo?

La mujer siguió en lo suyo hasta que tuvo el vuelto exacto en sus manos. Cerró la caja registradora y puso uno a uno los billetes sobre el mostrador.

—Me dice que usted busca problemas —dijo la mujer sin levantar el rostro.

—¿Lo conoce?

—No, no lo conocí, pero supe quién era.

—¿Era? —preguntó el Redentor.

La mujer miró a su alrededor. Notó a los hombres leyendo los diarios sentados en los sillones alrededor de la chimenea. Se le acercó y habló en voz baja.

—Lo mataron. Amaneció muerto en el río. Dicen que era espía y andaba alebrestando el avispero.

—¿Quiénes?

—Los hombres del gobernador. ¿Quién más?

—¿Hace cuánto?

—Dos meses atrás, sí, fue en octubre.

—¿Y la mujer?

—Esa fue la que lo delató. Le puso un cuatro y ahora es protegida del gobernador y dizque canta en El Tocolote —dijo esto último señalando un cartel en la pared.

Pablo Macabeo caminó hacia el cartel. Se anunciaba la orquesta Mexicali Brass y la actuación especial de Carmina del Monte. El nombre era otro, pero el rostro el mismo. El cartel invitaba a recibir el año nuevo en The Owl Theater. Pablo Macabeo arrancó el cartel, lo dobló en cuatro partes y lo metió en su abrigo.

VEINTRÉS

Jefatura de Policía
Mexicali, Distrito Norte
30 de diciembre, 1924

Después de hablar con Esperón me fui al Palacio Municipal. En la Jefatura busqué los archivos policiacos para conocer los reportes del incidente de Encarnación Sánchez. No había tal nombre y el cagatintas Bernal no quiso hablar del asunto, pero noté que me quería advertir algo, solo que fue interrumpido por la voz de Herrestrosa. El inspector general requería mi presencia en su oficina. Bernal bajó el rostro como apenado, dejó el bastón sobre un escritorio y caminé hacia su oficina. El inspector general se veía cansado. Me pidió tomar asiento y me ofreció una copa. La acepté.

—Cierre la puerta, Bocanegra.

Hice lo que me pidió. Sacó dos vasos de uno de los cajones inferiores de su escritorio. De ahí mismo tomó una botella de Whisky. Sirvió el licor en los vasos y empujó uno hacia mí. Ambos bebimos de un trago el whisky.

—Hoy nos amanecemos con dos muertos más —dijo Herrestrosa.

—¿Dos? Téllez me comentó solo de uno.

—Pues son dos. Y aunque parezca muy extraño están relacionados.

—¿Cómo es eso?

—Téllez fue al Hotel Imperial, el *concierge* llamó a la Comandancia muy temprano porque el huésped de la habitación 73 había pedido que lo despertaran. Cuando

abrió la puerta estaba el hombre tendido en el suelo, degollado.

—¿Degollado como Filemón González?

—Efectivamente, como Filemón González. Y como él también tenía una Spitzer en la tráquea.

—¿Pero es posible? ¿Y quién es la víctima?

—Un tal Ismael Cartagena, reportero de “El Imparcial”. ¿Lo conoce usted?

—No, nunca había oído ese nombre.

—Eso está raro, podría jurar que lo conoce.

—¿Yo por qué habría de conocerlo?

—Porque este hombre llamó preguntando por usted. También preguntó por un tal... —Herrestrosa buscó el nombre entre varios papeles—. Aquí está... Berjón, Bernardo Berjón. ¿Conoce usted alguien con ese nombre? —dijo y espero mi reacción.

Algo me decía que el inspector general estaba enterado de mi usurpación. Deslicé mi mano hacia la Parabellum de manera discreta. Traté de recordar cuántos policías había en la comandancia.

—¿Lo conoce? ¿Le dice algo ese nombre? —insistió el Inspector.

—Nada, no lo conozco —dije mientras mi mano asía el mango de mi Parabellum.

—Pues ese reportero preguntó por usted y por ese tal Berjón. Y ahora está muerto. ¿Sabe quién más está muerto y que también habló con usted?

—No, señor.

—Olegario Revueltas.

—¿Revueltas! ¿Muerto?

—El mismísimo Olegario Revueltas. Y eso no es todo... él también fue asesinado con un puñal.

—¿Degollado?

—No, le abrieron la panza y todo su interior quedó en el callejón Reforma.

—Muchos delincuentes de los barrios bajos tienen puñales, señor inspector. Sería muy improbable que las dos muertes estén conectadas.

—¿Y cómo explicaría la Spitzer?

—¿Revueltas también tenía una Spitzer?

—Como lo oye —dijo Herrestrosa con aire de triunfo, como si eso le diera satisfacción.

Mi mente intentaba darle sentido a esta información. La degollación de Cartagena y la Spitzer en su tráquea no me sorprendieron, yo mismo me había encargado de la muerte del *reporter* para evitar que diera aviso al señor Espíndola. Para mi infortunio ya le había enviado un telegrama. Pensé en obligarlo a que llamara por teléfono y desmintiera su informe. Desistí porque el viejo Espíndola no le creería. Según Cartagena ya había contratado a un gatillero que en estos momentos estaría viajando a Mexicali. Después de sacarle todo lo que sabía tuve que matarlo. Lo del tajo en el cuello y la Spitzer lo hice para que me asignaran a mí la investigación. Pero yo no había asesinado a Revueltas. Mucho menos le había colocado esa bala en las tripas. Sabía que me tenía que andar con cuidado, jugar mis cartas hábilmente para no ser descubierto. O, ¿acaso alguien me estará siguiendo? ¿Quién carajos habrá enfriado a Revueltas? Esperón no mencionó al sindicalista. Habría tenido apenas unos quince o dieciséis años en 1914. No veía la conexión con los asesinatos de González y Pecina. Esperón podría estar equivocado...

—¿Usted fue constitucionalista, no es así, Boca-negra? —preguntó el inspector general sacándome de mi reflexión.

—Sí, señor. Estuve bajo las órdenes del general Obregón. Usted lo sabe, le mostré su carta. ¿A qué viene esto? —le dije y volví a acariciar la Parabellum.

—Cierto, había olvidado la carta de recomendación que el general Obregón le escribió a Agustín Bocanegra —dijo con malicia. No me cabía duda, Herrestrosa sabía algo. El inspector continuó—. Usted sabe que acá fuimos neutrales mientras todos se mataban en México. El coronel Cantú jugó bastante bien sus cartas mientras pudo. Desarrolló todo el Distrito Norte.

—Lo sé, por eso elegí venir para acá cuando pedí mi baja del ejército. Pero, insisto, señor inspector... ¿por qué pregunta esto?

Herrestrosa tomó la botella de whisky. Me pidió acercar mi vaso con un gesto de la mano. Lo hice y lo llenó. Hizo lo mismo con el suyo. Lo levantó y brindó por Cantú. Yo no estaba seguro si se trataba de una especie de prueba. Me quedé en silencio por unos momentos. Herrestrosa dio un largo trago de su vaso.

—Vamos, Bocanegra. ¡Beba! Le voy a decir algo importante y necesito que se arme de valor.

Di un largo trago al whisky. Puse el vaso sobre el escritorio y carraspeé la garganta. Empecé a sentir un dolor de cabeza. Ansiedad.

—Sé quién es realmente usted, Bocanegra... No sea imbécil y deje su arma en paz. —dijo Herrestrosa apuntándome con un revólver al notar el movimiento de mi brazo.

—No sé de qué me habla, señor inspector.

—Yo sí lo sé. Verá usted. Agente Bernardo Berjón de la Policía Reservada, asignado a la Sexta Comisaría bajo la supervisión del capitán Agustín Bocanegra —dijo leyendo un informe sobre su escritorio y sin dejar

de apuntarme—. Asesinó a un *reporter* del diario “El Imparcial” en la cantina El Gallo de Oro en 1914. Para su mala fortuna, ese periodista resultó ser también hijo del dueño del periódico, hombre poderoso que no descansó hasta que dio con el asesino de su hijo. Berjón huyó de la Ciudad de México y no se volvió a saber nada de él. Del que sí se supo fue de Agustín Bocanegra.

Herrestrosa paró. Se veía divertido leyendo el reporte. Debió haber visto la curiosidad en mis ojos cuando pronunció el nombre de Agustín.

Cuando usted se presentó aquella noche en mi oficina hice una llamada a la Comandancia de Policía de la Ciudad de México. Pregunté por Agustín Bocanegra. Me dijeron que su familia había identificado su cuerpo entre las bajas en Celaya años atrás. Entonces lo investigué, asigné al agente Peralta para que lo siguiera. Él me informó de sus visitas a La Casa Blanca. El difunto Cam Mow Cho era fiel a Cantú y fue así como supimos su nombre verdadero. Eso me hizo saber que usted no podría ser espía, solo un prófugo más de los que venían a recalar en el Distrito Norte durante y después de la Revolución. Pedí informes de usted en el Ejército y su nombre no apareció ahí. Pero sí apareció en los archivos de la Policía de la Ciudad de México.

—¿Por qué no le dijo al coronel?

—Lo hice. Fue él quien me dijo que un hombre en fuga podía ser peligroso, pero también de utilidad. Solo me pidió que lo tuviera vigilado. Volviendo al presente, en estos momentos viaja hacia el Distrito Norte un gatillero infalible, por lo menos eso me dijo Ismael Cartagena, a quien usted asesinó, pero un poco tarde para evitar que diera aviso a su patrón. ¿Me equivoco? —preguntó Herrestrosa poniendo el informe en el escritorio.

—Está bien informado, señor inspector. Por lo visto tenemos algo en común —dijo fingiendo calma.

—¿Qué es eso?

—1914, señor.

—¡Ah, sí! Encarnación Sánchez. Justo de eso quería hablarle. Relájese. Ya verá que tengo algo que nos conviene a los dos —dijo el inspector poniendo su revólver sobre el escritorio—. Mire, cuando asesinaron a Filemón González pensé que habían descubierto la conspiración en contra del gobernador. Usted sabe que el coronel está preparando su regreso y algunos de sus antiguos colaboradores lo estamos ayudando. La Spitzer solo confirmaba esa hipótesis por la asociación del coronel con los Dato. Cuando asesinaron a Pecina pensé en lo mismo porque... supongo que Esperón le ha dicho todo...

—¿Cómo sabe que he visto a Esperón? —le pregunté.

—Después de mi conversación con Cartagena le he puesto una sombra, inspector. Desde el lunes lo sigue día y noche uno de mis hombres. Él lo vio subir las escaleras exteriores del Hotel Imperial por la madrugada y también lo vio hace unas horas con el bocón de José Esperón en el San Diego Café. Y eso explica que usted sepa lo de 1914 —dijo el inspector.

—Sí, me mostró un artículo sobre Encarnación Sánchez a cambio de información sobre las dos muertes en El Tecolote. Me dijo que mañana saldrá la nota.

—¡Excelente! Eso servirá de distracción para el gobernador que ya sospecha demasiado. Mire, Bocanegra... Berjón, no quizá sea mejor que le siga llamando Bocanegra. Amelia Sánchez no es la muchachita inocente que quisieron pintar. No fue raptada, ella huyó con The Crow, un lenón de altos vuelos que seducía a jovencitas

y después las prostituía en El Tecolote o en cualquier otra casa de asignación. Tan es así que en el juicio la joven confesó que se fue a Bisbee, Arizona, con el Crow por su propia voluntad. Eso de que haya regresado para vengarse por la muerte de su padre es para una novela de vaqueros. Ojalá eso fuera verdad, me tranquilizaría porque entonces tendría la certeza de que la conspiración no ha sido descubierta. Pero la realidad es que esa hipótesis es una tontería, pero una tontería que nos conviene. Eso nos dará tiempo para saber si nos han descubierto.

—¿No cree usted que si los hubieran descubierto los habrían fusilado ya? ¿Por qué matar de uno en uno y dejar la Spitzer como mensaje? —pregunté sin decirle que Aldrete me había pedido dar con los involucrados en la conspiración.

—Quizá no sepa de todos y por eso actúa de esa manera.

Pensé en informarle que la secretaria de Pencina dijo que un chico había ido a buscarlo y mencionó el nombre de Encarnación Sánchez, pero llegué a la conclusión de que quizá fuera prudente guardarme algo. Debía jugar mis cartas correctamente.

—Ahora que, ¿y la Spitzer en Revueltas? ¿Cómo se explica? Yo no he compartido con nadie esa información —dije.

—Esa es la parte que me tiene un tanto preocupado. La primera es que Revueltas se estaba convirtiendo en un dolor de cabeza para el gobernador por sus invasiones y protestas en los casinos, especialmente en El Tecolote. Eso sería una razón suficiente para despacharlo.

—Pero eso no explicaría la Spitzer, él no tenía esa información.

—Sí la tenía, yo mismo se lo dije cuando me pidió un reporte sobre el asesinato de González. Pudo haber usado la bala como distracción en la investigación así como usted lo hizo con Cartagena. Pero hay otra cosa, Revueltas también sabía de la conspiración. Así que si no fue el gobernador entonces fueron los que está acabando con los conspiradores.

—¿González y Revueltas trabajaban juntos? Según me informaron fue González quien asesinó al padre de Revueltas —dije.

—Revueltas era un tipo ambicioso, heredó la lengua convincente de su padre, pero no su convicción ideológica. Negoció con el enviado del coronel para unirse al movimiento.

—Si su hipótesis es correcta, hay un traidor, señor inspector.

—Lo sé. Por eso quiero que usted lo encuentre lo más pronto posible. Antes de la medianoche de mañana, para ser más específico.

—¿Por qué tiene que ser antes de la medianoche?

—Porque no quiero que nos arruine los planes de Año Nuevo, tengo algo muy importante que hacer a esa hora. Si lo logramos, volveremos a ser los dueños del Distrito Norte. Si acepta recibirá un adelanto mañana mismo. Haré que lo lleven a la pensión del gringo. Además, usted tendría mi puesto y un bono jugoso cortesía de la Colorado River.

—¿Y si todo sale mal?

—Nada saldrá mal, tenemos los hombres, las armas, el dinero y el apoyo de intereses gringos. Tenemos también a muchos inconformes dentro del ejército que con solo cortar de cabeza del gobernador se pasarían a nuestro bando, recuerde que varios soldados habían sido parte del

ejército de Cantú, él sí sabía cómo tratarlos bien. El plan es infalible, tenemos hombres apostados en la frontera esperando a la media noche para atacar el cuartel en Tijuana y otros tantos en Tecate. Otro grupo de hombres esperan cerca de Algodones para entrar en Mexicali. Tenemos tiempo planeando esto. Recordará a Tomás Herreras, antes de que lo asesinaran él reclutó hombres por todo el norte de México y el sur de los Estados Unidos.

—Digamos que su plan funciona. ¿Cree que el presidente Calles se quedará con las manos cruzadas? Es paisano del general Rodríguez.

—Eso también está considerado. Cantú se ha encargado de conseguir el apoyo político de varios senadores gringos. Ellos intercederían ante su presidente para que el Distrito Norte siguiera gobernado por Cantú. El coronel ha viajado por todo Estados Unidos promoviendo las riquezas del Distrito con unas vistas tomadas por un cineasta de Hollywood. La inversión está garantizada y Calles necesita el apoyo de los gringos. Pero aun así, si todo saliera mal usted por lo menos tendría su bono y su libertad.

—¿Mi libertad?

—Así es, ya no tendría por qué huir. Aquí tengo su certificado de defunción, se lo haría llegar al señor Espíndola y usted podría largarse de aquí o seguir como inspector, pero con un ascenso. Claro, si se queda tendría que cambiarse el nombre. Nada lo relacionará con nosotros.

Herrestrosa me veía divertido. Parecería que su vida no corría peligro, dibujaba escenarios como si estuviera en una conferencia magistral. Por lo visto no estaba enterado de que habían arrestado a 150 cantuístas y su armamento cerca de Tijuana. Otra carta más bajo mi manga.

—¿Qué dice, inspector Bocanegra? Solo encuentre al asesino y ahí mismo le da muerte, nada de arrestos, no habría tiempo. El plomo pesa más que las palabras. Lo mata usted y luego vemos cómo lo justificamos.

—¿Y quién encuentra al que viene a buscarme a mí? —pregunté.

Herrestrosa abrió una caja de puros que descansaba sobre el escritorio. Me ofreció uno. Lo rechacé con un movimiento de mi mano. Él cogió uno, trozó el hocico y lo prendió.

—De ese nos encargamos nosotros. La sombra que le he puesto podrá detectar al gatillero antes de que lo despache a usted, tenemos su descripción —dijo Herrestrosa, volvió a servir whisky en los vasos y propuso el brindis nuevamente.

Acepté, o por lo menos dejé que pensara que me había unido a su movimiento, pero a mí me parecía una misión suicida, especialmente sabiendo que una gran parte de los soldados de Cantú habían sido apresados. No tenía otra opción, si me negaba Herrestrosa podría apresarme por usurpador o hasta fusilarme por desertor. Salí del Palacio Municipal casi a la medianoche, el frío provocó un agudo dolor en la rodilla y pensé en una dosis de morfina. Un taxi me llevó a la posada de Mr. Robinson quien encendía la chimenea de la sala. Me saludó y salió de ahí cuando los leños habían prendido. Sólo hasta que el fuego reía en la boca de la chimenea me quité el abrigo. Acerqué una silla hacia el calor y me senté estirando mi pierna herida al fuego. Sabía que el calor no extinguiría el dolor, el balazo que hirió mi rodilla despertaba cada vez que el frío arreciaba como lo hicieron las balas aquella noche en Celaya. Cuando el calor había penetrado mi pierna. Me puse de pie y caminé hacia mi cuarto. Preparé la morfina,

podía tolerar el dolor, pero éste me llevaba al recuerdo de su pecho destrozado por las balas. Su rostro irreconocible. El opiáceo invadió mi sangre y viajó sin resistencia hasta un rincón donde no existía el dolor, solo la última mirada de Agustín en Celaya.

Celaya, Guanajuato.

14 de abril de 1915

Bernardo y Agustín permanecieron en calma apertrechados a pesar del estruendo de la batalla. El asedio villista era brutal, moscos de plomo volaban omnipresentes y había que mantener la cabeza a salvo dentro de la zanja. Cada pausa villista era aprovechada por los constitucionalistas para asomar las cabezas y repeler el ataque de la División del Norte. Otros más hacían frente con las ametralladoras, los Mausers, las carabinas o los cañones. Era el infierno visto a corta distancia, pero si resistían las siguientes horas serían libres, habían decidido desertar esa misma noche. Ahora que la fortuna los había reencontrado no volverían a separarse. Se largarían de ahí, al Distrito Norte, sugirió Agustín. Aquella frontera estaba tranquila y podrían emigrar a Estados Unidos si era necesario. Después de darle muerte al *reporter*, Bernardo huyó hacia el norte. En Mazatlán sin dinero y en busca de anonimato, se dio de alta en las fuerzas de un general constitucionalista. Ajeno a los hilos ideológicos sirvió con disciplina aprendida en el Colegio Militar. Belisario Archundia, dijo llamarse y no volvió a escuchar su nombre hasta que dos años después en una cantina en Irapuato sintió aquella mano sobre su hombro y un timbre de voz familiar. El abrazo fue efusivo, pero instintivamente cuidadoso, el fantasma de El Gallo de Oro no había desa-

parecido. El mezcal y el tequila aligeraron sus palabras, las miradas concienzudas, el llamado de la piel.

Agustín venía con las fuerzas de Obregón, había ascendido a capitán primero y era respetado entre la tropa por su arrojo. Había cortado el candado y se dejaba un bigote inexplicablemente estético, recortado a la perfección a pesar del tiempo convulso. El quepis, el saco caqui impecable, sus galones de capitán habían encendido el deseo de Bernardo. La pausa villista llegó con la noche y con ella el olor a pólvora y sangre, el silencio doloroso interrumpido por quejidos y lamentaciones de los heridos. El capitán Bocanegra pidió hacer un patrullaje nocturno ante su superior. Le ordenó a Bernardo que lo acompañara y ambos salieron a caballo. Había llegado la oportunidad para huir. Sin embargo, apenas habían recorrido uno metros cuando una ráfaga de ametralladora les cayó encima. Sintió un dolor caliente en su pierna a la altura de su rodilla y vio el cuerpo de Agustín caer sobre la tierra. Enseguida los disparos fueron respondidos por los federales. Estaban a fuego cruzado y Bernardo se arrastró hasta el cuerpo de Agustín. Su pecho se sentía caliente y húmedo, pudo sentir los orificios abiertos en el saco militar de Agustín. Con mucho esfuerzo jaló su cuerpo hasta una vereda cubierta de matorrales. No le pasó por la mente sacar su arma, permaneció con su rostro sobre el pecho ensangrentado de Agustín. Seguía vivo, podía sentir su respiración. El estruendo de los tiros continuaba, era ensordecedor, pero aun así pudo escuchar su nombre.

—Huye, Bernardo.

Quiso salir de ahí, escapar otra vez y olvidarse de todo. De esta guerra, de este país, pero no se iría solo. Habría de llevarse a Agustín. Los hombres de Villa avanzaban, sobresalía la figura recia de un hombre vestido de

charro que desafiaba las balas montado sobre su caballo. Arengaba a sus hombres con gritos y disparos. Se acercó temerario y prendió fuego al viejo casco donde se habían protegido los federales, estos emprendieron retirada. Tendría que tomar una decisión pronto. Cogió a Agustín por las axilas para jalarlo más hacia los matorrales, pero el dolor de su herida no le permitió hacerlo. Sintió la mano de Agustín sobre su brazo.

—Vete.

Los villistas se acercaban. El hombre de negro los guiaba montado en su caballo. Bernardo se arrastró un poco más para esconderse.

—A ver ese pelón que está tirado ahí. Levántenlo —ordenó el hombre conocido como el Ajustador.

—Ya casi está difunto, mi general —dijo uno de los hombres que se acercaron al cuerpo inerte de Agustín.

—Aquí no hacemos las cosas a medias, soldado —dijo el Ajustador al tiempo que se apeaba del caballo.

Bernardo vio al hombre de negro acercarse a Agustín. Lo vio arrancarle los galones de capitán, colocarle la pistola en la frente y jalar del gatillo. El hombre se quitó el sombrero de charro y se limpió los bigotes. La luz de la luna le permitió a Bernardo ver ese rostro moreno, tenso y duro. De sus orejas pendían unas arracadas y sobre sus cejas pobladas había una cicatriz queloide. Lo observó sin moverse, sin hacer ningún ruido. Quiso grabar ese rostro en su memoria para no olvidarlo nunca.

TERCERA PARTE
ALL HELL BREAKS LOOSE

VEINTICUATRO

Mexicali, Distrito Norte de la Baja California

31 de diciembre, 1924

Los nudillos de Mr. Robinson sobre la puerta del cuarto me sacudieron el sueño. Su voz ronca me informaba de una llamada. El dolor en la pierna había desaparecido, pero tomé el bastón para ponerme de pie. Estaba aún vestido, sentí el cuello de la Parabellum encajarse en la panza. Caminé hasta el teléfono. Más muertos en la Chinesca y un cuerpo apareció flotando en las aguas del Río Nuevo. Lo reportó una mujer que cruzaba el Puente Blanco por la mañana. Me requerían en Río Nuevo. Regresé a mi habitación. Necesitaba asearme mientras el coche policiaco pasaba por mí. Una barba irregular asomaba en mi cara y dos medias lunas oscuras se habían colgado bajo mis ojos. Era la cara de Bernardo Rejón, no había duda. Un rostro en fuga permanente, un huir infecundo porque mi destino me alcanzaría tarde o temprano. Retiré mi vista de esa bola de cristal. Recordé las sesiones de hipnotismo que pretendían alejarme de mi destino. Era inútil, nada lograría salvarme de lo que me esperaba. La india tenía razón.

Sobre la mesa estaba la cigarrera que me regaló Agustín. Tomé un cigarro y lo encendí. El coche llegó por mí. Cogí el bastón y salí del cuarto. Viajamos por la avenida Reforma hasta José Zorrilla a la altura del Puente Blanco que conectaba el centro de Mexicali con Pueblo

Nuevo, una colonia popular que era un semillero de pillos. Al bajar del auto una bofetada gélida me hirió el rostro cuando desde la cordillera nevada bajó un ramalazo de viento. El fardo había varado en los brazos de la vegetación agreste conjurada por las márgenes del río. Comprendí que nadie se metería al río si no había oro flotando, así que dos policías sacaron el cuerpo ayudados de un gancho de acero que jalaron con ayuda de mirones. Además, era improbable que lo hubiera ultimado en ese mismo lugar, por lo tanto no habría razón para inspeccionarlo en el sitio exacto del hallazgo como sugerían los nuevos métodos de criminalística. Me acerqué al cuerpo y sentí una pequeña detonación a mis espaldas, era la cámara de José Esperón que había sido advertido del cadáver por alguno de los gendarmes. El saludo del periodista fue parco, apenas un movimiento de cabeza. Los mirones facilitaron la identificación, más de tres voces coincidieron en que se trataba de The Crow, el lenón de nefanda fama del que me habló Herrestrosa y cuyo nombre de pila era Felisaldo Simmons. Era un hombrón de facciones toscas, cráneo pequeño y rasgos de criminal nato. Lo habían ultimado con tres balas a una distancia próxima. El tiro de gracia en la frente evidenciaba la venganza. Con esto era claro que el motivo de las muertes era la venganza por la muerte de Encarnación Sánchez porque no había nada que conectar a este individuo con la conspiración cantuista.

El inspector Herrestrosa llegó a la escena del crimen en el Ford Modelo T de la policía. Bajó del coche con un periódico en la mano y antes acercarse al cuerpo confrontó a José Esperón. Los mirones disfrutaron cada palabra, cada empujón del inspector. Una breve explosión advirtió de una nueva fotografía que captaba el alegato. Herrestrosa notó la presencia del reportero del “Mercu-

rio”. Ordenó a un par de gendarmes requisarle la cámara y se inició otro alegato. Se acercó al cuerpo, su respiración continuaba agitada por el forcejeo con Esperón. Observó con detenimiento el cadáver sin abrir la boca. Miró hacia alrededor como buscando al culpable entre los mirones. Encendió un puro con parsimonia. Escuchó las amenazas del reportero del “Mercurio” sin inmutarse.

—Supongo que no tengo que decirle quién es, inspector —dije mirando hacia el cadáver.

El inspector Herrestrosa fumaba silente.

—Hay que encontrar a esa mujer antes de que llegue a usted. Lo de la Spitzer comprueba el móvil, siguen usando Mausers para los fusilamientos.

Herrestrosa continuaba escuchándome en silencio luego miró el cauce del río como quien desea dejarse conducir por su corriente hasta desaparecer.

—Vaya a la Chinesca, abra los ojos y los oídos. Ahí siempre saben cosas. Yo me encargo de hablar con el cónsul sobre este muerto.

Obedecí. Me dirigí hacia el barrio chino. Mientras salía del puente noté a un joven delgado vestido con un largo abrigo y un sombrero fedora en la esquina de la calle Zorrilla. Pensé en el gatillero a sueldo que venía por mí, pero su apariencia era más bien la de un policía. Comprendí que era mi sombra. Herrestrosa había puesto a un mozalbe a cargo de mi seguridad. No tuve tiempo de recriminarle. Le pedí a un policía que me llevara a la avenida Teniente Guerrero. La Chinesca vivía su propia guerra y Luis Mow Feng la había heredado. Según el inspector, el Chee Kung Tong apoyaría a Cantú en su regreso. No habían tenido una buena relación con el gobernador Rodríguez.

—Con el coronel Cantú cada quien conocía su lugar, su territorio... ahora con el nuevo gobernador hay

mucho desorden. Salió más ambicioso —dijo Mow Feng.

Era el mismo lamento nostálgico del gendarme Téllez. Todo mundo parecía extrañar esa paz cantuista. Aquí la Revolución había sido un huracán que se vio a la distancia. La región floreció y enriqueció a un buen número de empresarios y políticos pero en esta tensa calma estaba la mano dura del jefe político. En la Chinesca el Chee Kung Tong traficaba y distribuía el opio así como a las mujeres orientales. El contrabando de licor y el tráfico de chinos hacia California era empresa de yanquis y mexicanos por igual, pero todos, sin excepción debían respetar las reglas y alinearse con el hombre del bigote tupido de puntas enhiestas y delgadas. Ahora todo se había complicado, la Ley Volstead en Estados Unidos despertó la ambición de todas las mafias. Por eso esta noche en El Tecolote el gobernador se reunirá con gánsteres italianos y fabricantes británicos de whisky.

Luis Mow Feng me recibió en un salón del sótano de La Casa Blanca. No había muchos clientes porque el enfrentamiento entre los *tongs* empujaba a la gente hacia otros casinos. Solo opiómanos había este día puesto que no podían encontrar opio en otro lugar que no fuera la Chinesca. El lugar estaba vigilado por hombres armados que flanqueaban las entradas de los cuartos de las meretrices y el casino. Los chinos asesinados esta mañana pertenecían al *tong* rival, pero Luis Mow Feng dijo que no sabía nada, solo armaba a sus hombres por precaución. Por supuesto que no le creí, especialmente después de saber que fue su padre quien le reveló mi identidad a Herrestrosa. No lo culpaba, después de todo los chinos tienen que bailar al son que les toque el gobernador en turno.

—¿Quiere que le hable a Wen, inspector Bocanegra?
—preguntó Mow Feng cuando estaba a punto de retirarme.

—¿No querrás decir inspector Berjón? —pregunté con malicia.

Mow Feng hizo una mueca leve. No era pena, simplemente era una expresión que denotaba haber sido sorprendido. Me iba a dar una explicación, pero lo detuve. Eso no importaba en estos momentos.

—Hay algo más importante ahora... ¿podemos hablar en confianza? —le dije volteando a mi alrededor.

Luis Mow Feng se puso de pie y caminó hacia la puerta. La cerró y regresó a su escritorio.

—Adelante —me dijo.

—Estoy seguro que sabes de los asesinatos en El Tecolote, ¿verdad? El inspector Herrestrosa llegó a pensar que esas dos muertes se debían al descubrimiento de una conspiración. Sabes de lo que hablo, ¿no?

—No entiendo, inspector.

—Déjate de tonterías y no perdamos tiempo. Estoy al tanto de la alianza de tu padre con los rebeldes que pretenden recuperar el Distrito.

Mow Feng solo me observaba intentando descifrar mi intención.

—Está bien, no tienes qué decirme nada. El caso es que esas muertes, las de El Tecolote no tienen nada que ver con la conspiración sino con algo que ocurrió hace diez años. Se trata de una venganza. ¿Sabes quién es The Crow o el Cuervo?

Mow Feng por fin habló. Dijo que el Cuervo había estado por allí, le propuso traer mujeres de Estados Unidos para sus prostíbulos, pero el chino rechazó la oferta, él tenía tratos con el On Leung Tong de San Francisco quienes le proveían de mujeres chinas. Además, agregó, sus prostíbulos solo empleaban mujeres asiáticas y el difunto traficaba con norteamericanas y mexicanas. No estaba en-

terado de lo ocurrido con Encarnación Sánchez, así que no fue de gran ayuda. Antes de salir le deseé suerte en su lucha contra La Mano Negra.

—No sé nada de guerra, inspector —dijo sonriendo socarronamente.

Salí del casino con las manos vacías y muchas preguntas. ¿Habría sido el Crow quien asesinara a Pecina y a González? Quizá sea cómplice de la joven en su venganza. Según Herrestrosa el Cuervo no la había secuestrado así que no sería descabellado que la estuviera auxiliando. ¿Pero entonces quién lo mató? Necesitaba hablar con el sheriff Silver. Frecuentemente los agentes del Departamento de Justicia arrestaban a lenones en Calexico por trata de blancas porque era un negocio muy redituable, pero muy perseguido en Estados Unidos, aunque en ocasiones era usado como pretexto para desprestigiar a enemigos políticos y linchar negros que se atrevían a seducir a mujeres blancas. No sería extraño que el Crow tuviera un historial con ellos.

Tenía que interrogar a Chan Sau, el jefe del Lung Sung Tong, pero preferí dejarlo para más tarde. Sabía que al igual que Luis Mow Feng no me diría nada. Mucho menos ahora que su *tong* tenía la protección del gobernador. Me dirigí hacia Calexico para verme con el sheriff. Si la muerte del Crow era parte de las otras dos, seguramente el asesino intentará terminar su obra pronto y, a juzgar por lo que escribió Esperón, la siguiente víctima tendría que ser el inspector Herrestrosa. ¿Y Revueltas? ¿Dónde entraría su muerte? Será que Herrestrosa tenía razón, el gobernador se deshizo de él y aprovechó la información de la Spitzer para despistar.

Ralph Silver era hijo de un empresario norteamericano y una mujer mexicana. Sus rasgos mantenían un

equilibrio entre ambas razas, su español era perfecto. Era alto y fornido, de conversación corta, pero sin caer en lo hostil. Me recibió en su oficina amablemente, aunque no sin un aire de recelo, parecía que se debatía si debía confiar en mí o no. Se encontraba ocupado con la investigación de un asesinato. Usualmente las muertes ocurrían en Mexicali, no en Calexico. Pero un foráneo amaneció muerto en su cuarto del Hotel Calexico, estrangulado a la usanza china con un hilo de seda. Cuando le dije que agradecería que no mencionara mi visita al inspector Herrestrosa porque venía sin su autorización se mostró interesado, sabía que eso lo intrigaría. Al escuchar sobre la muerte del Crow se sorprendió y se molestó. Dijo no estar enterado a pesar de que la muerte de un ciudadano norteamericano debía notificársele al cónsul y éste a su oficina. Se puso de pie y abrió un archivero. Buscó unos segundos hasta extraer un cartapacio con el expediente de Felisando Simmons. Además de la ficha signalética había recortes de periódico. Mientras yo leía el expediente el sheriff Silver hacía una llamada al Buró de Investigaciones en Washington. Al terminar la llamada, Silver me explicó que el agente especial John Bowen había aprehendido a Felisando Simmons en Bisbee, Arizona meses después del asesinato de Encarnación Sánchez. Ese día Amelia Sánchez se encontraba con Simmons, la joven, de apenas dieciséis años, ignoraba que su padre había sido asesinado. El juicio, que fue cubierto por el diario *Los Angeles Evening Herald*, duró un par de semanas, pero The Crow salió en libertad porque la señorita Sánchez negó que la tuviera secuestrada. No supieron nada del Crow hasta ese día.

—¿Se sabe algo de la señorita Sánchez o de Pedro Flores? —le pregunté al sheriff.

Su rostro mostró sorpresa al oír el nombre de Pedro Flores.

—¿Cómo sabe de él? —me preguntó con un dejo de desconfianza.

Puse mis cartas sobre la mesa, excepto el detalle de la Spitzer. Le dije que sabía de Flores por el artículo de José Esperón y que eso, más la información que me acaba de dar, conectaba todas las muertes. Puede ser que el Crow haya asesinado a Pecina y a González para ayudar a Amelia Sánchez con sus planes de venganza. ¿Pero entonces quién lo mató a él? pregunté al aire. Creía que el o la asesina, intentará matar al inspector Herrestrosa muy pronto. Después de una pausa de estudio, los ojos azules del sheriff se posaron en mí, no pude evitar evocar a Agustín por la hermandad de ese color.

—¿Qué tanto confía en el inspector Herrestrosa? —preguntó. Mi vacilación le hizo continuar—. The Crow era uno de tantos explotadores de mujeres que hacían negocio con Herrestrosa y Pecina antes y durante el gobierno de Cantú, la señorita Sánchez seguramente no declaró en su contra por temor. Pedro Flores declaró que él y José Varela acompañaron a Encarnación a la oficina de Migración para hablar con Pecina antes de cruzar a Mexicali. Pecina los atendió y los hizo esperar. Les dijo que fueran con el juez de primera instancia, Herrestrosa, para levantar un acta. Pero cuando llegaron fueron arrestados bajo el cargo de espionaje y traición a la patria. Por eso los fusilaron...

—¿Temían que expusiera los negocios de estos hombres con Simmons?

—Así, es, pero para su desgracia los soldados torpes o borrachos sólo hirieron a Flores. Así que descarte esa teoría, la señorita Sánchez nunca le pediría ayuda al Crow —concluyó el sheriff.

—¿Por qué liberaron a Herrestrosa y a Pecina? — pregunté.

—Por dos razones; la primera fue que la esposa de Encarnación Sánchez nunca pudo establecer la nacionalidad norteamericana de su esposo. Así que mi gobierno ya no tenía jurisdicción. La segunda es que el señor Pecina era agente especial del presidente Huerta. Era incluso su pariente. Y como mi gobierno, hablando en plata pura como dicen ustedes, ayudó a Huerta en esos años pues los dejamos en libertad. Después, cuando Cantú se hizo gobernador, nombró a Herrestrosa como jefe de policía. Pero, por lo que usted me dice, parece que le ha llegado su hora.

Dijo esto último con aparente regocijo. Siendo sincero, a mí tampoco me afectaba gran cosa su muerte, pero me convenía evitar su asesinato para hacerme de ese dinero y largarme. Me quedé en silencio por un momento. Tomé de nuevo el cartapacio. Quería saber si tenía una fotografía de Amelia Sánchez. Encontré las fotos que reprodujeron los periódicos durante el juicio y una más que le tomaron cuando la arrestaron.

—En un principio la acusaron de ser cómplice de Simmons —dijo Silver mientras yo veía las fotografías del juicio.

—No me dijo qué pasó con ella.

—No lo sabemos. El último informe que tuvimos fue que The Crow la había vendido en México, pero en realidad nada es seguro.

Amelia Sánchez era casi una niña en aquellos años. Tenía un rostro redondo, ojos grandes y conservaba rasgos infantiles. Según la ficha su cabello era negro y sus ojos también. Pensé en la descripción que me había dado Paul Huntington. Coincidió en lo general y podría ser la

mujer hospedada en el Hotel Imperial, seguramente usó un nombre falso.

Me despedí del sheriff Silver y salí de ahí rumbo a la comandancia. No había vuelta de hoja, las tres muertes estaban conectadas y solo quedaba esperar a que el asesino o la asesina, aún me costaba trabajo pensarlo así, intentara matar al inspector. El sheriff dijo que originalmente la habían arrestado como cómplice de Simmons. ¿Será eso posible? ¿Será que Simmons mató a González y a Pecina, pero no pudo hacer lo mismo con Herrestrosa? Quizá el inspector general lo madrugó. Eso explicaría que a Simmons lo mataran a balazos, no degollado, y que Herrestrosa me sacara de la investigación.

Aceleré el paso hacia la jefatura de policía. El dolor en la pierna se había agudizado por el frío. Llevaba conmigo una ampolleta de morfina, solo faltaba encontrar un lugar para aplicarla. Crucé la línea internacional, pasé el Clímax y el Gambrinus, dos bares que le hacían competencia a El Tecolote. Regresé al Hotel Imperial. Los mismos hombres rondaban el lobby. Al verme el *concierge* me dijo que la señorita Wayne no había regresado aún. Salí de ahí, en la esquina de la avenida Madero y la calle Melgar, abordé un taxi. El viejo Packard se sentía frío y el chofer tenía ánimos de conversa.

—¿Ya vio? —me preguntó el chafirete.

—¿Cómo dice?

—Que si ya vio todo el movimiento que hay para esta noche. Se va a poner bueno en El Tecolote.

—¿Le gusta el baile?

—No hablo del baile, sino de los chingazos.

—¿Por qué dice eso?

—Ahí en el hotel está la gente del gobernador. Esos cabrones no se tientan el corazón para disparar pri-

mero y preguntar después. Hasta en el techo del hotel hay gente con fusiles. La raza cree que a Cantú ya lo aplacaron porque mataron al Herrerías, pero no. Dicen que hay gente lista para darle un recado de plomo al gobernador.

—¿Todo eso dicen?

—Y más. Dicen que ya llegó el mentado Capone para hacer su negocio con el general, que salió más chueco que derecho. Pero para mí que esa fiesta no tiene pastel. Luego los chinos también traen su desmadre. Pensándolo bien, yo que usted ni me parara por estos rumbos en la noche.

Agradecí el consejo y le pedí dejarme en la jefatura de policía. Noté que su semblante cambió al escuchar mi destino. Permaneció callado el resto del trayecto. Bajé del Packard y al entrar percibí un ambiente tenso. El gendarme Téllez me informó que habían sustituido a Herrestrosa. El nuevo inspector general era el capitán Refugio Aldrete. Caminé hacia mi escritorio sin saber si aún tenía empleo. Encima de mi máquina de escribir había un sobre blanco sellado. Tenía mi nombre. Tomé un abrecartas y abrí sus cejas. Era de Herrestrosa. Me informaba que todo debía seguir igual, que me presentara en El Tecolote antes de la media noche. Le daba la razón a Esperón, Amelia Sánchez con la ayuda de alguien más eran los asesinos. Me dijo que esperaba a Simmons en la Cantina Sinaloa cuando le avisaron que su cuerpo estaba en el Río Nuevo. Se trataba, pues, de una venganza. Amelia había crecido y regresó para saldar cuentas. Doblé la carta y la metí en el sobre nuevamente. Saqué la cigarrera y tomé un cigarro. Lo encendí y aspiré profundamente. La luz de la oficina del inspector general estaba encendida. El ruido de las máquinas de escribir y los alegatos de un par de borrachines que declaraban frente a Bernal empezaban a molestarme. Por un momento me pasó por la mente entrar

a la oficina de Aldrete y ponerlo al tanto de todo. ¿Qué obligación tendría de continuar con el trato que hice con Herrestrosa? Me había comprometido con él a encontrar a los culpables, ya sabíamos quiénes eran. ¿Acaso no tengo que preocuparme yo por el que venía a matarme? Eran las diecinueve horas. Tendría tiempo de ir a casa, calmar el dolor con la morfina y dirigirme a El Tecolote para evitar que mataran a Herrestrosa. Era una locura, el plan de los cantuistas estaba destinado al fracaso. Debía largarme de una vez por todas. Ir a El Tecolote era meterse en un barril de pólvora. Los cantuistas creían que con matar al gobernador el resto del ejército se alinearía, pero es un plan muy arriesgado. Me puse de pie, tomé el abrigo, mi sombrero y el bastón. Estaba a punto de salir cuando el licenciado Bernal me llamó.

—Vinieron a buscarlo, inspector Bocanegra —dijo el licenciado.

—¿Quién? —pregunté mirando por la ventana hacia fuera de la Jefatura.

—Dijo que era amigo suyo, de allá de la Ciudad de México, pero no me lo pareció. Era un hombre de modales rudimentarios, grosero, francamente.

—¿Lo puede describir?

—Mediana estatura, moreno oscuro y delgado. Tenía la cara ajada por el sol, como que era campesino, pero vestía de traje y sombrero. Tenía los párpados caídos, como que había sufrido una herida en uno de ellos, el derecho creo, lo tenía casi pegado al pómulo. Lleva un bigote grueso y desaliñado. ¿Qué clase de amistades tenía usted en la Ciudad de México, inspector?

—Quizá sea un conocido de la guerra, ahí no elige uno sus amistades, es el destino más bien quien hace eso. ¿Dejó su nombre?

—Eusebio Matamoros. Apenas hace unos minutos antes que usted entrara. No le dije antes porque estaba ocupado.

Agradecí a Bernal y salí de la jefatura. Debajo del farol de la esquina, vi un bulto tirado en las baldosas. Parecía un hombre. Saqué la Parabellum. Caminé hacia allá sin perder de vista los alrededores. Era un hombre, más bien un jovencito. Un sombrero cubría su cara. Miré hacia todos lados, porque entendí que mi sombra había dejado de proyectarse.

VEINTICINCO

The Owl Theater
Mexicali, Distrito Norte
31 de diciembre, 1924

La orquesta reanudó el espectáculo después de un recesso. El Mexicali Brass sacudía los oídos de los asistentes con renovados bríos pulmonares. La pista de baile empezó a poblarse de hombres y mujeres vestidos de noche. Los asistentes eran, en su inmensa mayoría, norteamericanos, pero había también socios mexicanos del gobernador que asistieron a recibir el Año Nuevo al casino más grande de la frontera norte. En una de las mesas del lado norte del casino, se encontraba el gobernador Rodríguez acompañado de Al Capone y su mano derecha, Frank Nitti, el capitán David Lloyd Jones, el ex cónsul británico Madden y el chino Cha Sau. Los meseros eran los únicos que podían pasar la muralla de guardaespaldas alrededor de la mesa. Zielinski llegó desde temprano para trabajar sirviendo mesas, había sobornado a uno de los meseros la noche anterior. Esa misma noche también había inspeccionado el casino, Newman había hecho lo mismo y se vieron en el Bar Gambrinus para hablar del plan. Casi a la media noche se despidieron. Newman caminó hacia la frontera y Zielinski dijo que se quedaría un rato más en el Gambrinus. Newman caminó hacia el Hotel Calxico, eran tan solo cuatro manzanas. Cuando llegó al hotel pidió su llave. Un hombre afable lo saludó y le deseó buenas noches. Ya en su habitación y a punto de

desvestirse escuchó que llamaban a la puerta. Era Zielinski.

—Pensé que te quedarías en el Gambrinus, no es buena idea que te vean aquí. ¿Pasó algo? —dijo Newman.

—El comisionado Henderson había cambiado de opinión —respondió el polaco. Esperaremos a que crucen la frontera y los arrestaremos con el apoyo de las autoridades locales —agregó Zielinski.

Newman sintió alivio con el cambio de planes. Quiso confesarle que él había llamado a la oficina del procurador general y que le había expuesto la misión que los tenía aquí. Pero su intención fue interrumpida por el agente Zielinski.

—Me pidió que lo llamáramos desde tu habitación —dijo el polaco.

El irlandés le dio la espalda para pedir una llamada y en ese instante sintió que algo apretaba su cuello. Tardó unos segundos en aceptar que Zielinski lo estaba ahorcando. Forcejeó, pero el polaco tenía la ventaja de la sorpresa y la fuerza, Newman quedó tendido en la duela de su habitación. Zielinski tenía el camino libre y ahora estaba sentado en una mesa del segundo piso de El Tecolote. Esa misma noche, había escondido un rifle en un seto decorativo cerca de las ventanas. Ahora tenía a unos gringos de compañeros, pero no representarían ningún problema a la hora de disparar. Desde ahí tenía el ángulo perfecto. Solo habría que hacerlo rápido, había dejado el rifle listo para solo tomarlo, apuntar y disparar. Se había preparado para la reacción de los hombres del gobernador y los italianos. Podía distinguirlos bien. Ya había identificado a un par a dos mesas de la suya, pero para eso traía su Colt. Confiaba en que saldría bien librado. La orquesta tocaba *Everything is Hotsy-Totsy Now*, la gente bailaba eufórica. Al momento en que el maestro de ceremonias anunciara el

año nuevo Zielinski dispararía a Capone y a Nitti. Había calculado bien el salto que tendría que dar. El ventanal cedería ante el peso de su cuerpo. Quizá se rompería un hueso, pero escaparía vivo.

Al extremo sur del casino, Emile Kosterlitzky paseaba por las mesas de juego. No le fue difícil ubicar a Jack Hewitt. Se le notaba contrariado. Quizá porque estaba perdiendo en el Black Jack o quizá porque ya sabía que May Field o Angeline Drobbatz había desaparecido. La noche anterior Kosterlitzky pagó por los servicios de May Field. Le indicaron que estaba ocupada, que esperara o eligiera a otra joven. Dijo que esperaría en el pasillo que conducía a The Yard. Cuando el guardia atendía a otro cliente, aprovechó su descuido y subió las escaleras. Buscó el cuarto cuarentaicinco. Entró sin tocar sabiendo que interrumpiría un servicio. Para su sorpresa además de May Field, había una joven mexicana y un indio desarrapado y sucio. La mexicana iba armada con un revólver y el indio con una daga. Kosterlitzky sacó su Colt. La muerte esperaba un estornudo, cualquier descuido que conjurara su presencia. Después de un silencio tenso la Pinkerton le preguntó a May Field si su nombre real era Angeline Drobbatz. La chica dijo que sí. Emile Kosterlitzky propuso bajar las armas y explicó su presencia en El Tecolote. La mexicana y el indio permanecieron en la habitación en espera del hombre que habían citado mientras que Kosterlitzky, quien no tenía nada en contra de las venganzas, se llevó a la señorita Drobbatz hacia Calxico. Angeline Drobbatz no puso resistencia, Hewitt ya no era el mismo de antes. Cuando Alberto Pecina entró al cuarto cuarentaicinco esa noche iba armado con un revólver, pero fue sorprendido por el indio Fardlow quien lo amagó con su arma. Pecina vio a Carmina del Monte recostada la cama. No reconoció

a la jovencita Sánchez, pero ella le dijo quién era, quería que supiera quién lo mandó matar antes de que el indio Fardlow le cruzara el cuello con su daga.

Mientras tanto abajo, en el área de juegos, la noche no parecía favorecerle a Hewitt, era evidente que se le terminaría el dinero en poco tiempo. Kosterlitzky esperaba hasta que se pusiera de pie y lo encañonaría discretamente, lo obligaría a salir y lo despacharía en el río donde los muertos son más discretos.

Luis Mow Feng sabía que no podría entrar a El Tecolote sin poner en aviso a Chan Sau y su gente. Aún era gerente del Hop Lee, el restaurante de comida china anexo a El Tecolote, por ahí entró a la cocina del casino. Llevaba vestimenta de cocinero y cumplía con esas labores para no despertar sospecha. Desde la cocina saldría a matar al asesino de su padre cuando la orquesta anunciara el año nuevo. Chan Sau estaba confiado porque pensaba que el ataque a la gente del Lung Sing Tong que había ordenado Feng era la respuesta. Mow Feng tenía razón, había traidores entre su gente y por eso anunció que su venganza sería un ataque abierto al Lung Sing Tong el 2 de enero. La información le llegó a Chan Sau y reforzó su logia, pero no su escolta. Y en ese instante estaba ahí confiado en que nada le podría pasar. Lo último en su mente era que Feng intentaría asesinarlo en El Tecolote.

Pablo Macabeo entró a El Tecolote casi al mismo tiempo que el maestro de ceremonias anunciaba el número de Carmina del Monte. La pista de baile se despejó. Entonces Macabeo pudo volver a ver el cuerpo de Teresa. Algo le dijo que Dios se estaba divirtiendo. Hasta ahí llegaba su pacto, estaba frente a la mujer que le había dado muerte, pero en lugar de corresponderle el gesto, quedó embelesado por su belleza. Parecía estar ante ella por pri-

mera vez, como si una belleza desconocida la revistiera. Decidió que la hija del señor De la Serna podría esperar una noche más para ser rescatada. Se recargó en la barra y pidió un tequila, rompiendo con la abstinencia que había prometido desde que había renacido. Esa acción, debió advertirle su fin, pero solo le despertó más sed.

Herrestrosa llegó al casino diez minutos antes de la media noche. Traía cuatro hombres de confianza. Él se encargaría del gobernador, pero los demás tendrían que cubrirlo para poder escapar de las balas de los hombres que lo custodiaban. Había recibido malas noticias unos minutos antes, los hombres que esperaban en Los Algodones tuvieron una escaramuza con tropas federales y se esparcieron. Debió abortar el plan, era muy arriesgado. Aún así, decidió llevarlo a cabo, Cantú contaba con eso. Aún estaba la gente que atacaría Tijuana y Tecate, ese sería un golpe definitivo al poder del gobernador, pero no sabía que Olegario Revueltas había vendido esa información. También confiaba en que Berjón ubicaría a Amelia Sánchez y a su cómplice antes de que él pudiera atentar contra el gobernador. Su esperanza estaba en ello, matar la cabeza y los soldados apoyarían el regreso de Cantú. La mesa estaba llena, no solo el gobernador sino Aldrete, los italianos y otros hombres estaban ahí. Sería difícil, pero a una distancia segura y con el apoyo de sus hombres podría hacerlo sin que lo mataran. ¿Dónde carajos estaba Berjón?

Paul Huntington vio la hora. Por un momento temió que no alcanzara a llevar a cabo su plan con la puntualidad que exigía. Debía hacer explotar eso al inicio del año antes de que los hombres viles abandonaran el casino. Desde su punto de vista, en esa mesa estaban planeando envenenar a sus compatriotas llevando ese veneno que solo destruía familias y siembra la infelicidad. La barra

estaba atiborrada, todos querían su bebida para brindar justo iniciar el nuevo año. Debía salir cuanto antes para llegar hacia el sótano, iniciar el reloj de la primera bomba, luego hacer lo mismo con las que había escondido en las mesas de azar y en la planta alta. Para que no se escapara el gobernador y esa gente vil había pegado una ristra de explosivos debajo de su mesa. Cuando las bombas estallaran provocarían que los explosivos hicieran lo mismo. Si todo salía como lo había planeado, después del sótano estallaría la bomba de las mesas de azar. Luego una bomba en la planta alta y, por último, cuando todos trataran de salir, él mismo haría explotar la puerta. Todo esto cómodamente instalado en las puertas del Hotel Imperial, con un boleto de primera fila para ver el espectáculo. Se llegó a preguntar por los inocentes que morirían, pero si fueran inocentes no hubiera permitido que estuvieran ahí. Eso mismo hizo Dios con Sodoma y Gomorra. Así que todos merecían morir.

Cuando Bernardo Berjón llegó a la pensión Mr. Robinson le dijo que un hombre había estado por ahí buscándolo.

—Dejó una caja pequeña, aquí la tiene.

Por un momento Berjón pensó que se trataba del gatillero que le estaba jugando una broma. Pero al abrir la caja esta contenía cinco mil dólares, el adelanto prometido por Herrestrosa. Podría largarse y dejar todo esto atrás. Pero quizá la india tenía razón, no estaba huyendo de la muerte, la estaba buscando. Se inyectó un poco de morfina, estaba decidido a ir a El Tecolote. Se tendió sobre la cama y cerró los ojos. Sintió su sangre viajar en silencio, en un río que lo llevó hacia el rostro sin vida de Agustín. Ahí estaba tendido sobre la tierra fría. Sus ojos azules se abrieron. Su frente, aún tenía el agujero sanguinolento del

tiro de gracia. “Vámonos, Bernardo. El Distrito Norte es nuestra salvación, lejos de este desmadre”. Se puso de pie y Bernardo pudo ver su pecho reventado, pero Agustín no parecía saberlo, nadie le había dicho que estaba muerto. El hombre vestido de negro los veía sonriente. Ahí estaba sobre su caballo, negro también. Volvió a ver su rostro moreno, duro, intenso y volvió a notar su cicatriz queloide en la frente. De su mano colgaba un revólver. Apuntó hacia Agustín. Bernardo hizo por su arma, pero la Parabellum se derritió en sus manos. Entonces el hombre de negro dijo algo, no supo qué, pero Bernardo vio que el disparo volvió a entrar por ese agujero y entonces el hombre ya no estaba, solo había un tecolote blanco que los veía sin parpadear.

Bernardo despertó sudando. Se puso de pie, estaba desorientado, como si a un tiempo estuviera viendo al tecolote y pisando la duela fría de su cuarto de alquiler. El sueño le sacudió el recuerdo del hombre de negro. Lo había visto de nuevo. Lo recordó. Sacó su reloj del bolsillo. Era muy tarde. Salió al pasillo y llamó a la jefatura para que enviaran un coche. Regresó al cuarto a esperar. Se enfocó en las personas que tenía que encontrar antes de la media noche y solo tenía cierta noción de su apariencia. Amelia Sánchez seguramente se vería distinta a la jovencita de la foto, no tenía idea de la apariencia de su cómplice, el señor Flores, si es que él era su cómplice. Del gatillero tenía la descripción de Bernal. El párpado caído sería la forma de distinguirlo.

¿Quién era ese tal Eusebio Matamoros? El coche patrulla había llegado. Lo conducía un joven policía. Se apresuró a salir, pero antes se aseguró de llevar su Parabellum y el bastón. Nadie lo sabía, pero el bastón tenía un tiro calibre 22. Lo suficiente para entretener a un atacante

y darle tiempo de sacar su Parabellum. Vio un coche estacionado bajo un farol a dos cuadras de distancia por la calle Lerdo. Se subió al Ford, le ordenó ir a El Tecolote y fijó su mirada en el coche estacionado, mismo que inició su arranque. Berjón le pidió al policía girar en la calle Independencia.

—Pero es más rápido por esta vía, inspector —dijo el chofer.

—Hágame caso, creo que nos vienen siguiendo —respondió Berjón.

El coche también dio vuelta en la calle Independencia.

—¿Quiere que los confrontemos, inspector? Vengo armado —dijo el policía.

—No, tengo prisa por llegar a El Tecolote, pero intentemos algo. Acelera y métete a la Chinesca por la Guerrero. Cuando estés frente a La Casa Blanca te detienes para bajarme, pero tienes que sacarle ventaja para darme tiempo a bajar. Luego sigues, solo das la vuelta a la manzana —le ordenó Berjón.

El policía obedeció. Aceleró el viejo Ford y entró por callejones y calles estrechas para poner distancia sobre el coche que los seguía. Tenía la ventaja de conocer las calles y callejones del barrio chino. Apenas se detuvo el coche Berjón dio un salto que resintió su rodilla y lo hizo caer al suelo. Varios chinos se acercaron a curiosar. Reconocieron al que conocían como inspector Bocanegra. Berjón se incorporó casi de inmediato. Les pidió a los mirones que se retiraran mientras él se apertrechaba en una columna del edificio. El Ford continuó su recorrido. Los faroles del otro coche se acercaban a La Casa Blanca. Cuando se acercó lo suficiente, Berjón salió de su escondite y apuntó su Parabellum. Los cristales del coche esta-

llaron, el chofer perdió el control y la máquina se estrelló en el muro de la Carnicería Wah Sing. Berjón se acercó con cautela. Salía humo de la parte delantera del coche. El inspector notó movimiento en el asiento trasero, apuntó su pistola hacia el bulto, pero una ráfaga proveniente del coche lo obligó a tenderse en el suelo helado. El Ford de la policía llegó en ese momento. Sus faroles cegaron a Eusebio Matamoros quien salía del coche aturdido. Berjón aprovechó y disparó su Parabellum. El cuerpo de Matamoros bailó su última danza macabra. Quizá lo último que lamentó fue no poder apuñalar al capitán Ibáñez a su regreso a la Ciudad de México.

Los chinos empezaron a salir de sus comercios. Un griterío reclamaba los destrozos. Berjón subió al coche, recargó su pistola y le pidió al policía que lo llevara a El Tecolote. Faltaban veinte minutos para la media noche. Ahora solo quedaba dar cuenta de Amelia Sánchez y su cómplice. El problema era identificarlos. Y si daba con la joven, ¿sería capaz de matarla? Solo buscaba la justicia que no obtuvo en los tribunales. Sacó el recorte del periódico. Era una niña, volvió a decirse. ¡Cómo iba a poder identificarla con esta imagen! Pensó en que la mejor estrategia sería buscar parejas de hombres maduros con mujeres jóvenes. Si Pedro era su cómplice éste debía doblarle la edad.

El Ford se detuvo frente al casino en poco menos de cinco minutos. Bajó y entró de prisa a The Owl. La voz de una mujer hipnotizaba a los presentes. Por poco y le ocurre lo mismo, se detuvo un momento, recordó que no había tenido tiempo de interrogarla, pero ya nada importaba. Sabía que Amelia Sánchez estaba detrás de los asesinatos. Seguramente Carmina del Monte solo había tenido un amorío furtivo con Pearl Rory. Ahora, en el es-

cenario, acompasaba sus pasos al ritmo de la música. Era guapa, pensó Berjón. Vio en ella un aire familiar. Sabía que no podía estar perdiendo tiempo ahí, que debía buscar a Amelia Sánchez y a su cómplice, pero su encanto era hipnotizador. ¡Carajo! Berjón sacó el recorte de periódico. Se acercó a la barra donde había un poco más de luz. ¡Será posible! Había dado con Amelia Sánchez. Pero y su cómplice, la joven no podría hacer nada en contra Herrestrosa desde el escenario. Seguro le dejó lo otro a Flores. Buscó a su exjefe, lo ubicó al otro extremo de la barra, se le notaba ebrio y nervioso. Herrestrosa vigilaba la mesa del gobernador. Parecía estar tomando valor. Berjón miró hacia todas direcciones en busca de algún hombre que mirara con la misma fijeza a Herrestrosa. Se acercó más hacia donde estaba el inspector, pendiente de la gente que lo rodeara. El lugar estaba atiborrado de comensales. De entre los sombreros sobresalía uno de copa. Berjón temió lo peor. ¡Cómo habían dejado entrar al indio Fardlow! Quiso caminar hacia allá, pero su hombro golpeó la espalda de un hombre vestido de traje blanco. Se disculpó, pero este no puso atención. Veía sin parpadear a la cantante. Reconoció la figura recia del tipo, fue el mismo que evitó que se cayera la noche anterior. Su rostro moreno, su mirada profunda y la cicatriz en la frente le sacudieron la memoria. Era él, el charro de negro que remató a Agustín. Sí, era él. La voz de la mujer cesó y el aplauso llenó el silencio del casino. El hombre de blanco se perdió entre la gente que veía el espectáculo de pie. Berjón pensó en Agustín. Luego en Herrestrosa. No quería perder de vista al hombre de blanco. Podría matarlo ahí mismo, vengar a Agustín y olvidarse del inspector. Su causa estaba perdida. Ya tenía cinco mil dólares. ¿Y si esperaba a que iniciara el aquarelle y en la confusión darle muerte a ese hombre? Paul

Huntington pasó a su lado apresurado. Los aplausos continuaban y Eugene Simpson, el maestro de ceremonias, caminaba hacia el centro de la pista de baile. La orquesta se preparaba para anunciar el nuevo año, esperarían la señal de Simpson.

Paul Huntington aceleró el paso, abrió intempestivamente la puerta de doble hoja de la cocina, desde donde bajaría al sótano, y cayó al suelo junto a Luis Mow Feng quien esperaba detrás de ésta y no pudo evitar el golpe. Al caer su arma dejó salir un tiro y esto provocó un remolino de gritos y empujones. Zielinski vio la desorientación en el ambiente, se puso de pie y dio dos pasos hacia los ventanales para coger el rifle. Con él en los brazos, se acercó al barandal para disparar a la mesa de la mesa del gobernador. Apuntó a la cabeza de Capone, pero había ya mucha conmoción y su disparo hizo añicos una botella. Frank Nitti vio hacia arriba con su arma desenfundada y disparó hacia allá. Zielinski sacó su Colt, pero un italiano que estaba en una mesa vecina le llenó la cara de plomo a él y los gringos de su mesa con una escopeta recortada. El gobernador y Capone sacaron sus armas intentando descifrar lo que ocurría. El capitán Lloyd Jones se puso de pie y recibió el disparo que había salido del arma de Herrestrosa, quien desde la barra quiso aprovechar la confusión. El capitán Aldrete vio a Herrestrosa y disparó hacia allá. Dos balazos lo hicieron caer, uno más le dio muerte, el que le dio a quemarropa al indio Fardlow. Luis Mow Feng ya se había recuperado del golpe y aseguró su arma, pero Chan Sau lo apuntaba con una sonrisa victoriosa.

La primera explosión hizo volar parte del sótano y estremeció a la gente en el área de juegos. El estruendo hizo caer a Chan Sau, su coleta se movió violentamente por el aire. El primero en lograr ponerse de pie fue Luis

Mow Feng. No perdió tiempo, aturdido y sordo por el intenso tintineo en sus oídos, había perdido su pistola, pero no las dos dagas que llevaba ocultas en su ropa. Se abalanzó hacia Sau y lo apuñaló en varias ocasiones alternando rápidamente ambas dagas. La gente corría intentando salir, atropellándose entre ellos. El gobernador Rodríguez, Capone, Nitti y Madden fueron conducidos por los sótanos que usaban para el contrabando de licor hacia Estados Unidos. Después de un momento de haberlo perdido, Kosterlitzky encontró a Hewitt, se arrastraba con una herida en la pierna. La mujer Pinkerton no podía oír, un sonido agudo, incesante, la ensordecía. Hewitt la vio acercarse a él con su pistola apuntándole. No lo supo, pero sus ruegos nunca llegaron a los oídos de Kosterlitzky, quien disparó sobre Hewitt y luego cayó víctima del vértigo. Berjón vio correr a Carmina del Monte, apuntó su Parabellum hacia la joven, pero la bajó casi inmediatamente. Las llamas empezaban a ganar terreno cuando la segunda explosión hizo estallar parte del segundo piso. Varias personas cayeron envueltas en llamas. La explosión estremeció nuevamente el lugar y Berjón cayó al suelo. Entre las llamas lo vio pasar a su lado, apuntaba su arma contra la cantante. Berjón pensó que ese hombre había sido contratado por Herrestrosa también. Quiso ponerse de pie, ir hacia allá, pero estaba aturdido, un vértigo lo había invadido. Solo podía ver a Carmina del Monte o Amelia Sánchez, Teresa para el hombre de blanco, suplicando por su vida. Berjón vio su bastón a unos centímetros de él. Lo cogió y disparó al asesino de Agustín. El hombre resintió el tiro que entró por su espalda. Carmina del Monte aprovechó el momento, lo despojó de su pistola y le disparó a quemarropa. El hombre cayó tendido con los brazos abiertos. Ella miró brevemente a Berjón. El indio Fardlow tomó a la cantante

de la mano y buscaron la salida. Entre el mar de gente Berjón vio a Huntington dando tumbos. Iba herido. Sangraba. Parecía que tenía una herida de bala. ¡Ayúdeme! Lo oyó gritar. El techo empezaba a caerse. Varios cuerpos yacían inconscientes en su camino hacia la puerta de salida. Kosterlitzky se puso de pie y siguió su instinto caminando hacia fuera del edificio. Fuera, empezaban a llegar bomberos del pueblo y de Calexico. Bernardo Berjón se puso de pie. Vio el cuerpo del cantinero entre otros más. Aún sujetaba algo en sus manos. Berjón estaba aturdido, pero continuó caminando, empezó a sentir el agua de los bomberos caer sobre su rostro. Logró salir ayudado por el gendarme Téllez quien había permanecido fuera todo este tiempo. Lo último que vio antes de perder el conocimiento fue a la india que había visto en la Cantina Sinaloa. La vieja fumaba y movía su cabeza con incredulidad.

VEINTISÉIS

Hospital Civil
Mexicali, Distrito Norte
3 de enero, 1925

El coronel Cantú hablaba con Agustín. Los vi, desde la puerta del despacho, reír. Ambos se pusieron de pie y se dieron la mano. Habíamos llegado al Distrito Norte. Intentaba concentrarme en ellos, pero unas risas burlescas llegaban hasta mis oídos. Agustín vestía el uniforme militar. El capitán Bocanegra caminaba hacia mí. Las risotadas y chanzonetas eran claras. El despacho se había esfumado y su mobiliario eran mesas desgastadas y mugrientas. Un lagartijo se puso de pie, se bajó los pantalones y el chisguete de orines mojaba el rostro de Agustín. Busqué mi arma, no estaba en mi cintura, pero mi puñal aguardaba en su funda. Lo tomé y tasajeé el cuello del insolente, los borbotones de sangre mojaban mi cara. No podía ver bien, mi vista anegaba empezaba a dar forma a lo que parecía un rostro. Unas voces y risas.

—Despierte, inspector —dijo Aldrete con una bacínica en sus manos.

Comprendí que me la había vaciado en la cara. Quise reincorporarme, pero un dolor en el pecho y unas esposas enlazadas a la cama me lo impidieron. Estaba en un cuarto largo, lleno de pacientes, la mayoría con quemaduras. Algunos se quejaban. Yo no sentía dolor, supuse que me habían inyectado morfina.

Un hombre regordete fumaba a un par de metros de mi cama. Reconocí el uniforme, era policía de la Ciudad de México. Se presentó como el capitán Ibáñez. Venía a arrestarme por la muerte de Agustín Bocanegra, Gerónimo Espíndola y la de Ismael Cartagena. No mencionaron al pistolero que vino por mí. Quise protestar por achacarme el asesinato de Agustín, pero comprendí que era inútil.

—La justicia, amigo, tarde o temprano nos sonríe —la voz de Aldrete se difumaba entre las volutas de humo que había arrojado segundos antes.

Tiró un cigarro y lo apagó con su zapato. Sacó una cigarrera, la reconocí inmediatamente.

—Lástima que las iniciales no correspondan a mi nombre, pero ni hablar, me la quedo. Aldrete disfrutaba cada palabra, como un matador que va clavando banderillas en el toro moribundo. El capitán Ibáñez se acercó hacia mí. Me mostró una orden de aprehensión girada en la ciudad de México. En la puerta alcancé a ver la figura regordeta del cabo Téllez.

—Qué escurridizo es usted, amigo. Diez años le tomó al señor Espíndola encontrarlo.

Un doctor se acercó a mi cama. Cuestionó la presencia de todas las personas.

—Este hombre aún está convaleciente. No se lo pueden llevar.

—Pues yo lo veo bien, doctor. Además, mi general Rodríguez ya autorizó el traslado a Ensenada —intervino Aldrete.

—¿Ensenada? El general Rodríguez no es médico —protestó el doctor.

—Ni usted es gobernador, así que va mesurando su lengua, doctor —amenazó el capitán.

—Yo solo cumplo con mi obligación, podría morir si viaja a Ensenada en estas condiciones.

—Eso es cierto, mucha gente ha muerto camino a Ensenada, no se lo voy a negar —agregó maliciosamente Aldrete.

En esa conversación me enteré de mi destino. Me llevarán por el Camino Nacional a Ensenada. Me aplicarán la ley fuga y me sepultarán en una fosa o dejarán mi cuerpo para festín de los zopilotes en la Laguna Salada. ¿Por qué no me largué? El dinero de Herrestrosa hubiera sido suficiente para esconderme unos meses en Estados Unidos. Ya era tarde para arrepentimientos.

VEINTISIETE

Laguna Salada

Camino Nacional, Distrito Norte de la Baja California

4 de enero, 1925

Berjón sentía su cuerpo rebotar al capricho tortuoso del camino desértico. Abrió los ojos y las faldas oscuras del cielo le recordaron un destino ominoso. El metal frío de la caja del Ford lastimaba su espalda. Sus manos estaban esposadas, pero sus pies no tenían atadura alguna. Sentía un terrible dolor de cabeza, de huesos, todo el cuerpo le dolía. Entonces cayó en cuenta que sus venas no habían alimentado al monstruo. La ansiedad por una dosis que sabía nunca más tendría empezó a consumirlo. Un policía canturreaba sentado a su lado. Otro más, lo miraba con curiosidad o quizá era asco, pensó Berjón. Intentó incorporarse con lentitud, lo lamentó cuando recibió un culatazo en la costilla. No vio maldad, ni siquiera satisfacción o regodeo en el rostro del policía, un hombre moreno de ojos jalados. El otro gendarme siguió canturreando. Aunque no podía ver el camino sabía perfectamente su destino. Lo tranquilizaba un poco saber que pronto moriría y la bestia sería también devorada por los gusanos, para su infortunio, mientras eso sucedía su cuerpo se sacudía bruscamente. Escuchó risas de los policías. Hizo un esfuerzo por ignorar a la bestia. Buscó el rostro de Agustín entre las ubres negras que amenazaban por parir granizos. Quizá todo había valido la pena. Si hubiera huido nunca habría vengado la muerte de Agustín. El

vaivén del vehículo paró súbitamente. Berjón escuchó el chirriar metálico de una puerta.

—Bájenlo —ordenó un sargento que acompañaba a Ibáñez.

Los dos policías, solícitos, tomaron el cuerpo de Berjón y lo arrojaron fuera de la plancha del Ford. Berjón perdió el aire y un par de dientes. Se retorció en la tierra húmeda del Camino Nacional.

—Hasta aquí llegó su aventura, amigo. El capitán Aldrete quería que lo lleváramos un poquito más hacia las faldas de la sierra, pero se nos viene la tormenta. Y parece que trae nieve —dijo el sargento.

Uno de los policías liberó las manos de Berjón quien seguía en el piso preso de estertores.

—Es una pena que haya usted terminado así, amigo. Conocí a su padre, era un buen hombre. Se volvería a morir de verlo así. ¿No era suficiente ser marica? ¿Tenía que ser también un enyerbado asqueroso? —dijo Ibáñez.

El sargento y los gendarmes rieron. Berjón sintió una estocada más al oír nombrar a su padre. Entre los dos policías lo levantaron. Dejaron el camión en el Camino Nacional y echaron a andar hasta un leve terraplén a unos quinientos metros.

Por segunda vez desde que llegó al Distrito Norte cavaba su tumba. Su debilidad no le permitía cavar con fuerza. Mordía apenas centímetros de tierra en cada palada.

—A ver tú, ayúdale a este cabrón. Se nos va a venir la tormenta y no quiero pasar aquí la noche —ordenó el sargento cuando las primeras gotas obesas caían sobre los hombres.

Pronto se precipitarían como en diluvio, luego vendría la nieve. El policía dejó su Mauser en la tierra y le arrebató la pala a Berjón.

Un carro se acercaba por el Camino Nacional. Ibáñez no quería testigos. Solo deseaba terminar su misión y hacer el largo viaje de regreso hasta la capital donde lo esperaba la recompensa del señor Espíndola. Se lamentó de haber podido alejarse más del camino, mas la tormenta era inminente. El carro era un Touring con el capó levantado. Si seguían su rumbo, salvaban la vida, si se detenían a fisgonear tendrían que cavar una fosa más grande. Pero parecía que no era su día de suerte, el Touring se detuvo al lado del Ford TT de la policía. El cielo reventó en llanto y el camino sería fangoso si no se apresuraban.

—¡Eh, tú! Ve y haz que se largue ese carro y si no se larga te traes al entrometido ese para enterrarlo aquí mismo —ordenó el sargento a uno de los policías.

La fosa empezaba a enfangarse con el agua. Berjón había caído nuevamente y se retorció en el lodo al lado de la fosa. Ibáñez terminó de perder la paciencia. Volteó hacia el Camino Nacional y vio al policía discutir con un hombre alto ataviado con sombrero de copa. La lluvia no le permitía distinguir del todo.

—¡Con una chingada! Levante a ese cabrón, quiero meterle un tiro de pie —dijo Ibáñez señalando a Berjón.

El policía de ojos rasgados tiró la pala y forcejeó con el cuerpo de Berjón quien era mucho más alto que él y parecía que había comido plomo. El sargento comprendió que tendría que ayudarlo.

El cielo retumbó con una ráfaga de truenos ensordecedores y las ubres negras dejaron caer pequeños puños de hielo. Otro estruendo, ajeno al cielo, se escuchó solitario. El policía que levantaba a Berjón volteó hacia allá y vio caer a su compañero con la lengua ardiente de una escopeta. Dejó caer el cuerpo pesado de Berjón e hizo por su Máuser. Berjón e Ibáñez cayeron hacia la fosa. Antes

de que el policía cogiera su rifle, lo alcanzaron los perdigones ardientes de la escopeta del indio Fardlow Urchuta. La sangre del policía siguió el camino de la lluvia hasta la fosa donde Ibáñez hacía por su pistola. El sargento sacó su arma pero Urchuta se le adelantó con un fogonazo que le partió la cabeza en dos.

El frío, la lluvia y los truenos atizaron el recuerdo de la guerra. El indio dejó caer la escopeta. Sacó la daga, su compañera de la guerra, y se abalanzó contra Ibáñez como si la fosa fuera esa trinchera donde mató al soldado alemán para sobrevivir. El puñal se hundió en el pecho del capitán Ibáñez, después en el vientre, para luego abrirle el cuello y dejar que su sangre exorcizara el recuerdo de la guerra.

Urchuta Fardlow limpió el puñal. Lo guardó. Se colgó la escopeta en el hombro y arrastró a Berjón fuera de la fosa. Cuando Berjón por fin abrió los ojos, se encontró con los dos carbones abrasados de la india yumana. El Touring avanzaba lentamente bajo la lluvia por el Camino Nacional, el indio Urchuta conducía. Amelia Sánchez le sonrió a Berjón mientras le suministraba el sosiego que tanto deseaba. Este vio la jeringa sobre su brazo y cerró los ojos pensando en Agustín Bocanegra.

ÍNDICE

Presentación	7
Preludio	15
Primera parte. The Owl Theater. We Never Sleep	23
Uno	25
Dos	32
Tres	42
***	49
Segunda parte. Welcome to Hell	53
Cuatro	55
Cinco	61
Seis	66
Siete	71
Ocho	73
Nueve	77
Diez	90
Once	98
Doce	102
Trece	106
***	111
Catorce	117
***	122
Quince	126

Dieciséis	133
Diecisiete	136
Dieciocho	141
Diecinueve	154
Veinte	161
Veintiuno	165
Veintidós	168
Veintrés	172
***	183
Tercera Parte. All hell breaks loose	187
Veinticuatro	189
Veinticinco	202
Veintiséis	215
Veintisiete	218

Mexicali, 1924. En la frontera ardiente donde la moral se vende al mejor postor, el inspector Agustín Bocanegra—veterano de la Revolución, morfinómano y atormentado por sus culpas—investiga un asesinato brutal en El Tecolote, un casino-burdel donde se celebran los vicios del turismo yanqui. Mientras se adentra en un laberinto de conspiraciones políticas, espionaje y pasiones prohibidas, Bocanegra se enfrenta no solo a la corrupción y la violencia de la frontera, sino a su propia herencia criminal y su deseo reprimido. *Distrito Norte* es un *noir* histórico implacable, cargado de crítica social, psicología oscura y la certeza de que la muerte no necesita pasaporte para cruzar la línea.



**BAJA
CALIFORNIA**
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA

Secretaría de Cultura
Instituto de Servicios Culturales
de Baja California